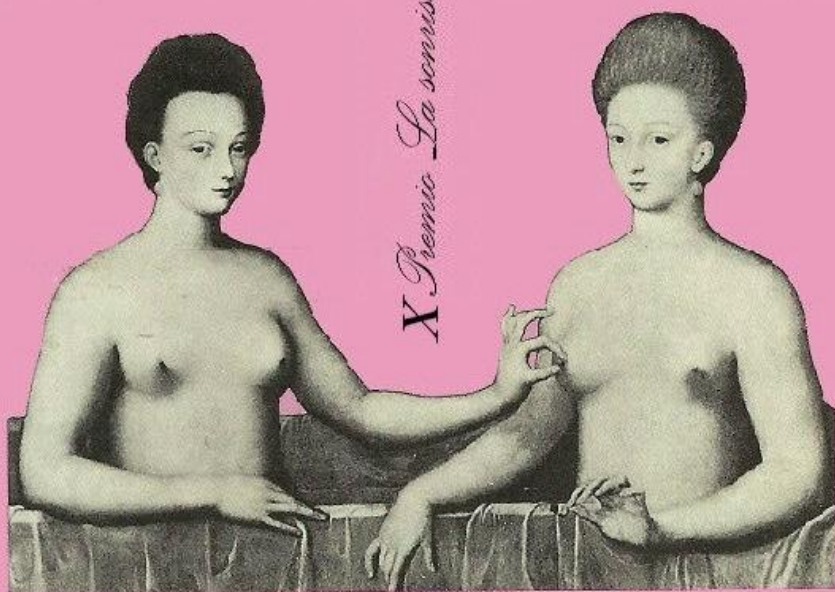


Denzil Romero

La esposa del Dr. Thorne



X Premio La sonrisa vertical



de

La esposa del Dr. Thorne, Manuelita Sáenz, hija de una acaudalada familia de españoles en el Quito (Ecuador) colonial, es un personaje libérrimo, sensual, que empieza su biografía erótica a los quince años con un oficial español. A partir de entonces, su vida va a convertirse en una aventurosa odisea amorosa, pues se permite vivir todas las situaciones pensables del amor y del sexo. Defensora de la libertad en todos sus aspectos, se adhiere a la causa de la liberación de los países andinos de la corona española y a la causa de la liberación de la mujer. Famosa ya por sus hazañas amorosas, por sus ideas avanzadas y hasta por su participación activa, con el grado de capitán, en la célebre batalla de Ayacucho, sólo le faltaba para saltar a la leyenda el convertirse en la amante permanente, aunque no por ello fiel, del gran libertador Simón Bolívar, con quien mantuvo una relación abierta, en la que la sucesión de amantes, por uno y por otro lado, fue siempre continua. Entre otras relaciones destacables aquí —como la que mantuvo con un medio hermano suyo—, citemos la que vivió con otra mujer importante en la épica americana, Rosita Campuzano, amante a su vez de otro gran libertador, San Martín, quien también compartió con Rosita los favores de Manuelita, o «La adorable loca».

Además de introducirnos en los recónditos y humedecedores secretos de alcobas hasta ahora inaccesibles y de permitirnos tomar parte en los devaneos eróticos de tan insignes personajes, Denzil Romero, gracias a una imaginación bien surtida y sostenida por comprobados conocimientos de la historia grande de América, nos sitúa en una época, en unos lugares y en medio de unos acontecimientos que no hacen sino enriquecer aún más la lectura lúdica de estas páginas.



Denzil Romero

La esposa del Dr. Thorne

La sonrisa vertical - 57

ePub r1.0

Titivillus 13.11.15

Título original: *La esposa del Dr. Thorne*
Denzil Romero, 1988

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A José Vicente Abreu y a
Orlando Araujo.

In memoriam

A la hora en punto prevista de aquel sábado, 30 de agosto de 1828, día de Santa Rosa de Lima, patrona de América, y de los santos Pelayo, Arsenio y Silvano, mártires, como bien recordara el muy Reverendo Arzobispo de Bogotá doctor Fernando Caicedo al inicio de la reunión, declaróse abierta la sesión instalatoria del Consejo de Estado que, en lo adelante, supliría al Congreso Nacional, por obra del Decreto Orgánico que S. E. Simón Bolívar, Libertador Presidente de la República de Colombia, etcétera, etcétera, etcétera, promulgó tres días antes para llenar el vacío de poder congresal producido; en uso de sus facultades legales conferídales por la Magistratura Suprema que habíale otorgado el pueblo *«a causa de los derechos esenciales que siempre se reserva para libertarse de los estragos de la anarquía, y proveer de modo posible a su conservación y futura prosperidad, &., &., &.,»*, y a fin de que él, el héroe, el padre, el colombiano más capacitado y de mayor poder, &., &., &., *«consolidara la unidad del Estado, restableciera la paz interior e hiciera las reformas que considerara necesarias»*, &.,&., &.

Un rayo de luz vespéral lluvioso se filtra por la ventana del salón e ilumina la escuálida y terrible figura de quien tiene en sus manos la máxima autoridad de la República. ¡Aquí estoy!, parecía decir mudamente al tiempo que disparaba los fusilazos de su personalidad hipnótica sobre el resto de los consejeros presentes en la capital y con los cuales habría de celebrarse la ceremonia instalatoria: José M.^a del Castillo y Rada, Presidente del Consejo de Ministros y, por tal, también nombrado Presidente del de Estado; José Manuel Restrepo, Secretario del Interior; General Rafael Urdaneta, Secretario de Guerra; Estanislao Vergara, Secretario de Relaciones Exteriores; Nicolás M. Tanco, Secretario Interino

de Hacienda; amén del ya nombrado Arzobispo de Bogotá y de José Rafael Revenga, Francisco Cuevas, Joaquín Mosquera, Jerónimo Torres, Félix Valdivieso y Martín Santiago Icaza.

Los presentes no pueden eludir el estremecimiento que provoca aquel rostro demacrado cuyos ojos, no obstante, conservan un fulgor insolente. Ciertó era que el poder de su personalidad se proyectaba sobre el grupo como chispas que, fulmíneas, saltan en una fuslina.

A la cabeza del gran mesón de caoba, con columnas torneadas sobre dos trípodés de patas de curva cabriolés, inicia el discurso de instalación. Mide el efecto de sus palabras como si dirigiérase a una multitud congregada más allá de las paredes del gran salón tapizadas con colgaduras de seda amarilla que llegan hasta el techo, más allá de los listones de terciopelo azul pálido que festonean los cuatro lados de la pieza, más allá de las ventanas recubiertas de cortinas color paja o del riquísimo enmaderado repleto de doradas molduras y bajorrelieves de personajes griegos. Sí, por el tono encendido de la voz y la copiosidad de sus gestos desmesurados, dirigiérase a una muchedumbre imaginaria y no sólo a los honorables consejeros, sus adláteres allí congregados.

—¡Colombianos! —dijo como quien inicia una proclama—. *Las voluntades políticas se habían expresado enérgicamente por las reformas institucionales de la Nación: el Cuerpo Legislativo cedió a vuestros mandatos ordenando convocar la Gran Convención, para que los representantes del pueblo cumplieran con sus deseos, constituyendo la República conforme a nuestras creencias, a nuestras inclinaciones y a nuestras necesidades: nada quería el pueblo que fuera ajeno de su propia esencia. Las esperanzas de todos se vieron, no obstante, burladas en la Gran Convención, que al fin tuvo que disolverse, porque dóciles unos a peticiones de la mayoría, se empeñaban otros en dar las leyes que su conciencia o sus opiniones les dictaban. La Constitución de la República ya no tenía fuerza de ley para los más: porque aun la misma Convención la había anulado, decretando unánimemente la fuerza de su reforma. Penetrado el pueblo entonces de la*

gravedad de los males que rodeaban su existencia, reasumió la parte de sus derechos que había delegado: y usando desde luego la plenitud de su soberanía, proveyó por sí mismo a su seguridad futura. El Soberano quiso honrarme con el título de su Ministro, y me autorizó, además, para que ejecutara sus mandamientos. Mi carácter de Primer Magistrado me impuso la obligación de obedecerle, y servirle aun más allá de lo que la posibilidad me permitiera. No he podido por manera alguna denegarme, en momento tan solemne, al cumplimiento de la confianza nacional: de esta confianza que me oprime con una gloria inmensa, aunque al mismo tiempo me anonada, haciéndome aparecer cual soy.

A sabiendas de que los dados estaban echados y de que era él el único verdadero poder existente en Colombia, S. E. quiso lucir comedido, tomó un trago de agua y, con especial afectación, continuó:

—¡Colombianos! Me obligo a obedecer estrictamente vuestros deseos legítimos —y, mirando de frente al muy Reverendo Arzobispo de Bogotá que, arrellanado en un sillón de copete rococó, echó la cabeza hacia atrás como para ganar más altura y se sonrió sardónicamente al recordar las antiguas andanzas masónicas de S. E., su fama de librepensador, la eliminación de los conventos menores y sus otras no pocas arremetidas en contra del clero y la Santa Madre Iglesia—. Protegeré vuestra sagrada religión como la fe de todos los colombianos, y el Código de los buenos: mandaré a haceros justicia por ser la primera ley de la naturaleza y la garantía universal de los ciudadanos.

Y sin olvidar el desbarajuste financiero que existía en la República, la pesada deuda externa, el descenso de la renta, la improductividad de las mejores tierras de cultivo, las secuelas de la guerra, el desabastecimiento, el hambre y el desempleo, algo se vio obligado a decir también sobre la penosa situación económica. Dado el momento no podía hacerse el sueco, aunque así lo hubiese preferido:

—Será la economía de las rentas nacionales el cuidado preferencial de vuestros servidores; nos esmeraremos por desempeñar las obligaciones de Colombia con el extranjero generoso.

Tampoco podía pasar por alto los crecientes comentarios de sus enemigos sobre las supuestas pretensiones monárquicas que él tenía y su afán de perpetuarse en el poder como si fuese éste, en verdad, un lecho de rosas:

—Yo, *en fin*, no retendré la autoridad suprema sino hasta el día que me mandéis devolverla; y si antes no disponéis otra cosa, convocaré dentro de un año la *Representación nacional*.

»¡Colombianos! No os diré nada de libertad; porque si cumplo mis promesas, seréis más que libres, seréis respetados; además, bajo la dictadura, ¿quién puede hablar de libertad? ¡Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece, y del hombre que MANDA SOLO!

Pálido y no sin cierta agitación, S. E. recibió los aplausos y zalemas de los honorables consejeros. Después, meditó un tanto sobre las ideas contenidas en el discurso y las felicitaciones recibidas y pensó para sí que todos, él y los consejeros, eran unos cínicos redomados. Se sentía casi una hiena, una hiena estercolera. Nunca antes en su vida había pronunciado un discurso tan obsceno. Y para conformarse pensó que la obscenidad era inseparable de la política. Inmediatamente, exhortó a los señores consejeros para que continuasen sesionando a fin de debatir el Reglamento Interno del Consejo, pidiendo permiso para retirarse.

«¡Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece, y del HOMBRE QUE MANDA SOLO!», la obscenidad y la política, la libertad y la dictadura, la monarquía y la república, eran ideas que ahora le bullían en la mente. Se sentía apesadumbrado, como si una inminencia hosca le cercara, como si el pan se le quemase en la puerta del horno, como si la resaca de todo lo sufrido se le hubiese empozado en el alma. Véase a sí mismo un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas, relleno de negror, ya sin aullido. No eran fáciles las circunstancias que había vivido en los últimos meses. Hay horas así en la vida, se consoló. Las horas de *Los Heraldos Negros* que nos manda la muerte. La hora en la que *Nada altera el desastre*. Horas en las cuales todo lo que ocurre tiene algo de *Apocalipsis* y uno se siente inclinado a decir no importa qué o, quizá mejor: *Silencio. Aquí todo está vestido de*

dolor riguroso.

A duras penas subió la escalera principal y alcanzó la puerta de su alcoba.

«¡Vamos, amigo!», se dijo S. E. con mucha altivez, al tiempo que veía su imagen reflejada en un espejo de la antecámara. ¿Hasta cuándo quiere estar triste?, se preguntó. Mal que bientodo ha salido a la medida de sus deseos. Colombia subsiste. Los federalistas, Santander a la cabeza, no han podido salirse con la suya. La Convención nefanda terminó por disolverse. Todos los pueblos le aclamaron a usted y le pidieron que se convirtiera en su salvador. El mando supremo está en sus manos. Hay chismorreos en su contra. Pero ¿qué importan los chismorreos?

Se mantuvo frente al espejo un rato más tratando de darse ánimo. A la postre, trató de encontrar otra escapatoria. Buscó acomodo en un asiento cercano a la estufa de mayólica blanca rematada con un amorcillo arrodillado. Cómodo se sintió, entonces, con el calor que desprendíase del calentador. ¡Qué bueno un poco de tibieza en la fría noche bogotana! Todas las noches bogotanas, incluso las estivales, son de una friura intensa. Con el bienestar del calentamiento, procuró escudarse en la memoria. Y porque la memoria tiene una decidida inclinación a lo heroico, dióse a recordar sus anteriores triunfos: los de la Campaña Admirable, cuando, exiliado y sin recursos, se vino a Cartagena de Indias para conseguirlos y con la precaria ayuda recibida pudo reconquistar por ejemplo Venezuela, y por ejemplo sus grandes batallas: Boyacá, Gámeza, Pantano de Vargas, Carabobo, Junín y Ayacucho; el increíble Paso de los Andes, sólo comparable (quizá) con el Paso de los Alpes por Aníbal; sus no menos deslumbrantes aciertos políticos: el Congreso de Angostura, la fundación de Colombia, la creación de Bolivia, su victoria diplomática frente a San Martín, y la Campaña del Perú...

Mas, por una elemental ley de asociación mnemotécnica, también pensó en Napoleón. Y el Napoleón que se le vino a la mente no fue el gran capitán del principio, el de las casi milagrosas campañas italianas y el de la conquista de Egipto, sino, justo, el Napoleón de la derrota, el que arrastró a los ejércitos franceses hasta el fondo de las nieves para ser aniquilados por los rusos, el que dirigió aquella guerra solapada y sucia contra España, el de Waterloo y Santa Elena; el Napoleón que hizo decir a Molé, uno de sus antiguos *auditeurs*, que él «se preocupaba mucho menos de dejar detrás de él una raza, una dinastía o la dignidad de un pueblo, que un nombre que no tuviera igual y una gloria que no pudiera ser excedida»; el que exigía a Gros, excelso pintor, que retirase de sus cuadros a los generales —de los que se sentía celoso— y requería ser pintado en el centro; el que se hizo coronar emperador por el propio papa y, en un acto de soberbia inusitado, le quitó la corona para ponérsela él mismo (tal como lo pintara David); el que durante la Consagración, hiciese circular por las calles de París una estatua monumental colocada sobre un carro, una estatua de él mismo, desnudo y coronado de laureles; el que, al parecer, también necesitaba la gloria del cuerpo, la perfección de los músculos, de su espalda, de sus nalgas... Ese pequeño hombre pálido, a quien el poder había hinchado de grasa, con un vientre prominente y un pichirilo ínfimo, aunque para magnificarlo se hiciese retratar siempre con la mano entre la abotonadura de la casaca desabrochada como tratando de dar la impresión de que por lo puro largo tenía que sostenérselo hacia arriba... Ese pedestal de la soberbia y el exhibicionismo, con su «N» puesta en todas partes, como un sello, marcando los orinales, las vajillas, los monumentos, los hombres, la historia... El mismo que nombró reyes y príncipes a sus más ineptos hermanos, generales y parientes, a Pepe Botella, a Murat, a Bernardotte...

No. En aquellos momentos de inseguridad y apesadumbramiento, cuando tenía el máximo poder y sentía también la máxima inconformidad y el mayor de los miedos, no podía S. E. celebrar el recuerdo de Napoleón, sobre todo si

sus enemigos empeñábanse en compararlos, Bolívar igual a Napoleón, Napoleón igual a Bolívar, por medio de horriblos pasquines y periodicuchos, en sus conjuras y en sus comadreos. Jamás había pensado él en el poder omnímodo. Caricaturesco habríase sentido disfrazado de rey. Sólo las circunstancias actuales podíanlo colocar en el trance desafortunado de tener que abochornar la libertad conquistada por sus propias manos. Equivocados estaban y estarán quienes pretendieron o pretendan en adelante presentarlo frente a una historia como «Yo, Bolívar Rey». Por eso buscó un solaz distinto, una diferente manera de consolarse, otro esparcimiento para disipar las putas preocupaciones que malhadadamente deparábale esta nueva dictadura.

Temiendo aturullarse sobre la poltrona por el peso de la desdicha, decidió buscar un libro para dedicarse a la lectura. Con pasos resueltos llegó hasta el armario holandés de dos cuerpos, el inferior como una cómoda panzuda, con marquetería floral, donde solía guardar sus libros de cabecera. No podía acostarse sin leer aunque fuese un par de páginas. Y allí, en el armario de la antecámara, guardaba los libros de todos los días. Casi maquinalmente, tomó *Las aventuras del joven Werther*, en la traducción francesa de Sevelinges, con un retrato del héroe de Goethe hecho por Boilly. S. E. tenía la íntima convicción de que ese retrato del personaje goethiano parecíase al suyo de juventud que, miniatura sobre marfil, habíanle hecho en Madrid apenas entrado el siglo y que él regaló a su esposa María Teresa y, después de la viudez, a su suegro don Bernardo. Lo del parecido tal vez venía por el natural desorden del cabello, aunque no por la pequeña boca amarga, carente de esa lasciva sensualidad de los labios tan notoria en su rostro de aquellos días...

De vuelta al asiento cercano a la estufa, acarició el bello volumen que hallábase encuadernado a la inglesa, como todos los suyos, especificando bien el canto amarillo, con un lindo papel jaspeado. Tenía la manía de las esterotipias, sí..., la encuadernación de los libros a la inglesa, el canto amarillo,

el papel jaspeado, o aquella que otrora tuvo de ponerse guantes de cabritilla para dormir y la de lavarse las manos con leche serenada y polvillos de tiza seca, o la no menos odiosa de quebrarse los nudillos de los dedos cuando encontrábase nervioso, la de andar desnudo por la casa, o la de dormir también desnudo con un almohadón entre las piernas..., ¿por qué entre las piernas y no bajo el brazo o sobre la barriga? No pudo concentrarse en la lectura. Espoleado por una súbita erección se dio a pensar en Manuela. Al poco deliraba. Nada de qué sorprenderse. Era él, por su temperamento esencialmente romántico, un hombre de delirios. ¿Acaso no habíase envuelto en el manto de Iris para subir a la atalaya del universo? ¿Acaso no había conversado, entonces, con el propio dios Kronos bajo el semblante de un viejo cargado con el despojo de las edades?

Trémulo, sudoroso, se descubrió musitando:

«Ahora voy a estar contigo, querida, solamente contigo el resto de la noche. Voy a pensar solamente en ti, a quererte y a adorarte en nuestro sitio de amor. Calla, desnúdate y cierra los ojos. Besaré tu pelo desplegado sobre la almohada entre una nube de aroma y tu frente albarina como un río de cristal, tan limpia como un campo raso, rotunda como las umbelas de la primavera; tus párpados henchidos como la maternidad, adormilados quizá por el cansancio de la espera, y tus labios abrasados aunque pudorosos, ¡no los cierras, por piedad, entreabiertos déjalos, que celebren la llegada del placer! También besaré tus senos. Los besaré como a dos semillas ácidas y ciegas. Y estrecharé tu cintura hasta hacerla volar como una palabra que se pierde en el aire hasta volverse un fruto. Haré en la noche un claro de sol para su vuelo, un círculo de imágenes que asciendan con esa lentitud de las horas quemadas al ritmo del corazón. Y tus manos. Déjalas que recorran mi cuerpo. ¡Ay tus manos cargadas de rosas! Son más puras tus manos que las rosas. Y entre las hojas blancas surgen lo mismo que pedazos de luceros, que alas de mariposas albas, que sedas cándidas. ¿Se te cayeron de la luna? ¿Juguetearon en una primavera celeste? ¿Son de alma?... Tienen el esplendor vago de lirios de otro mundo;

deslumbran lo que sueñan, refrescan lo que cantan. Mi frente se serena, como un cielo de tarde, cuando tú, como tus manos, entre sus nubes andas; si las beso, la púrpura de brasa de mi boca empalidece de su blancor de piedra de agua. Tus manos entre sueños atraviesan, palomas de fuego blanco, por mis pesadillas malas, y a la aurora me abren, como con luz de ti, la claridad suave del oriente de plata... Horizontal, sí, te quiero. Mírale la cara al cielo, de cara. Déjate ya de fingir un equilibrio donde lloramos tú y yo. Ríndete a la gran verdad final, a lo que has de ser conmigo. Quiero amarte, Manuela. ¡Amar, amar, amar, ser más, ser más aún! ¡Amar en el amor, refulgir en la luz!...».

Iría hasta donde Manuela, esperante allá en la Quinta de Bolívar: una vasta y bella morada de dimensiones burguesas que los bogotanos regaláranle a él por suscripción popular, a raíz del triunfo de Boyacá. Situada en la parte alta de la ciudad, como a veinte cuadras del Palacio de Gobierno, sobre una ondulación que antes no era más que un arenal, y rodeada de olmos, campeches, macutenos, paniaguas, zorroclocos, saúcos, cerezos, alcaparros y álamos de Italia, era el lugar adecuado, si todo salía bien, para pasar los años finales de la vida. ¡Con Manuela! ¡Claro está que con Manuela! No por casualidad la inscripción que la distinguía desde la época de la Colonia rezaba: «Mi delicia es amar». Realmente tratábase de una linda casa, con la mole del Monserrate detrás y ese estilo acriollado que tomó entre nosotros la austera arquitectura residencial española. Manuela, además, mantenía la correctamente y con sus jardines bien cuidados, llenos de macetas, surtidores y fuentes de mármol blanco y pajareras repletas de cotorras, guacamayas, tucanes y otros pájaros multicolores, y hasta la presencia de un travieso osito amaestrado como en el decorado de una novela de Bernardin de Saint-Pierre.

Sí, iría hasta donde Manuela; pese a que nada habíale advertido a sus *gardes de corps*; pese a la lluvia mantenida que caía desde la media tarde y que sólo ahora comenzaba a amainar; pese al hecho de que aún no había concluido la sesión del Consejo de Estado y que, quizá, pudiesen

percatarse los honorables consejeros de su no presencia en Palacio. Iría sin uniforme y a pie, para no ser advertido. Buena falta le hacía caminar a fin de disminuir la tensión, y caminar bajo la lluvia le gustaba. Entró a la cámara para cambiarse de atuendo. Al poco, salió de nuevo: chaqueta parda sin bolsillos, calzones verdes, fina corbata de seda marfil con chispitas color esmeralda y rojo óxido, bastón-paraguas, botas leonadas, todo esto y el embutido de una capa de cuero abrochada con embozo y contraembozo. Presto, salió a la calle. Con un ademán displicente rechazó la oferta de los guardias de la portería para que alguno de ellos le acompañara. A buen seguro Manuela me lo reprochará, pensaba bajo el dosel de su paraguas inglés a tiempo que chapoteaba con sus botas leonadas en los charcos de las aceras. Tunante, ¿cómo lo has hecho? No sabes cuidarte. No debes olvidar tus bronquios y tus pulmones enfermos. ¿Y si pescas una gripe? ¿Qué tal si pescas una gripe? Además, solo. ¿Dónde están tus edecanes? ¿Dónde anda el coronel Ferguson? ¿Dónde Ibarrita? No debiste hacerlo. La conspiración en tu contra crece día por día. ¿Y qué tal si te hubiesen pescado los conspiradores?... No le importaban ahora los conspiradores y mucho menos la lluvia. Nadie pensaría que aquél que transitaba embozado en una capa negra y debajo de un paraguas, a esa hora de la noche, por el centro de Bogotá, sumido entre la niebla, era, podía ser, el Libertador-Presidente. Nadie lo pensaría. Por lo demás, le gustaba caminar bajo la lluvia. Lo hizo de niño en su hacienda de San Mateo. Lo hizo otras muchas veces a lo largo de su vida militar. Recordó aquella mañana del año 2, en Madrid, cuando marchó cuerdas y cuerdas, por la corredera alta de San Pablo, bajo un aguacero torrencial, para llegar al encuentro con María Teresa que esperaba por él. ¡Qué lejos estaba todo aquello! Habían transcurrido veintiséis años... y toda una tormentosa vida. Ahora, era Manuela quien lo esperaba.

Manuela Sáenz, natural de Quito, era una mujer que por esos días apenas pasaba la treintena y había vivido ya todo un mundo de agitaciones, cambios, aventuras amorosas y militancia decidida a favor de la causa republicana. Hermosa, diríase que era de buen ver por la rotundez de sus turgencias y redondeces, aunque no fuese una belleza en el sentido clásico. Impedíasele la cabeza un poco ruda, los ojos un tanto separados y saltones, la boca demasiado carnosa aunque sensual, cierto endurecimiento de la sonrisa, el rictus muy marcado de la barbilla y esa hinchazón del cuello que denotaba la propensión al bocio, pero que, a pesar, despierta el deseo de muchos hombres y agrada a los pintores por su plenitud. Sus cabellos, intensamente negros, los llevaba sueltos como melena y, en otras no pocas ocasiones, divididos, raya de por medio, en dos grandes crenchas sobre la frente, con un moño atrás.

Había nacido de una unión adulterina entre el rico comerciante español Sáenz de Vergara y la linajuda quiteña, hija de un abogado de la Real Audiencia, María Joaquina de Aispuru Sierra y Pampley; en una época en la que la relajación y el libertinaje campeaban en la ciudad, cuya población pasaba ya de los sesenta mil habitantes. Imitábanse entonces, entre los quiteños, la forma de vida de la Ilustración francesa. Los gobernantes eran el ejemplo de los gobernados. Y el clero constituíase en modelo de unos y otros. Asombrosa era la conducta de los religiosos. No sólo no había observancia de las reglas e institutos claustrales, sino que se echaba de menos hasta la guarda de los preceptos del decálogo mosaico en puntos gravísimos para la moral y las buenas costumbres. Por eso el escándalo, a fuerza de ser público y común, ya no escandalizaba a nadie. La

exageración sentimental, el amor libre, el matrimonio a prueba, la separación y el divorcio de hecho, las relaciones extraconyugales, el concubinato, la promiscuidad cortesana, los bailes y mojigangas, los jolgorios de tres y cuatro días con sus noches, y la perversión sexual en todas sus manifestaciones, eran tales que teníanse como timbre de orgullo y preponderancia social más que como motivo de infamia. Todo se echaba a saco roto. Tonto era el hombre que no tuviese cinco mujeres. Y más tonta aún, la mujer que no tuviese más de cinco maridos. Decía un obispo de la época que «las virtudes habían sido expulsadas de los claustros y los vicios habían invadido el santuario»... Los religiosos sacerdotes vivían en casas particulares, y allí comían, y allí bebían, y allí dormían, y allí follaban, y allí se enfermaban de tanto comer y beber y dormir y follar, y allí morían: moraban de asiento en el monasterio sólo cuando de muertos dábanle sepultura... Los conventos abrieron de par en par las puertas a los venidos de nacimientos ilegítimos; así se santificaba el pecado... Las comunidades religiosas también habían hecho suya la relajación. El número de monjas era muy crecido en cada convento, y todavía lo era mucho más el de mujeres seglares que acompañaban a las profesas como criadas, sirvientas, ahijadas y validas o simples protegidas. Cuéntase que una sola de esas hermanas, la reverenda madre Alma Pura del Santísimo Sacramento del Altar, mantenía 30 chicuelas-ahijadas, todas núbiles y bellas, y que con cada una de ellas dormía y se solazaba una noche del mes... En semejantes conventos, ni el silencio, ni la clausura, ni el recogimiento eran posibles... El fraile capellán llegaba al claustro muy a menudo y permanecía dentro de la clausura muchas horas; con pretexto de auxiliar a bien morir a alguna de las monjitas, entraban dos frailes, y mientras uno estaba en la celda de la enferma, el otro vagaba a placer, cipote en ristre, de aposento en aposento... De esos días quiteños es el cuento verde según el cual una noche, dos borrachitos pasaban por el monasterio de las Carmelitas Descalzas y vieron un burro muerto; sin pensarlo dos veces, le cortaron la macana y decidieron echarla al interior del convento por

encima de la pared; al día siguiente, cuando la hermana María Inmaculada de la Santísima Concepción salía de su celda y dirigíase a la capilla para cumplir con sus oraciones matinales, vio, de improviso, el feroz instrumento y, conturbada, dio la voz de alarma: ¡Horror, mataron al padre Ramón! A medida que sus cofrades llegaban al sitio del encuentro, confirmaban la especie y gritaban también: ¡Sí, sí, sí, mataron al padre Ramón! La madre abadesa, finalmente, alarmada por los gritos del monjerío, salió de su encierro y corrió despavorida. Ante la comprobación del aserto, no pudo menos que gritar: ¡Ay, Dios mío, es verdad, mataron al padre Ramón, mataron al padre Ramón! Fue ella la última en desmayarse... Una monja quiteña de esos mismos días de excesos y sollicitaciones lujuriosas en el confesionario, cuando se justificaba todo diciendo que «ya Cristo pagó por nosotros», nos cuenta el tejemaneje de los conventos, las visitas de los amigos espirituales, el ambiente de sensualidad exacerbada entre las reverencias, no pocas escenas de lesbianismo, y de cómo ellas y algunas hermanitas cómplices introdujeron a uno de los visitantes, elegido por su aspecto particularmente robusto, en la clausura y lo tuvieron en la celda durante veintidós días. Algunas de entre ellas quedaron encinta: no dice nada de cómo quedó el monjecito semental. Pero, como si fuese poco, aún podemos echar mano al testimonio de los deslenguados Jorge Juan y Antonio Ulloa en sus *Noticias secretas de América*: «Durante nuestra residencia en Quito, llegó el tiempo de hacerse Capítulo en la Religión de San Francisco. Era una diversión el ver los religiosos que iban llegando a la ciudad con sus concubinas...». Pues bien, en ese Quito follón y sandunguero, gozón y guapachoso, nació a principios de 1797 Manuelita, Manuela Sáenz, la Manuela del Libertador.

De niña, vivió contradictoriamente los sucesos independentistas de agosto de 1809. Sus padres, ya separados y enemistados entre ellos, abrazaron causas opuestas. Mientras don Simón Sáenz manteníase leal al rey, por lo que hizo de perseguido y perseguidor conforme a los vaivenes de la política, doña Joaquina, la madre, era patriota consumada,

amiga y colaboradora de Juan Pío Montúfar (el marqués de Selva Alegre), del coronel Nicolás de la Peña, del capitán Salinas, del doctor Juan de Dios Morales, del doctor Rodríguez Quiroga, del presbítero Riofrío, del obispo Cuero y Cayzedo.

A raíz de los trágicos sucesos del 2 de agosto de 1810, cuando los soldados del Real de Lima decapitaron el movimiento revolucionario quiteño, degollando a la mayoría de sus jefes y saqueando las casas de las principales familias criollas, doña Joaquina y su hija adolescente buscaron refugio en su hacienda Catahuango, en las cercanías del pueblecito de Chillogallo. Allí, en contacto pleno con la naturaleza, Manuela vive lo mejor de su pubertad. Cabalga como diestra amazona por los valles y hondonadas, pero no a la usanza española, de lado, en silla para señora, sino a horcajadas, a pesar de las protestas de la mamá y del escándalo de la servidumbre. Se baña desnuda en los ríos y lagunas. Participa en los juegos de varón de los hijos de la peonada. Corretea y juega a la par con sus dos esclavas negras y contemporáneas suyas que luego habrán de acompañarla hasta la muerte: Jonatás y Nathán, ambas igualmente fieles, igualmente alegres, atisbadoras, llenas de confianzas y audacias. Allí comienzan a perfilarse indelebles los más sobresalientes rasgos de su personalidad: la perseverancia y la reciedumbre del carácter, el sentido de la libertad, el placer de la aventura, el desparpajo y la sensualidad.

Llegado el tiempo de la educación sistemática, es traída de vuelta a Quito e internada en el convento de las monjas de Santa Catalina. Perfeccionará su lectura y su escritura y aprenderá, además, esas labores de aguja, esos bordados de oro y plata que son motivo de asombro para los visitantes extranjeros; la preparación de helados, sorbetes y granjerías; el corte y la costura; las reglas del buen comportamiento... Es ese convento de las monjas de Santa Catalina uno de los más perversos y escandalosos de Quito. Como en los otros de la ciudad, las religiosas mantienen en el interior del claustro numerosas sirvientas, y cada monja ampara y educa a una o

más doncellas seglares de las que obtienen, en compensación, luengos favores amatorios. A Manuela le toca como custodia una pariente suya: sor Juana Librada de la Santa Cruz, una de Aispuru y Ascázubi, prima hermana de doña Joaquina. Es ella, a no dudar, quien la inicia en la práctica de la lascivia y la sollicitación, en ese juego inenarrable del: *¡Oh llama de amor viva que tiernamente hiere...!*, del: *¡Oh mano blanda!* Y del: *¡Oh toque delicado que a vida eterna sabe...!* Por ella, Manuela descubre los llamados «desposorios místicos», lo que es alcanzar el éxtasis por medio de pensamientos eróticos, y, más tarde, lo que son *dos cuerpos frente a frente como raíces en la noche enlazar das o dos astros que caen en un cielo vacío*; lo que es la codicia de unos labios, de unos senos palpitantes, de una vulva igual a la suya y que, como la suya, vibra y destila jugos bebibles que saben a gloria. Pero no. No se conforma Manuela con el escarceo del amor sáfico. No le bastan los toques delicados, ni el cautiverio suave, ni la regalada llaga. No, no se conformaba con el voluptuoso temblor, con los libidinosos cosquilleos y «las aplicaciones de los sentidos» que la tía Librada le ofrecía. Quería más. Quería un hombre. Un hombre, sí, que la hiciera vivir con su ominosa carne; un hombre que la calmase, que la curase, que la corrompiese; un hombre que la tendiera laxa sobre el sudor de las sábanas y la dejase, ahí, vuelta un estropicio; un hombre que esparciera-debilitara-envenenara su perezosa sangre; un hombre que la hundiera en el pantano edénico y la hiciese ser de nuevo légamo primigenio; un hombre que le regalara su larga-ancha-gruesa-robusta sabiduría y que la regresase a la tierra y a sus zumos nutricios y al primer batir de las olas del océano, y que la hiciera recuperar de un todo el peso y la rotundidad; un hombre, en fin, que la enseñara a reivindicar el mundo para sí y para él, sólo para los dos, y que no apartara nunca de ella los ojos.

Fue así, fue por eso, como se entregó al fraile Bernardo Castillejo de Mejorada y Anzur; el más bizarro, instrumentado, buscón, putero y blasfemo fornicador de la frailería quiteña.

Dominico joven y de carajo pujante, predicaba el amor

carnal como única vía, dialéctica y posible, para alcanzar la gracia plena de la divinidad. Experimentador de lo que predicaba, a tal fin no se ahorra los esfuerzos. Siempre tenso y al servicio de cualquier coño necesitado, cabalgaba a cuanta hembra se le pusiese por delante: montaraces o urbanas, aldeanas o de gran sociedad, viejas o mozas, púberes o impúberes, célibes o religiosas, virgos o desposadas. Cada mañana, al levantarse, pedía de rodillas a la diosa Lujuria: *Haz mi carajo más tieso que bolo*. Y, *más tieso que bolo*, la diosa Lujuria se lo concedía.

Con él, por él, para él, Manuela se hizo eximia reina del arte venal. Con el pretexto de la confesión, a menudo, reuníanse a comer. Y, así reunidos, en vez de confesar, de verdad comían opíparamente y entremezclaban a vueltas las siete obras canónicas, con tanto hervor de devoción que si el fraile rezaba un salmo o verso, ella rezaba dos y aun tres y metía coletas y responsos, en tal manera, que los dos llegaban al quinceno salmo y después decían el *miserere* y el *retribue dignare* y el *regen* cojón de vivo y el *venite adoremus*, además de otras tantas devociones. Cuando Manuela no quedaba satisfecha, el fraile proponíale la ayuda de otros fornidos hermanos de su cofradía: la de fray Lorenzo de La Parrila y la de fray Benito Morreo de Bejarano, la de fray Francisco de Avellaneda y la de fray Eulogio Valencia de Aragón, la de fray Leocadio Cueto de Quiñones y la de fray Lisandro Morgado de La Puerta, la de fray Tancredo Flores Risuarte y la de fray Fernando de Laguna, la de fray Luis Medina de Miranda y la de fray Torcuato Satiliano de Velasco y Falcón; la de toda la familia dominica de Quito y las poblaciones circunvecinas, desde Tulcán hasta más allá de Loja, diríase, hasta que su carne, la insaciable carne de la Manuela, se amortiguara, si era que amortiguarse podía una carne que tenía dentro de sí toda la fuerza contenida, la lava no eruptada, el fuego imponderable del Tungurahua y del Quillotoa, de el Altar y del Igualata, del Putzalahua y del Saraurcu, del Cayambe, del Cotopaxi, del rey Chimborazo y de los mil y un volcanes que se yerguen todopoderosos en la brava tierra ecuatoriana.

Mas ocurrió que, cumplido el tiempo por el cual las monjas debían hacer la elección de la priora del convento, y habiendo el principal de Santo Domingo determinado por anticipado cuál habría de ser la religiosa elegida, dividióse la comunidad: unas condescendieron con el provincial; otras se opusieron; como era mayor el número de éstas que el de aquéllas, el provincial dio instrucciones precisas a los confesores para que a las resistentes les impusieran en penitencia sacramental la obligación de dar el voto por la monja que él había designado. Semejante medida exasperó a las religiosas; la división de los partidos cada vez fue más profunda. Las monjas no estaban desamparadas, y además de los individuos de familia de cada una de ellas, tenían de su parte a lo más notable y sano de la ciudad: Quito estaba descompuesto en dos bandos. Un día, el escribano, entre las dos rejas del claustro, dio lectura al auto de la audiencia que ordenaba obedecer al provincial. Requeridas las monjas por el escribano, contestaron a una voz como Fuenteovejuna, con energía y resolución: «¡No obedeceremos, señor!». Levantáronse al punto y se precipitaron al coro para salir por ahí; unos cuantos frailes persiguen a las monjas y se lanzan contra ellas, pero éstas, a pesar de las bofetadas y garrotazos con que las hieren, no se resisten ni acobardan; los frailes dan de puntapiés a las caídas, apalean a unas, rasgan el velo de otras; dos de ellos violan la clausura del claustro y las persiguen, poseídos de furor, insultan e injurian a sus víctimas con palabras soeces de alto calibre. Una criada pide auxilio, acude gente, algunas religiosas logran escaparse y una en pos de la otra se echan a la calle; con los hábitos empapados por la lluvia se encaminan a casa del obispo. «Los frailes de Santo Domingo están apaleando a las monjas de

Santa Catalina», es la voz que cunde por doquier. Uno de los primeros en llegar al recinto es el canónigo Morejón, acompañado de seis clérigos ceñidos de espadas. Y favorecen la entrada de varios individuos que iban a defender a las monjas. Llega el presidente y, airado, reprende con aspereza al provincial y a los frailes y les ordena salir inmediatamente del lugar.

Cerrado quedó después el convento de las monjas de Santa Catalina para los hijos de Santo Domingo...

En consecuencia, Manuelita nunca más pudo solazarse con su preferido fray Bernardo Castillejo de Mejorada y Anzur ni con sus restantes hermanos de congregación. Por esos días, era cuando ella andaba con los demonios más revueltos.

A hurtadillas, había aprendido a fumar. A hurtadillas, se ejercita en el baile. Y si hay algo que le obsesiona preferentemente es estar siempre muy arreglada y elegante. Por suerte, su madre tiene dinero en abundancia, y don Simón también. Extraordinariamente feliz se siente cuando, una vez al mes, la dejan salir de la casa por todo un domingo, después de la misa. Se rodea de amigas festivas y dicharacheras, es visitada por sus parientes y atendida de cerca por sus fieles Jonatás y Nathán. Uno de esos domingos de vacaciones, Manuela se percata de que un garrido mozo la corteja de cerca con la mirada.

Aunque tiene la delgadez de la juventud, luce, no obstante, unos brazos y unos hombros y un pecho bien desarrollados y acordes con su elevada estatura. A simple vista mide por lo menos cinco pies y seis pulgadas. Manuela, desde el balcón de su casona de la Calle Real, a pocos metros de la Plaza Grande, no le pierde detalles. Orgulloso, el mozo se pavonea. Es un joven rubio de ligeros bucles y unos ojos, inmensos y azulísimos, que parecen refulgir a la luz de la tarde. Oficial al servicio del rey, embebida se queda Manuela contemplando, una y otra vez, la marcialidad y elegancia con la que porta su uniforme ¡Ah, cómo le deslumbran a Manuela los uniformes militares! Anocheciendo, antes de regresar al convento, minuciosa, les describe a Jonatás y Nathán la

gracia con la que desplegaba sobre sus atléticos hombros la capa oscura de esclavina y sin mangas, el cuello tieso del dormán que le rozaba la barbilla inclinada y un tanto partida, la abotonadura dorada de su roja casaca, sus blancos y ajustados pantalones de ante que revelaban la presencia de un bulto soberbio, sus brillantes botas con espuelas y el alto casco oro y negro, de lustroso plumaje, sobre las rodillas, que sostenía con sus manos aún frágiles y delicadas. Otro día, la negra Jonatás, de visita al claustro, se acerca discretamente al oído de su «niña» y le dice que ya tiene averiguado quién es el gentil caballero. Trátase del oficial Fausto

D'Elhuyar

. Aparte de su arrogante presencia, tiene un corazón ardiente, una inteligencia clara y una palabra de gran seducción. Tres días atrás lo encontró cerca de la pila de la Plaza Grande y allí, entre los indígenas aguadores, mantuvieron una conversación larga.

—Preguntó por usted. Sí, sí, por usted, niña Manuela. Preguntó igual, si podía escribirle conmigo y si usted le correspondería y aceptaría encontrarse con él alguna vez.

Al poco, inicianse los amores entre los dos jóvenes. Primero por medio de cartas llevadas y traídas por la negra Jonatás, y, después, dos o tres encuentros furtivos a la entrada del convento, conversaciones bien disimuladas, un beso, luego dos, luego tres, todavía sobresaltados, murmurios, leves toquidos, la obligada despedida, la muchacha que corre hacia la clausura, una mirada atrás para devolverle el beso al aire que el joven militar acaba de lanzarle, para allí en el umbral del portón, firme como una estatua indoblegable, alejándose ahora, inasible como una visión que se diluye, a la que se ve lejos, casi oculto por los vahos del vaporón que se desprende de su cuerpo, su corpachón de hombre bien plantado, coronado, él, por su empenachado casco oro y negro, un trocito de cabeza, un bucle rubio y sedoso que se escapa de la cobertura del casco, un trozo de cara, su barbilla inclinada y semipartida rozada por el tieso cuello del dormán, y el resto del hombrón debajo flotando en su uniforme como perdido ya en un recuerdo

extraño, con su casaca roja guarnecida por trencillas de oro y cruzada por un tahalí también de oro, con sus pantalones blancos, con sus botas de espuelas calzadas, arrebuñado con su capa de esclavina.

Doña Joaquina termina consintiendo los amoríos de su hija. No le gustaba el que el novio fuera realista. ¿Cómo podía gustarle, a ella, una mujer tan patriota? Pero tampoco podía negarse a reconocer su buenamozura, su plantaje, su buena educación. Decíase, por esos días, que era «el hombre más lindo de Quito», y siendo su hija Manuela «la mujer más bella», ¿cómo negarse a que esos dos querubines se amasen? Fue así como el capitán

D'Elhuyar

empezó a visitar a Manuela, en su propia casa, los domingos de vacaciones. Conversaban desde la mañana hasta el atardecer. Joviales, amorosos. Una gran distracción. Fumaban cigarrillos que ellos mismos enrollaban en fino papel de arroz. Y, en los breves descuidos de doña Joaquina, corriéndose de gusto, se besaban y acariciaban entre farfulleos de exclamaciones, promesas y juramentos. A veces, salían a cabalgar: él montando un caballo inglés de pura sangre, un alazán de gran empaque, trotador, escarbante, bailarín, y un saltador maravilloso. Y ella, siempre a horcajadas, sobre un ruano estupendo, el viejo potro que de niña acaballaba en su hacienda de Catahuango.

Con el tiempo los amores de Manuela con

D'Elhuyar

se fueron haciendo cada vez más apasionados. Se vuelven caricias desenfundadas, dolor, constelación, infierno. Boca con boca y pecho contra pecho, se hace más apretado el nudo. Una mañana, Manuela obtiene permiso para salir del claustro, alegando un pretexto cualquiera, y no vuelve. Es raptada por

D'Elhuyar

y llevada por él a Guayaquil. Allí, en el puerto del Pacífico, hacen el amor hasta el cansancio, sudorosos en medio de aquel clima tórrido, en tugurios de mal vivir, el primero que topasen al arribo de la noche, tendidos en la playa,

chapoteantes en el agua espesa que, hedionda aceitosa efervescente, separaba la proa de los botes de la orilla, dentro de uno cualquiera de esos botes cansados de navegaciones, meciéndose en el viento de la bahía, en el viento de los océanos; picoteados de pronto por las gaviotas cual si fuesen, ellos, unos desechos más de *Le Cimetière Marín*; jugueteando tal unos animalitos en la arena; o iracundos como una tromba tempestuosa; dorados al sol los bellos cuerpos desnudos: caracolas de sueño, albergue de corales, grutas de secretas deidades acuáticas, el sinfín fulguario del fósforo y la luna, hubiese dicho Neruda o, siguiendo con Neruda, copas de espuma donde el rayo se pierde como un albatros ciego...

Ahítos de amor y música tropical, de roñes y cervezas tibias en las cantinas de la noche porteña agonizante, otro día cualquiera decidieron separarse. Habían probado todas las delicias y los desafueros de la carne. Ya llegaba a su fin la licencia militar de

D'Elhuyar

. Tocábale regresar al cuartel. Y a Manuela, seguramente, a su convento.

No dejó grato recuerdo esta fuga en el espíritu de Manuela. Boussingault, tenido como uno de sus biógrafos más cercanos, dice que «nunca hablaba de ella». Rumazo González, otro de sus biógrafos, asegura que, no obstante, le proporcionó una experiencia fundamental y la confirmación de algo que ella ya presumía: era infecunda. *Machorras* llamaban en Quito a las mujeres de ese tipo. El doctor Cheyne, médico suyo por algún tiempo, dirá más tarde: «Tratábase de una mujer de singular conformación».

El mismo Rumazo dice que ninguna comidilla hubo mejor para la habladoría quiteña que esta sonada aventura de la hija de Simón Sáenz y Joaquina de Aispuru. El mismo

D'Elhuyar

, poco caballerosamente, se ufanaba de ella en cualquier chichería. Decía que en purita verdad era una hembra, un hembrón si se quiere..., pero demasiado puta, más que puta, putísima... No sólo con él se refocilaba en Guayaquil. También con los marineros llegados de tierras extrañas:

mongoles, polinesios, chinos, finlandeses. Algunos tatuados de pies a cabeza con figuras de mujeres desnudas, sirenas de grandes caudas, serpientes que se mordían la cola, anclas, ballenas, pájaros, figuras heteróclitas, barcos a la vela, corazones traspasados, monogramas, y la frase «te amo» inscrita en mil idiomas diferentes. Hubo uno de esos marinos que estuvo con Manuela, uno, japonés, un japonés fornido que más parecía un samurai y que ostentaba una mariposa tatuada en el mero centro del glande, una mariposa, sí, con sus alas multicolores de dibujos variados, sus antenitas, su trompa de succión, sus grandes ojos compuestos y, por supuesto, con su cuerpo, también con su cuerpo, sólo que éste era el mismísimo meato urinario del sujeto. Una carcajada estruendosa de

D'Elhuyar

celebraba el estropicio cada vez que recontaba la anécdota.

Decía también

D'Elhuyar

que mucho quiso a la Manuela cuando estuvieron de novios, tanto que podía haberse casado con ella, pero, finalmente, no lo hizo, no podía hacerlo, porque *teniendo marido le dijo que era mozuelo... cuando la llevaba...* al puerto. No era virgo, seguro que no era virgo, confirmaba el muy lengüetero a todo quien quisiese enterarse. Nunca determinó, pues al efecto carecía de los elementos de juicio necesarios, si la habían desvirgado los dedos sabios de la tía Librada de Aispuru y Ascázubi, sor Juana Librada de la Santa Cruz, o el carajo siempre enhiesto y no menos sabio de fray Bernardo Castillejo de Mejorada y Anzur.

Cierto fue que mucho debió sufrir doña Joaquina con los dimes y diretes que por todo Quito corrían sobre la honra de su hija. Era preciso ponerle fin a ese desastre de chismografía al por mayor. Sabía que cuando cruzaba la calle para asistir a la misa o para ir de compras al almacén, las gentes se daban con el codo, a causa de Manuela, sólo por Manuela, y a su paso hablaban en voz baja. Don Simón también se interesó por el asunto. Y, presto, comenzó a buscar un partido matrimonial para la muchacha. El matrimonio habría de ser

la solución. En esos tiempos, por suerte, el matrimonio era problema que no atañía a las solteras matrimoniales, sino a sus padres; las bodas se concertaban sin contar para nada con las novias, y muy pocas veces con los novios. Dice un cronista de la época que «la autoridad paterna se encargaba, por tradición, de juntar parejas de acuerdo con los apellidos y las conveniencias». Nada importaba si mañana no resultaban felices. Para eso estaban las libertades que discretamente y no tan discretamente se tomaban las unas y los otros por encima de la unión que los eclesiásticos consideraban indisoluble.

Don Simón tenía suficiente dinero para encontrarle una pareja matrimonial a su hija y echar por tierra, de una vez por todas, las hablillas del capitanejo

D'Elhuyar

y de los quiteños todos.

Pronto la consigue. Trátase de un hombre libre de prejuicios, a quien, por inglés, poco le importará un virgo más, un virgo menos. Como médico goza de amplio prestigio. Tiénesele por caballeroso, recto y sincero. Sus riquezas le permiten llevar una vida muy holgada y de amplias relaciones sociales. Su edad —cuarenta años— para su raza significa juventud. Su físico no es de mal parecer. Su catolicismo frío, indiferente, no es óbice para una amistad sincera. Es el doctor James Thorne, médico, natural de Bedford.

La boda se fija para mediados de 1817, tras un noviazgo relativamente corto. Manuela no protesta. Termina por asentir. A decir verdad, lo mismo le daba casarse que no casarse. Se siente en la plenitud de su vida y sabe bien que puede atraer al hombre que le guste con sólo echar un pañuelo al suelo, guiñar un ojo, ponerlo en blanco, o adelantar en juego cualquier otro requiebro. Pero ¿por qué no casarse con el doctor Thorne? ¿Por qué no hacerlo, si con ello iba a complacer a sus padres? ¿Si con el matrimonio iba a convertirse, y de hecho se convertiría, en una mujer respetada dentro del mundo social? ¿Si podría ser el centro de agasajos, paseos o interesantes fiestas? ¿Si podría viajar cuando a bien le placiera? ¿Si podría irse al campo o

quedarse en la ciudad conforme a sus preferencias? ¿Si podría...? ¿Si podría...? ¿Y por qué no decirlo? ¿Si podría coquetear con el mejor que quisiese, a gusto y discreción? Y, sobre todo, ¿si podría darle un pelmazo en la nariz al menso de

D'Elhuyar

? La raptó. Se la llevó a Guayaquil. La tuvo como mujer en las pensiones más inmundas. Finalmente la rechazó porque no era virgen cuando se le entregó por primera vez. Y, después, se dio a hablar pendejadas, aquí y más allá, en todas las cantinas y chicherías de Quito. Que si la cogió o no la cogió. Que si era virgo o no era virgo. Que si tiró o no tiró con los marineros del puerto. ¿Y...? ¿Qué había dicho ella, Manuela Sáenz, mientras tanto, de su muy ufano raptor? ¿Había dicho que, pese a su estampa atlética, a su estatura de cinco pies y seis pulgadas y sus brazos y su pecho y sus hombros, a su figura de Apolo de Belvedere o de Júpiter Capitolino, a su bulto formidable que se le insinuaba por debajo de sus ajustados pantalones de ante y que correspondía, ciertamente, a una verga estupenda, pese a todo ello, era un vulgar marico? ¿Había dicho que, no obstante gustar de las mujeres, gustaba también de los hombres? ¿Lo había dicho? ¿Había dicho que, ocioso y malentretenido, obligaba a su acompañante a solazarse con otros para él, a la vista del suceso, paja va y paja viene, autocumplirse tras un parabán? ¿Lo había dicho? Recuerda Manuela la noche aquella, ¡oh, qué horrible!, ella paralizada de miedo, de asco, o no se sabe de qué, cuando la obligó a estar con el japonés que tenía una mariposa tatuada en el glande y como diez sirenas en el pecho y en los bíceps. Después que ella lo satisfizo, ¡sólo Dios sabe cuánto esfuerzo tuvo que hacer para satisfacerlo!, púsose él,

D'Elhuyar

, a examinar el tatuaje de cerca. Acariciaba el glande del sujeto para ver y rever las alas del lepidóptero, sus colorines múltiples, sus antenas filiformes, su trompa de succión, sus ojos dobles, hasta que, con su lengua, su lengua de hablador de pendejadas, se dispuso a calibrar el propio cuerpo del

insecto. ¡Horrible, Señor mío!

D'Elhuyar

como loco, prosternado, allí, a los pies del japonés, y el japonés, desaforado, hecho aguas de un todo por los lengüeteos de

D'Elhuyar

, dejándose lamer, relamer, lamber, laminar, lamiscar, lambucear, chupar, chupetear, mamar, succionar, libar, atraer, tragar, sorber, absorber, empapar, embeber, ensalivar, explotar, reventar, enflaquecer, desmadrarse, consumir, volver a levantarse, hasta que él, el japonés, terminó con su miembro tatuado en el glándulo calzándose a

D'Elhuyar

. Sí, calzandoselo por entre las nalgas... ¿Habíalo dicho? Nada había dicho. Esa noche, la noche del japonés, él y ella decidieron romper. Él regresaría a su cuartel y ella, ella, a su convento. Así fue. Y justo, justo por eso, se casaría ahora con su médico inglés...

«Pero ¿saben ustedes lo que es casarse con un inglés?», preguntaba Manuela en el colmo de la defraudación a sus fieles esclavas Jonatás y Nathán, en la mañana siguiente a la noche de bodas... «Es como hacerlo con una jarra de horchata, con una pipa de agua, con un témpano de hielo, con un asexuado angelote de la Corte Celestial, sólo que pedodeador y con un aliento infesto a ginebra y no oloroso a nardos y azucenas como se supone debe ser el aliento de los ángeles».

Notorias eran las diferencias entre Manuela y su marido. Él no amaba el goce sensual, más bien lo rehuía, como si viviese todo el tiempo dentro de sí, como si bastárase a sí mismo. Por las noches prefería dormir, casi sobre el borde del lecho, dándole displicentemente la espalda. Ella, por el contrario, buscaba el placer en forma harto exagerada y a fuer de no conseguirlo por esos días iniciales del matrimonio, vivía presa de violencias histéricas con largos y penosos sollozos, quejas, protestas y sacudones. Por momentos creía que iba a enloquecer. Con sorda y tremenda ansiedad descontaba las horas. Ya no aguantaba más la desgana del inglés, su temperamento flemático, sus meticulosidades protocolarias faltas de espontaneidad, lo anquilosado de sus pensamientos, de sus costumbres, de sus modales, su exceso de amartelamiento, su carencia de ingenio, su infaltable té de las cinco, sus partidas de póquer y solitario, su horrible afición por la pesca: horas y horas asido de una caña en las riberas del Machángara y las quebradas bajadas del Pichinga. Para no enloquecer, vuelve a sus antiguos encuentros con el fraile Bernardo Castillejo de Mejorada y Anzur. Decididamente, era el mejor de los hombres que hasta entonces había conocido. ¡Ah! Nada tenía que ver con

D'Elhuyar

ni con el doctor Thorne, boquirrubio el uno, destemplado el otro. Libre de apremios, recibíalo en su propio lecho nupcial, en una suerte de ejercicio de devociones, gracias a la ayuda cómplice de Jonatás y Nathán, siempre vigilantes, prestas a dar aviso tan pronto el doctor regresase del consultorio o de la pesca, para que el fraile Castillejo corriese a lanzarse por el balcón, a esconderse debajo de la lechiga o en el propio retrete por el tiempo que hiciese falta.

Algo sospecha Thorne de los cuernos como estaquillas que dispensábale su mujer, pero dada su miopía y su poca o ninguna malicia, nada logra precisar en concreto. Pese a ello, sus celos crecen. Hay días en los que su reticencia se vuelve acritud. Manuela no le hace ningún caso, se le ríe en la cara, se mofa de él, lo desprecia, le impone su superioridad y, más de una vez, le ha dejado marcadas sus afiladas uñas en la cara harinosa, boba, fofa, y con unos ojos zarcos entre atontados y tristes. Impasible, en la alcoba nupcial, cama rosa de alto copete y con baldaquino rosa también, continúa rezando los salmos con su fraile.

Un buen día Thorne se decide a hablar, a la hora del té, y ceremonioso aunque firme, con voz fría y áspera, equilibrada, sin énfasis, se dirige a su mujer:

—Hace tres días recibí un apócrifo, una larga carta donde me dan cuenta, en correcto inglés, de unas supuestas relaciones tuyas con el fraile Castillejo, de la congregación dominica. Preferiría no haberla recibido. También me hablan de los archisabidos cuentos tuyos con el capitán

D'Elhuyar

en el puerto de Guayaquil. Y, además, como colmo de la infamia, me agregan este pasquín español en verso.

Sin inmutarse, Manuela recoge el legajo que su esposo le entrega. Hace a un lado la carta manuscrita, al fin y al cabo ella no sabe leer inglés, y prefiere detenerse en el verso copiado sobre una cartulina nimbada a su vez por dibujos de cuernos diversos: la copiosa cornamenta del arce, las tímidas corcetas del cervatillo, el cornete que lleva el rinoceronte sobre la trompa y los pitones del toro de lidia, atrevidos, en

el testuz insolente, las cuatro orejas corniabiernas del búfalo y el mogote de los gamos y venados, el cornalón doblado de los machos cabríos, como las volutas del capitel jónico, y los tiernos cornecicos del cabrito, el asta estrigilada y en espiral que lleva el mítico unicornio, y el cuerno de la abundancia también, una henchida cornucopia vomitante de flores y frutos, todos minuciosamente dibujados y enastados unos a los otros en magnífica y coloreada orla corniapietada.

Al leer el primer verso, Manuela sabe que se trata del gracioso soneto de Quevedo: *A un hombre llamado Diego, que casaron con una mala mujer llamada Juana.*

«A las bodas que hicieron Diego y Juana / dio de su cuerno flores Almatea, / tocaron la corneta de la aldea / y una cuerna almorzaron valenciana. / En cuerno meó el novio, aunque sin gana, / cuando la novia en otro cuerno mea, / y en la cornija de la chimenea / les cantó la corneja de mañana. / El cura, que es Cornejo, escribió el nombre / con tintero de cuerno, y él ha dado / un cornado, que es todo lo que pudo. / Y es el bueno de Diego tan buen hombre, / que, con tantos agujeros, no ha notado / cómo le casan para ser cornudo».

Terminada la lectura, Manuela no pudo menos que reírse a mandíbula batiente. Según uno de sus biógrafos, ella sabía «reírse de sí misma y acertaba a reírse de los demás con inteligencia y gracia». Ahora, Manuela ríe, ríe, ríe, como el pobre Garrick de Nervo cuando estaba en la escena; como Bergson cuando escribió *La risa*; como Estefanía, la de *Palinuro de México*, con los dientes llenos de arena, cuando tenía diez años; como el *Jesús atado a la columna* en el óleo de monasterio, pese a la tortura: carcajeante; y como los poetas risueños de Darío: el gran Anacreonte, el gran Ovidio, Quevedo, Banville. Reía, reía Manuela, entonces, como una hiena plenialunada, como una loca alucinada, como una niña enloquecida. Reía como si le hiciesen cosquillas o si estuviese, ella, en un paso de comedia. Reía, soltando el trapo, recogiendo el moño, halándose las greñas, aguantándose el pecho. Reía aturdida, descomedida, atarantada, descoyuntada, descalzándose, desparramándose,

descomponiéndose, hasta que le dolió el estómago, hasta que se le saltaron las lágrimas, hasta que soltó el chorro de orines en los propios calzones; y cuando ya no quedábale más risa en el cuerpo, quedábale, no obstante, una sonrisa sardónica, una especie de espasmo cínico, un gesto especial en la cara propio del tetánico, con los músculos mímicos faciales contraídos, dirigidos hacia atrás los dos ángulos labiales, tal cual como si tratárase de la sonrisa de un conejo. Con ella, terminando de carcajearse, le devolvió el soneto y el resto del legajo apócrifo al marido, preguntándole simplemente:

—¿Y...?

El marido no sabía qué responder. A tientas, le contestó:

—El honor..., Manuela, el honor.

Sin variar para nada la sonrisa, le ripostó:

—¿Qué honor...? ¿El mío...? ¿El de una mujer que ciertamente se refocila con Castillejo, un fraile putero, cuyo cipote mide doce pulgadas en redondo y diecinueve de fuste y tan ancha en su extremo que no puede penetrar un culo sin desgarrarlo, capaz, él, de eyacular ante la menor provocación varias veces al día...? ¿Que también, en verdad, se fugó con D'Elhuyar

, una marica depravada que suele chupar vergas, si tatuadas mejor...? ¿El honor tuyo? ¿El de los quiteños, follones y habladores de pendejadas...? ¿Qué honor...?

—El inglés, Manuela —contestó el doctor Thorne sin perturbarse.

—¡Me cago en el honor de los ingleses! —alcanzó a proferir Manuela, con un gesto destemplado, antes de intentar retirarse a sus habitaciones. Pero, he aquí que el inglés la siguió implorante, casi a rastras, tratando de detenerla, de asirla por el ruedo de la falda, de retenerla, para él, sólo para él.

—Manuela, ¡por favor!, estoy dispuesto a perdonarte, a perdonarte, sí, te quiero, te quiero perdidamente, con pasión, con frenesí, con celos. Me has cautivado tanto que, por ti, soy capaz de todo. El amor que me inspiras es inextinguible, Manuela, ni el tiempo podrá destruirlo.

Ante la avalancha pasionaria, Manuela se detiene.

—Soy una mujer libre —se atrevió a decir.

—Sí, amor, sé que eres libre —confirmó el inglés, con tono adulón, ya de pie, y tratando de estrecharla contra su pecho.

—Y además soy puta —continuó Manuela, del todo demudada—. Soy puta, ¿entiendes? Soy puta, disfruto abriendo mi carcaj a todas las flechas. Cierto es que me cargo al fraile Castillejo y que me he cargado además a varios hermanos de su congregación: a fray Lorenzo de la Parrilla y a fray Benito Morreo de Bejarano, a fray Eulogio de Valencia y a fray Fernando de Laguna, a fray Torcuato Velasco y a fray Lisandro de Morgado, y..., y...

A Manuela parece faltarle dedos de la mano para enumerar a todos los dominicos de la frailería de Quito. Cada vez más descompuesta, a grito limpio, y dando puñetazos y manotadas contra el impertérrito pecho de su esposo, continúa:

—Y si quieres exagerar: por supuesto que me cargué también al padre Ramón de las Carmelitas Descalzas —dijo, con evidente sarcasmo, aludiendo al tópico verde del Quito colonial—. También es verdad, ángel de amor, que me fugué del convento con Fausto

D'Elhuyar

, un hombre maricón o mejor ambidextro, cierto, pero audaz, ardoroso en el amor con las mujeres tanto como con los hombres, y, por encima de todo, un hombre bello. ¿Has visto, acaso, en todo Quito, un hombre más bello que Fausto

D'Elhuyar

? Y también es verdad, pendejo, que he tenido experiencias lésbicas, como tú seguramente las habrás tenido sodomíticas. ¿Sabes quién me desvirgó? No fue Castillejo ni ninguno de los hijos de santo Domingo. No fue Fausto

D'Elhuyar

. Por supuesto que tampoco fuiste tú, por mucho que te lo hiciese creer. Para ir al himeneo contigo, una madre Celestina me reparó el virgo: entretelando en mi vagina finas lonjas de higadillo de pollo espolvoreadas con alumbre. Ese primer acoplamiento nuestro, James Thorne, el acoplamiento

primigenio no fue más que una farsa. Risas, sólo risas me provoca recordar que el obispo Cuero y Cayzedo, con humildad pastoral y conforme al ritual casamentero de los viejos tiempos, lavó tus genitales con agua bendita de lluvia de abril tal como si, efectivamente, hubieses ido a desflorar a una virgen. No puedo menos que reírme cuando recuerdo que Jonatás, previamente instruida por mi padre, salió alborozada a colgar en el balcón de la alcoba, a la mañana siguiente del infausto suceso, una sábana, la sábana nupcial, extendida con las tradicionales manchas de sangre — sospechosamente demasiado vivas, brillantes, y como recién puestas con mercurocromo— en su centro. ¿Sabes quién me desvirgó, James Thorne? ¿Quieres saberlo? Me desvirgó mi tía Librada, Librada de Aispuru y Ascázubi, prima hermana de mi madre y monja de Santa Catalina, sor Juana Librada de la Santa Cruz. Me desvirgó con el dedo medio de su mano derecha, una mano estupenda. ¡Ah! Las manos de mi tía Librada. Ningunas como las suyas para bordar primores sobre un mantel de lino de Irlanda, un delantal de seda o una sábana nupcial, para iluminar los pergaminos de un palimpsesto, para hacer gozar a una niña núbil... A buen seguro, James Thorne, fue ella la que te envió el apócrifo y el soneto corniluminado de Quevedo. Ella es buena dibujante. Ella habla y escribe el inglés. Y, además, me tiene mucha rabia. No me perdona el que me hubiese entregado a Castillejo y a los otros hermanos dominicos, y, mucho menos, el que me hubiese fugado del convento con Fausto D'Elhuyar

. Tampoco debe haberme perdonado el que me haya casado contigo. Sí, so menso, fue ella la que te envió el apócrifo. Y fue ella quien me desvirgó, con el dedo medio de su mano derecha; ¡ah!, el dedo medio de su mano derecha, mil veces mejor que tu pijita de pabilo de vela. Por lo tanto, inglés insípido, también, óyelo de una vez, soy reo de incesto. Peor aún..., además de puta: soy sáfica y reo de incesto.

No dijo más. Al poco, comenzó a llorar.

También el doctor Thorne llora ahora, con su cara enharinada, boba, fofa, con sus ojos zarcos entre atontados y

tristes. Lloro ante ella, otra vez a gatas, como perro sumiso, quejicoso, rabibailante. No sabe cómo calmarla. Piensa que ninguna zalema sería suficiente.

A duras penas, balbuceo:

—Cambiamos de residencia, amada mía. Nos iremos a Lima. Pondremos la distancia de por medio. Mañana mismo hablaré con tu padre. Arreglaré con él algunos negocios. Venderemos los pocos bienes que nos queden, y nos iremos a la capital del Virreinato. Allí no habrá ningún

D'Elhuyar

, ni ningún fraile Castillejo, ni ninguna tía Librada. Allí ejerceré mi profesión e invertiremos nuestro dinero. Y tú, Manuela mía, te serenarás con los aires suaves del Rimac, y, si acaso no quieres o no puedes serenarte, podrás gozar mejor de la vida, sin el chismorreio de los quiteños. Nadie más chismoso que un quiteño. Sí, Manuela, en Lima podrás saciar tu sed de aventuras, vivirás emociones nuevas, todas las emociones imaginadas, triunfarás con tu belleza, con tu tacto social, con tu audacia de mujer decidida, con tu inteligencia poderosa. Brillarás en los grandes salones, en los teatros, en las fiestas y en los paseos del Puente a la Alameda. Ninguna perspectiva te aguarda en este Quito provinciano, patriarcal y mezquino. Nos iremos a Lima, amor mío. Nos iremos a Lima...

Aunque reacia en un principio, sollohipeante todavía, Manuela terminó asintiendo. Le agradaba la idea del viaje, del cambio de ambiente. No había nacido ella para ser la puta frailería de Quito, la mujer de todos los frailes puteros de la ciudad. Tenía alma grande y un corazón inmenso como para conquistar el mundo. Su temperamento extremadamente sanguíneo requería nuevas y nuevas experiencias.

Por primera y, quizás, única vez, esa noche, James Thorne y Manuela Sáenz hicieron de verdad el amor. Él se comportó como todo un *latin-lover*. Y ella, por aquello de *noblesse oblige*, ferviente le correspondió. Una niebla vaga se alzaba desde el valle para descargar sus aguas sobre campos y laderas. Y de la calle llegaba el grito del sereno, dando la hora y anunciando el estado del tiempo.

Tres meses después arriban los esposos a Lima. Llegan acompañados de Jonatás y Nathán y por David Bennet-Erdoiza, el joven paje de Thorne, hijo de inglés y ambateña, recién contratado como tal paje a cambio de un jugoso salario y guapo mozo en quien Manuela fijó su vista desde el primer momento de la contratación. Tenía un rostro astuto y reluciente, y un aire de libertino que contrastaba extrañamente con su edad. Apenas contaba diecisiete años. Los había cumplido una semana atrás. A Manuela le gustaban sus ojos morunos, grandes y profundos, rodeados de ojeras verdosas o azuladas, con seguridad venidos de la madre ambateña; el respingo de su nariz de aletas vibrantes, claro reflejo de la sensualidad; sus labios, pequeños y gruesos, siempre humedecidos y provocadores; el vuelavolar de sus cabellos lacios, ni negros ni castaños ni rubios, un tanto pardos más bien, y, muy especialmente, esa pequeña separación que tenía entre los dientes de arriba.

Fue en los preparativos de la mudanza cuando ella lo besó por primera vez. Traía en manos, para embalar, el copón de una lámpara de cristal de Venecia. Por poco no se le cayó, a causa de la emoción y del atolondramiento.

—David..., te digo que podría llegar el doctor. Suele aparecerse en cualquier momento.

—No importa —contestó él, vehemente—. Creo que tengo su permiso. Sí, sí, sí..., lo tengo. Tengo su permiso. El doctor me lo dio el día de la contratación: «... y si la señooooora quiere usarlo, déjese usar». Soy un empleado, señooooora. Cumpla órdenes estrictas —dijo luego, cambiando el tono de voz.

Supo, así, Manuela que contaba con un hombre para sí; un hombre a su medida, para su solo goce, joven, bello, fornido,

entero, discreto y a su completo mandar; un hombre que conviviría con ella bajo el mismo techo, en relación de subordinación o cuasivasallaje, ¡qué ricura papacito!, y con la aquiescencia cómplice de Thorne. Éste se la hizo notar, casi explícitamente, una tarde, a la hora del té, poco antes del viaje.

—Es una buena adquisición ese muchacho David. Despierto, bien educado, apuesto, diligente. Creo que nos será de gran utilidad en Lima. A mí me servirá de paje y a ti para lo que quieras usarlo.

Manuela creyó advertir en la última frase de su marido como una intención permisiva en el terreno galante, palabritas mansas poco confiables, algún perspicaz rodeo celestinesco, y para no soltar prenda, ¿por qué soltarla y quedar al descubierto?, con cierto dejo de desprecio se limitó a contestarle:

—¿David? ¡Por favor! ¡Pero si no es un hombre aún!

Lima no resultó, a primera vista, para Manuela, la ciudad deslumbrante que ella esperaba. Más valía cerrar los ojos ante esa hilera de casas chatas con sus débiles paramentos de yeso y sus trémulas *quinchas*, modos de palizadas o tabiques medianeros forrados con caña y enlucidos por una delgadísima capa de barro, coronadas todas por los gallinazos calvos y negros que a guisa de blasones se empinan sobre las techumbres; esas casas patinosas, jaspeadas de moho por la polvareda y el aguaje, o descascaradas, uniformes en su mediocridad ocre y tediosa, sin nobleza colorística, a pesar de sus portales de utilería, sus enrejados andaluces, y sus rizos y encrespamientos, sus molduras y abovedados y distorsiones que pretenden simular los bulbos y encajes de una réplica morisca, raras caricaturas ablandadas de los estilos barroco y churrigueresco con reminiscencias del mediodía español, árabes, mozárabes, romanas, florentinas y hasta asiáticas, y sobre todo, ¡oh Thorne, qué horrible!, ¡qué horribles son!, de sus encelosados balcones, corridos, esquineros, encajonados, raros pero no bellos, notorios pero no excelsos, teñidos, ellos, de un sapolín marrón-chocolate, los cuales ofrecen la fatídica apariencia de grandes cofres funerarios; esas casas puestas, monocordes, unas al lado de las otras, con la pretensión no zorrastrona de formar una urbe perfectamente cuadrículada, perfectamente anquilosada, perfectamente compartida como una gran torta de cumpleaños, perfectamente medida a plomada y dintel y como concebida perfectamente (Sebastián Salazar Bondy *dixit*) por un aritmético (agrimensor o geómetra) sin ninguna imaginación en un papel liso 8x10 (117 manzanas de 450 pies por lado, cada una, *ab initio*); ese cielo sin matices, terriblemente árido, de una grisura pizarra homogénea e impenetrable, que nunca se deshace en

aguaceros de verdad verdad, en torrentes amazónicos, en chaparrones tropicales, sin rayos ni truenos, sin nieves ni calcinaciones, lo que no obsta para que pese sobre el conglomerado, a modo de fastidio perpetuo, todo el año, o, cuando menos, seis meses sí, seis meses no, cual maldición bíblica, cual plaga egipciaca, cual conjuro satánico, cual penuria de Job, esa tenaz garúa, o ese polvillo flotante, o esa fría neblina bajada de la sierra, y siempre la catarrosa-limeñísima-insoportable-impenitente-impertinente-ponzoñosa-tísica humedad de la atmósfera; ese arenal del entorno que se extiende a lo largo del océano por más de dos mil millas y que se pierde en los desiertos, más allá de las dunas del sur; ese arenal que se mete dentro de la ciudad, habitándola con sus nubarradas urticantes, inundantes, deshacientes, y sus gujarros y sus piedrecillas y ese ululoulular fantasmagórico por entre los macizos de los portales, los zaguanes, los aposentos y hasta el andamiaje de las pobres osaturas de los edificios y las ruinas, y en los ojos de la gente, por entre sus cabellos, en sus narices, en sus bocas, y en sus partes más íntimas también; esos cerros pelados, envueltos en lo que debería ser el invierno por un tul de nieblas que (Hermán Melville lo dijo) *hace irreales las cosas más rotundas y mantiene las ruinas eternamente*; esas barriadas, ¿no viste, Thorne, esas barriadas?, ¡qué horrible!, ¡qué horribles son!, esas barriadas increíblemente miserables, esos *callejones* flanqueados de tugurios, esos *corralones* o *baldíos* cercados de casuchas, insalubres, adefésicos, insufribles, inhabitables, y, pese a ello, superpoblados por decenas de miles y miles de indios y mestizos liendrados, chinchosos, niguachentos, explotados, segregados, desprovistos, asidos al sino de la fatalidad, sin saber por qué nacieron, ni por quién habrán de morir, sin saber qué va a pasar con ellos, sin quererse, sin sentirse, sin lamentarse, sin compadecerse, atados de por vida, como *chajales*, casi esclavos o esclavos de un todo, a las caudas de las grandes familias; carentes, ellos, hasta de una *chaucha*, pobres, inevitablemente pobres dentro del sistema cerrado de castas; ¿son ellos los descendientes de los antiguos incas?, ¿los que pagaron en oro y plata el rescate

de Atahualpa?, ¿pueden ser ellos?, ¿son ellos de verdad? Más numerosos, Thorne, que todos los de Ambato y Latacunga y Puna, que los de Cuenca y Gualaquiza y Guaranda y Babahoya, que los de Cayambe e Ibarra, y los de Quena y los de Cotacocha y los de Quito, todos sumados. Esos «cholos de mierda» como los llaman; ¡qué horrible!, ¡qué horribles son!... Esas mujeres de frentes estrechas y abultadas encías y dientes demasiado pequeños, dispares y mellados, sarrosos y con manchas de verdor de coca; mujeres envejecidas prematuramente, descalzas, chamicadas, perezosas e indiferentes como los perros flacos, chandosos y apestados que también abundan en la ciudad, envueltas en chales mugrientos, preñadotas, con otro chiquilitín en los brazos, o tomado de la mano, o cargado en una talega sobre la espalda cual la cruz de la humildanza, o sostenido por la propia manta rotosa mientras chupa y rechupa de una teta menguada, con nubes de huacheches en derredor. Esos hombres chibolos de bigotes ralos y miradas incomprensibles, rezumando saliva por uno de los extremos de la boca, cubiertos con sombreros de paja tiesa y barnizada; esos «runas» que nunca se llaman «indios» a sí mismos, con todo su odio almacenado y, quizás también, con toda su ternura, sólo que una ternura inexpressada; esos zambos y chinos azambados, los mulos del arrieraje; esos chalacos que van de la faena del puerto directamente a las chinganas para hartarse de pisco y carajear a las putas; ¡qué horrible!, ¡qué horribles son!... De verdad, Thorne, que mucho me gustaría regresar a Quito...

Pero Thorne, como buen inglés, ya había decidido poner distancia de por medio para recoger la honra de su mujer.

No le fue dado a Manuela regresar a su ciudad natal, al menos por esos días y meses inmediatos siguientes a su llegada. El doctor Thorne, al poco, se compró una casona de gran lujo, con jardín central y todo, en la calle de San Marcelo, una de las calles principales de la ciudad, y una villa en las afueras, hacia el sur, con playa propia y otras lindezas más. Y una chacra. También se compró una chacra. Una pequeña chacra conformada por un oasis. Uno de esos oasis

que, pasada Lima, en el camino de la costa hacia la sierra, unas cuantas millas más allá, comienzan a arrebujarse en el piedemonte, a las faldas de las montañas. Él mismo se ocupa de cuidarla. Por días y noches prestaba atención extrema a la propiedad. Tal era su escrúpulo que no podía ver el menor desperfecto o deterioro en ella, fuera en el interior o en el exterior, sin que se apresurara a repararlo. Si hasta se encaramaba en los árboles más altos para limpiarlos, con sus manos, de la «salvajina», la «guate de pajarito» y las otras parásitas. Además de médico, Thorne era un maestro artesano que sabía trabajar, con igual habilidad, la madera y el metal. También amaba la agricultura y la cría de animales. Por años mantúvose, en la zona, la costumbre de mostrar las represas y los muros de Thorne a los jóvenes labriegos, trabajadores y ambiciosos, como ejemplo a seguir: no había por aquellos parajes otras obras humanas que pudiesen compararse con esos muros de piedra, tan cuidadosamente contruidos por el hombre y ornados por la naturaleza con una estela de «zapatillas de muertos», esas flores afelpadas amarillas resplandecientes y muy perseguidas por los moscones negros azulosos y zumbantes (Arguedas recordaba que *ayaq sapatillan* y *huayrongos* llaman en quechua a unas y otros)...

La chacra de Thorne estaba situada en una llanura cuestera, al pie de las grandes moles andinas que, a partir de allí, comienzan a levantarse para formar la sierra. En las hendiduras de la cornisa pétrea se formaban embalses de tierra humificada, donde arraigaban plantas de todo tipo e incluso hortalizas, sembradas por Thorne, que minaban la consistencia de la peña. Durante el deshielo de las grandes nevadas serranas, la tierra y trozos de roca eran arrastrados de las resquebrajaduras, y desprendíanse entonces los tan temidos *huaycos* que solían cerrar los caminos y saltar sobre las granjas situadas abajo, en las cuales causaban estragos, no sólo sobre los plantíos, sino también sobre los propios edificios, personas y animales. Thorne quitaba a brazo pleno esos peñascos de sus prados y cultivos. Por tanto, se le tenía como modelo de hacendado y fue distinguido pronto como

un hombre, amén de acaudalado, cuidadoso y muy trabajador.

Manuela, por su parte, se dedicó a engalanar las propiedades. Espacio suficiente tuvo para lucir sus platerías, sus oropeles y similores, sus copiosas vajillas, sus imponderables cuadros de la escuela quiteña, sus bien restauradas tallas del siglo XVI, sus importadas lámparas venecianas. Se olvidó del populacho callejero y de las lluvias de arenisca que acribillaban su piel tan pronto salía de la casa. Aprendió el tono dubitativo y blandengue del habla local, esas formas tan particulares del decir limeño, la jerigonza coloquial con la que acostumbraban a comunicarse entre ellas las grandes familias y hasta una que otra frase de la «replana» para achispas la conversación, esa lisura criolla, en fin que tanto anima y sorprende a los forasteros. Se hizo diestra en la preparación de anticuchos y de la chicha y del cebiche de pejerrey y en el guisado de cabritos, cuyes, chanchos y corderos, para mejor asimilarse a la «criollidad» y lucir como una auténtica «criollaza». Con el mismo sentido se hizo devota del Señor de los Milagros, de santa Rosa de Lima y de san Martín de Porres. Buena bailarina como fue desde los más tempranos tiempos de su juventud, no perdió paso de las polkitas y los valeses y las marineras. Con el mayor desparpajo alentaba las fiestas al grito de las frases «¡Dale con el pie!» y «¡Voy por ella!», tenidas ambas como la quintaesencia de la alegría jaranista. Abrió la suntuosidad de los salones de su casa de la calle de San Marcelo para recibir a todos los «churres» de la ciudad, a la gente grande, al mismísimo virrey y a sus áulicos y a sus validos, a los feudatarios de la región, a los terratenientes y enconmederos, nuncios, potentados, funcionarios de postín, a las matronas aristócratas y a las señoritas y señoritingas de más belleza y nombradla. En la chacra y en la villa de la playa se acostumbró a celebrar *pachamancas* y partidas de *rocambor* que la crónica social de la época encomió como «las mejores y más concurridas de Perú». Ella atendía personalmente a sus invitados y, de cuando en vez, raposeaba un tanto entre la concurrencia masculina. Sin proponérselo exprofeso, logró

que las limeñas abandonaran sus tradicionales *tapados*, la saya y el manto (las mismas prendas que según don Ricardo Palma se resistieron a dejar de usar en 1561, cuando un bando oficial las prohibió y, para defenderlas, declararon una huelga de brazos caídos y piernas cerradas en la cual, aparte de la dejación de las tareas habitualmente encomendadas a la mujer y de negarse, por consiguiente, a estar con sus maridos, salieron todas vestidas con ese atuendo y en plan de manifestación, agolpadas en plazas y esquinas, vociferantes, tremebundas, portando pancartas de protesta, y deteniendo el tránsito de coches y carretas), prescindieron no obstante de tales prendas, decíamos, para vestirse «a lo Manuela»: faldas anchas, largas, de muchos pliegues y faralás, cintura de avispa, mangas bombaches de raso y sedas y descotes descomunales que dejaban al descubierto los senos casi hasta el borde de los pezones. Cundió así un modo de vestirse «a lo Manuela». Y un modo de maquillarse: sombra leve, apenas perceptible, sobre los párpados, y otra entre negruzca y rosácea en las orejas que, por ende, resultaban muy acentuadas, boca a lo trompa, remarcada en forma de corazón, una mancha de colorete en las mejillas alargándose hasta las sienes, y lunares postizos en la barbilla, al pie del lóbulo de las orejas, en los mofletes, o entre las dos cejas a la manera hindú. También hubo una forma de subir a la cabeza y descender de ella «a lo Manuela». Y un modo de recogerse el moño o soltarse la melena. Y un modo de quebrar la mirada. Y un modo de abanicarse. Y hasta un modo de suspirar. Como a Greta Garbo, la llamaban «la divina», «la divina quiteña» para ser más precisos. Manuela modelaba la línea de la próxima temporada. Manuela determinaba cómo sería el peinado mujeril de los meses siguientes, cuál el color de moda, cuál el alto de los tacones de las zapatillas. Manuela no podía salir a la calle porque una turbamulta embebecida la seguía de cerca, tratando de quedarse con un mechón de sus cabellos, o un trocito de su falda, su autógrafo o una simple sonrisa suya. Manuela presidía las recepciones y comilonas del palacio virreinal y la de los Prado Ugarteche, y la de los Elguera, y las de los Belaúnde, y las de los Leguía, y

la de los Echenique. Aparecieron cafetines, chicherías, tiendas de abarrotes, clubes, tabernas y casas de fiesta nombrados «Manuela», «La Manuela», «Manuelilla», «Manuelina», «Manuelita», «Manola», «Manoleta». Con tales mismos nombres comenzaron a apodarse las putas desfondadas de la calle Arequipa, y las de la Tacna, y las de la tenebrosa esquina de Rufino Torrico, y las de la calle Ocaña, y las que se mueven hasta muy entrada la madrugada entre Quilca y Camaná, y las de Huancavelica, rumbo a la plaza Unión o, en sentido contrario, hacia las riberas del Rimac. Para distinguirse entre ellas aplicábanse, entonces, los más extravagantes cognomentos: «Manuela Colibrí», «Manuela Estrella», «Manuela Encaje», «Manuela Oasis», «Manuela Versalles», «Manuela Coronación», «Manolina Palo de Buque», «Manolilla de Chiclayana», «Manola la Fiambrera», «Manolita la Culirroto», «Manola la Frasquito e'

Pu», «Manuela la Taimada», «Manoleta la Salcedona», «Manuela la Amarradita», «Manuela la Flor de la Canela», «Manuela la Nube Gris», «Manuela la Marocucha», o «Manolilla la Cirujana», famosísima esta última por las heridas y cicatrices que dejaba en los rostros de sus usuarios cuando negábanse a cancelarle la paga convenida. Todo lo hasta aquí enumerado para demostrar que no hubo en la Lima de esos días ninguna mujer más popular, más mimada, más alabada, más vituperada, querida hasta el endiosamiento o denigrada hasta la maldición, que Manuela Sáenz, Manuela Sáenz la Quiteña, la esposa del doctor Thorne...

Pese a la fama de Manuela, a los múltiples festejos que celebraba y al reconocido poder de seducción que sabía poner en juego, el doctor Thorne, al menos en esos primeros tiempos, pudo sentirse tranquilo, atendiendo a sus consultas médicas y cuidando su chacra, retirando «la salvajina» de los árboles y levantando, a brazo pleno, los *huaycos* de los plantíos para colocarlos, luego, en los muros de las represas y las sementeras. Manuela no alcanzó a enamorarse de limeño alguno. Y era que en la Lima de entonces no había hombres, aparte de los cholos, chinos, zambos y azambados del arrieraje. Los blancos de la administración virreinal, comenzando por el propio virrey, eran una sarta de viejos verdes, hidrópicos, gotosos, llenos de achaques y sin ninguna gracia. Los soldados del Ejército Real (recordemos que a Manuela mucho le gustaban los uniformes militares) no paraban en la ciudad. Normalmente, peleaban por el rey en lugares remotos: Venezuela, la Nueva Granada, el propio Quito, Santiago de Chile, Buenos Aires. El Perú encontrábase desguarnecido. Bien creía la Corona que ese Virreinato nunca se independizaría, dada la fidelidad incommovible, el espíritu arcádico de sus habitantes y la sumisión, mansedumbre y devoción monárquica que en él reinaban. «Oro y esclavos» era el lema de su heráldica. Por eso, en el peor de los casos, sería la última de las colonias en tomar tan drástica decisión.

Mas a decir verdad, Manuela no necesitaba buscar consolaciones fuera de las cuatro paredes de su casona de la calle de San Marcelo. Para ello tenía a David, David Bennet-Erdoiza, el joven paje ambateño de Thorne... Poco dado a los trabajos rurales, cuando Thorne se iba, las más de las veces, a cuidar su chacra, él... él se quedaba en la ciudad y todo hacía suponer que con la benevolencia cómplice de su patrono.

Entonces, Manuela y él hacían el amor.

En la mañana, al mediodía, un poco antes o después del almuerzo, en el sueño de la siesta, por la tarde, por la noche, hasta muy entrada la madrugada, en las más caprichosas posturas y formas de composición, en los lugares más insospechados de la vieja casona, impúdicos, dementes, como alucinados.

David chupaba la crica de Manuela, pulsando soplidos cálidos e intermitentes como quien toca una flauta de caña, una trompa, una zampoña, una quena o un caramillo; probando luego con la lengua, su lengua proyectada más allá de cualquier longitud verosímil, exteriorizada en todo el explanamiento de su superficie dorsal, interiorizándose ahora en el conducto de la vagina como una culebra en su cueva, de punta, enrollada sobre el eje de su surco longitudinal, al modo de un tirabuzón, o echada hacia abajo en una especie de arqueamiento, rotante, retraída, descendente, elevándose, acortándose, desplazándose lateralmente, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha; gustativo, él, como si lamiese un panal de miel o como si fuese él mismo el que se dejase lamer, desnudo en la playa, bajo el claror de la luna, por las olas de la medianoche. Manuela reía, lloraba, se revolvía, comenzaba a reír otra vez, y todo hacía suponer que era feliz.

En el colmo del furor, Manuela le introducía a David el dedo medio de su mano derecha por el ano, recto arriba, palpándole los pliegues más íntimos del colon sigmoideo, casi hasta el colon descendente, en un acto inverso de la defecación. Y David sentía que se angelizaba, que se arcangelizaba, que se divinizaba enteramente.

Después venía la unión plena, el *summum* de la sexualidad ferviente, desbocada, descuartizante, montaraz, y Manuela se empequeñecía, ¡quién lo hubiese creído, ella, una mujer tan personuda, tan varona, tan satánica!, ante las arremetidas del feroz adolescente, un pajuncio apenas recién salido de las prácticas pajizas propias de la entrada en la pubertad. Volvía ella, entonces, un gato modorroso que quería ser gorrión, un gorrión que quería ser lombricita de tierra, que

quería ser abeja revoloteante sobre el polen de una rosa, que quería ser grano de alpiste, que quería ser rayo de alborada o leve sople de brisa mañanera.

Y luego..., luego, el orgasmo, como un pistoletazo violento, como la muerte provocada por un somnífero alevé, por un veneno imperceptible, como si se dejase de respirar a propia voluntad.

Y el sueño cual un oro vago que aureola a los amantes. Un sueño compartido, ese último zumo del placer que el placer exprime fatalmente. Cual si ellos hubiesen sido, los dos, desclavados de una cruz, en un descendimiento sin piedad. Allí, en la cama con baldaquino, cabecera de composición piamontesa, puro siglo XVI, y proveniente —según el respectivo certificado de garantía— del castillo de Pavone. Ésa, la misma cama donde se supone que Manuela debía dormir con el doctor Thorne cada noche, todas las noches.

Y, al despertar, otra vez el amor. David hundiendo su pulgar en la vulva de Manuela, o la mano entera, como quien empuña una espada, empapándose de flujo matricial, palpando sus grandes labios, desde las humedecidas vellosidades del monte de venus hasta el propio orificio anal, sus labios menores, el espacio ovoidal de su vestíbulo, y el clítoris, ¡ah, el clítoris de Manuela!, casi con las dimensiones de un pene pequeño en estado de reposo, como para que bien pudiese ella hacer de hombre en una relación invertida; metiendo el brazo todo, hasta el codo, en la caverna de su sexo, ahora; sujetando por dentro, desde adentro, con toda la fuerza que tenerse pueda el peso impalpable de su matriz con todos sus apéndices de carne, con todas sus raíces y todos sus tentáculos, sus cuellos vivos que vomitan sangre y tibios jugos que se escurren por la muñeca y el antebrazo del osado-hozante explorador, no en borbotones violentos, no en súbitos estallidos, sino, más bien, en lentísimos coágulos arrastrados de a poquito, goteantes como clepsidras, melosos y espesos, y las almendras mameionadas de su gravidez ovárica y el óvulo maduro que parece estar allí, a punto de desprenderse, y sus hinchidas trompas de falopio, y su cervix uterino u «hocico de tenca», y hasta su vejiga urinaria y su

intestino recto, perceptibles más allá, inmediatamente después de las traslúcidas paredes. Preciso, logra percibir David cuando descuaja de un tirón los tegumentos de la vagina, la mucosa rosácea y rugosa, las fibras musculares, y el mismísimo tejido conectivo de sostén; una vagina máximamente dilatada para dar entrada y salida a aquella mano de luchador olímpico, a aquel puño de boxeador campeón, a aquel brazo hasta el codo que entró sin mayores dificultades y sale ahora cual un feto que trata de nacer; una vagina, en fin, a punto de prolapso después de resistir semejante faena.

Pero no sólo en la cama del doctor Thorne hacían el amor la Manuela y el David.

También lo hacían en la tina de porcelana del bañito anexo a la cámara nupcial. David cumpliendo casi con un ritual cinematográfico: enjabonando despacio el culo empinado de Manuela, sus nalgas calipigias, el espumado vello de su pubis, el hervor de sus entrepiernas, sus muslos, sus pantorrilas, sus corvas; penetrándola, anhelante, con un miembro tan duro como jabón de piedra; bañándola de semen cual si fuese una jabonadura de gloria, en su culo, en su vulva, en su boca, en sus orejas, en sus ojos, abundantemente mancillados; lavándola, fregándola, estregándola, aguaduchándola, enguarazándola, cubriéndola de besos saponáceos; enjuagándola, ahora, con agua lustral, artesiana, mansa, viva; apenas cupientes los dos en el semicupio; secándola después; palpando por encima de las motas del paño el dulce abandono de sus formas, en un juego táctil-visual de *muero porque no muero*, como si aplicárale masajes hidroterápicos, hasta perder el sentido de la realidad, y penetrarla de nuevo con un pene, su pene, reincidentemente erecto, límpido, enlustrecido y perfumado.

También podían hacerlo, *vamosahacerlomiamor* entre ellos era como una frase sobreentendida, en la cocina, no importa que ante la vista cómplice y familiar de Jonatás y Nathán. Manuela con bata de dormir y en pantuflas, recién levantada, atocinando unos huevos para el desayuno. A Manuela, un día más que otro, gustábale preparar por sí su desayuno. David

importunándola, ¡por favor, mi amor, quédate quieto!, abriéndole la bata, chupándole los senos; untándoselos con mantequilla, con mayonesa, con mermelada, con salsa de tomate, para lambetearlos más a gusto; o levantándole la falda para poseerla de nuevo, esta vez como perritos, de pie y por detrás: con su cuerpo combado, ella, sobre el fogón enjalbegado, casi quemándose la cara con los vaporones y chisporroteos de la manteca caliente.

O, correteando los dos, como niños, desnudos, rocheleantes, por los corredores enladrillados que cercaban el cuadrilátero del patio central, tropezándose desprevenidos, casi inconscientes, con los muebles, con las columnas, con las macetas de flores y palmas de cintas. O repantingados en el canapé y las butacas del gran salón. O encerrados dentro de un armario, como prefirieron una noche. O acucillados en los poyos de las ventanas con rejillas, oyendo el paso de las gentes, como lo decidieron otra. Tendidos como manteles sobre una mesa de palosandro. Sembrados en un lecho de follaje, debajo de los sauces del traspatio. Atrancados, detrás de la puerta del zaguán. Asoleándose, reptantes, en el jardín, apuleados por la lluvia de arena, pero como si no la sintiesen, indiferentes, entre setos de hortensias, prímulas, bellasalasonces y la hierbaluisa fragante. Inmóviles, adosados uno al otro, como estatuas tántricas, en un rincón cualquiera del grande caserón. En el cuarto de trastos. En el aposento pajil que a David correspondía al extremo de una de las galerías. O en el propio estudio-consultorio-biblioteca del doctor Thorne, repleto, él, de textos de medicina y horribles aguafuertes enmarcados sobre las paredes: órganos genitales externos con chancros y queratopapilomas, mujeres y niños con los asquerosos sarcomas de Karposi, indios de los corralones mostrando las gangrenas pútridas de sus rectos; microscopios, instrumentos ópticos y ginecológicos, fetos enfrascados nadando en formol; la armazón de un esqueleto en todo parecido a los restos de Pizarro que se veneran en la iglesia catedral, sólo que no yacente como el de éste, sino colgado del techo con hilos de alambre, y hasta una terrible, escalofriante momia chavín enhuacalada en su féretro de

cordeles, y con las manos descarnadas sosteniendo la calavera carcajeante, como si el pobre vivo a quien perteneció esa osatura en verdad hubiese muerto de risa.

No obstante, pronto se fastidió la Manuela de su David. Lo miraba de lejos. El de Miguel Ángel no era mejor. Decididamente tratábase de un joven delicioso. Rubio, lozano, fornido, con sus ojos morunos por la ascendencia ambateña, como acabado de salir de un estuche... Era, nadie lo ponía en duda, un magnífico ejemplar de varón que apenas comenzaba a conocer su fuerza. Diríase que recién salía de la infancia y que el descubrimiento del sexo también era para él un juego. Ciertamente que mucho se divertía con sus tremenduras... Pero no podía tomarlo en serio. Además, se había enamorado de ella, sí, perdidamente, como un escolar de su maestra, y eso, eso empezaba a mortificarla.

—Manuela, no es posible que sigamos así...

—¿Cómo?

—Quiero que seas mía, sólo mía...

—¡Ajá! ¿Vas a seguir con esa monserga? ¿Acaso te has vuelto loco? ¿Y quién pagaría el tren de la casa, los sirvientes, las fiestas, los vestidos, tu propio sueldo?

—¡Oh, Manuela: contigo pan y cebolla!

—¡Pan y cebolla! ¿Una choza y un corazón? ¿Es esto lo que me ofreces? ¿Volver a Ambato, a Latacunga, a Quito? No, querido, soy mujer de otros porvenires. Estoy en el mundo para otros menesteres. ¿Te imaginas a Manuela Sáenz, contigo, sembrando guaitango en la aldehuela de Tungurahua?... No, *never in the life*. Además, voy a ser sincera para tu bien, sabes cuánto quiero a mi marido. ¿Alcanzas a pensar cómo se sentiría si viera a su mujer, una madrugada cualquiera, fugándose con su paje? ¡Como para no creerlo! Bueno, tampoco es para que pongas esa cara de perrito regañado. Te quiero también, a pesar, seguro que te quiero... pero ¿comprendes?, no es lo mismo, no puede ser lo mismo.

¡Por favor, no te pongas a llorar!

Un día alguien dijo a Manuela que David había sido visto en una de esas tabernas de la calle Ocaña con una pelandusca de mal morir. ¡Qué raro que eso le produjera tanta rabia! Pero, cierto fue que cuando se enteró no quiso probar bocado. Integra devolvió la comida que Janatás le sirvió a la hora de la cena. ¿Por qué había cometido él semejante locura? Bueno, ya ella lo había plantado, y era tal vez esto lo que lo impulsaba.

Fue entonces cuando urdió la trama final. Se puso de acuerdo con Nathán, la más bella y joven de sus dos esclavas. Le pidió que lo sedujera, que lo conquistara, que lo encalamocara, que lo atrajese hasta su pieza. Con seguridad, el muy tonto-nada tonto cedería. Jamás podría retraerse ante esa plétora carnal, esa genitiva fuerza, esa prodigalidad, esa desmesura. ¿Cómo renunciar a la ostentosa visión de las carnes y redondeces de mujer tan singular?, ¿a su cuerpo opulento y feraz, dadivoso y ubérrimo?, ¿a esas tetas ovoides y turgentes?, ¿a esos labios abiertos, voraces y rotundos?, ¿a esa nariz aleteante y roma que exhala-inhala un aire caliente por doquier?, ¿a esos dientes mordedores, grandes, blanquísimos, parejos y brillantes?, ¿a esa cintura avispada, delgadísima, modelada femínea al golpe del tambor?, ¿cómo, a esa piel de ébano, de azabache, acarbonada?, ¿cómo, a esas nalgas agrestes y enormísimas, tan grandes como dos vasijas de Paracas? Cuando camina, se abanican (ellas) cual perantones de chonta...

Seguro, seguro que no podrá resistirse.

Manuela recuerda que ella misma estuvo a punto de enloquecer ante la belleza salvaje de Nathán. Fue un día ya lejano de la adolescencia, a la hora de los juegos infantiles, en la vieja hacienda de Catahuango. Jonatás, Nathán y ella cazaban mariposas, recogían florecillas y piedrecitas uniformes, todas del mismo color, o, simplemente, correteaban alegres por los prados. De pronto, Nathán sintió ganas de orinar. Libre se levantó la saya, se bajó las bragas de liencillo, se agachó, y sin más, natural y obscena, obscena y natural, echó el chorro viripotente sobre la tierra ávida.

Manuela recuerda el hervor espumante de la orina y cómo, por momentos, quería ser tierra para recibirlo en su boca, en su cara, en su cuerpo todo, ávida también. Recuerda el olor que, entonces, impregnó el aire de la comarca; un olor de profundidad oceánica poblada de cientos de miles de millares de anchovetas y miríadas de huevas piceas; un olor de pecina, de almacén portuario, de piscifactoría. Recuerda la postura de la muchacha, en cuclillas, abierta de piernas, insolente, como distraída, y tuvo ganas de decirle entonces: méame, méame a mí, repitiéndolo mentalmente, una y otra vez, con una especie de sed. Pero, sobre todo, recuerda su vulva enrojecida hasta la sangre, como las fauces de un perro furioso, como si hubiese sido untada toda ella parejamente con almagre, con polvos de bermellón o zumo de yerbamora; desplegada como una flor de lis, flordeslisada valdría mejor decir o, quizás, como una orquídea tropical, una de esas orquídeas que se ven en las riberas del Putumayo; coronada por una maraña de pelos negros, cortos, hirsutos, ensortijados, que más que pelos parecían cerdas retorcidas tal su grosor y consistencia. Fue ésa la primera fantasía erótica que Manuela recuerda en su vida. Por días y semanas estuvo presa de una confusión siempre más demente, ebria, tocante en la locura. Sola, en su cuarto, se masturbaba pensando en Nathán, en su vulva enrojecida, en el olor que de ella desprendíase, como si ese olor lo tuviese en la punta de la nariz, esparcido por la pituitaria y por todas las terminaciones olfativas, metiéndosele por los poros todos, sembrándosele en la piel; como si Nathán, de verdad, se orinara en su boca, y ella, voraz, se tragara, frenetizada, toda su urea y su ácido úrico y sus cloruros y sus fosfatos y sus oxalatos y sus sales biliares y su amoníaco. Al final, era ella la que, invariablemente, terminaba orinándose, y el plasma de la sangre parecía filtrarsele, inerte, a través de las sutilísimas paredes de su glomérulo renal, de a góticas primero, con una micción dolorosa que parecía comprimirle más que ensancharle el uréter, y luego, a borbotones, poliuria desbordada que hacía la contornearse para tratar de reabsorber el chorro completo, como si fuese el miembro de

un varón, hasta que el líquido mórbido empapaba su ropa de dormir, las sábanas, el colchón de la cama, o se empozaba en el piso, o fluía por él en hilillos múltiples hasta formar un estuario paroxístico de máximo goce que a Manuela, no sabía por qué, siempre figurábale la vulva enrojecida de Nathán.

Seguro, seguro que David no podría resistirse a los encantos e insinuaciones de semejante mujer.

Lo demás lo haría ella. Diatribas en su contra. Él no era una persona confiable porque solía emborracharse con putas en las chinganas de la calle Ocaña, y en las de Huancavelica, rumbo a la Plaza Unión, y en las de la horrible esquina de Rufino Torrico. No pocas veces llega ebrio a altas horas de la madrugada. Se aprovecha de que tú estás en la chacra. Cuando eso ocurre, persigue a Jonatás y a Nathán. Las hostiga. Las irrespeta. Trata de seducirlas con su labia y su juventud y su buenmoza. Si hasta a ella se ha atrevido a perseguirla, atisbándola por el ojo de la cerradura de la alcoba y del cuartico de baño, cuando toma el sol en el jardín, cuando pasea por el traspatio, cuando come, cuando duerme la siesta, o cuando se cambia de ropa en el *vestiaire*.

Así se lo diría a Thorne.

Con Nathán acordó que ella, cuando lograra atraerlo hasta su cuarto, cerciorándose previamente de que Thorne estaría en casa, debería gritar despavorida. Simularía un estupro, una violación. Ellos, como dueños de casa y guardianes del orden, se harían presentes en el lugar de los hechos y el criminal sería descubierto in fraganti.

Resultaba raro imaginar, en la negrura propicia de un sigiloso cubil, una noche seguramente lloviznosa, velada la luna por el peso de la neblina, el polvo del desierto y los vientos de la sierra, que Nathán, boqueando desesperadamente como un pez fuera del agua, la respiración entrecortada por el daleidale de la cópula, gozosa de tener sobre de sí a muchacho tan hermoso y bien formado, blanco, blanquísimo, por añadidura, alcanzara a gritar simulando estupro alguno.

Pero así, como Manuela lo tenía previsto, ocurrieron los hechos. Y tres semanas después de haberse acordado ella con

Nathán sobre los particulares del caso, David estaba despedido de su cargo y regresando a Quito, bien que con el pago de una doble indemnización en la bolsa.

A Manuela le dejó una esquila de despedida donde la acusaba de ingratitud, la maldecía como a la más pérfida de las mujeres y hablaba de suicidarse por despecho, amén de otras linduras.

—Necedades de ese David —dijo para sí Manuela, al tiempo que, por enésima vez, releía la carta y se masturbaba pensando en él. Ningún hombre, sino él, David Bennet-Erdoiza, habíale metido el brazo hasta el codo para sopesarle la matriz. Ninguno le había chupado la crica tan sabrosamente y sin remilgos. Ninguno le había untado los pezones con mantequilla o salsa de tomate.

«¡Que Dios lo proteja!», fue el último pensamiento que tuvo en su favor.

Partido David, Thorne, a pesar, no tendría por qué temer la divulgación afrentante de su cabronazgo. Seguiría siendo, entretanto, para toda Lima y buena parte del Virreinato, un hombre honorable: el médico insigne a quien todo el mundo respetaba y el chacrero que, con razón, tenía por modelo de constancia, competencia, pundonor, eficacia, y capaz de obtener, él, los mejores resultados. La ciudad seguía desprovista de hombres o, por lo menos, de hombres que pudiesen interesar a Manuela. Una mujer sí había. Pero, ello, tampoco habría de perturbarlo demasiado. Para esa época, era normal y hasta bien visto que las mujeres tuviesen amistad íntima entre ellas y no se veía con reticencia el que se frecuentaran, que se trataran con especial deferencia, se quisiesen, y hasta se amartelasen en público, o anduviesen — como de hecho andaban — «amarraditas *las dos*». Todavía el sustantivo «Cuernavaca» no había adquirido connotación adjetival, en el sentido de hoy, y era sólo el nombre de una ciudad perteneciente al muy convulsionado territorio del Virreinato de México.

Esa mujer que, ciertamente, interesaba a Manuela era Rosita Campuzano. Ecuatoriana como ella, nativa de Guayaquil. Como ella, dominadora de los grandes salones, al par de varias limeñas relucientemente hermosas, fascinantes, ricas en juventud, en millones y en vanidades. Como ella, de lo más seductora aunque bastante menos audaz. Un tanto tímida, parecía un ángel prestado a la tierra. Manuela recuerda cuando la vio por primera vez, en una *pachamanca* en casa del virrey. Muy peripuesta, con su turbante escocés rosa y malva adornado con un ave del paraíso y una hilera de pequeñas florecillas hechas de cinta en la parte baja del vestido de percal blanco. Lucía como un encanto hadado.

Ninguna mejor vestida que ella. Ninguna más bella, ni más elegante, ni más discreta, ni con mejor plantaje. Cautivante era su simpatía personal después que comenzaba a tratársela. Desde lejos había que reconocer su *pedrigree*. Manuela se sorprende pensando en Rosita como si fuese una raza de perros, pero había algo de eso en ella, un aire, una marca, ciertos rasgos distintivos y definitivamente aristocráticos.

Muy pronto se hicieron amigas. Donde estaba la una, acudía la otra. Donde ofrecíase una fiesta espléndida, no podía faltar ninguna de las dos. Compartían el gusto por el lujo sibarítico, por las joyas, por los trajes, por las grandes celebraciones, el derroche y el buen gusto. Ambas eran igualmente alegres y gustaban del placer de tomar la vida entre las manos, cual en multicolores copas tintineantes, para escanciarla como un vino generoso.

También coincidían en su gusto por los hombres. ¡Lástima que en Lima, sin los oficiales del ejército español, hubiese tan poco donde escoger!

Diríase que las dos se gustaron desde la primera vez. Un como sutil enamoramiento surgió entrambas. Manuela no siente ninguna vergüenza por esa causa. En materia de amor, siempre se ha reconocido pura y clara. Recordando a Plutarco, desde la época del convento Manuela es mujer de muchas y profundas lecturas, piensa que «donde la belleza es ambidextra: yo lo soy también». Honesto y altruista es dirigir los afectos y la pasión a la belleza y amabilidad naturales sin establecer una por demás chocante diferenciación sexual. Considérase a sí misma una buena palafrenera que, por amante de los caballos, no aprecia menos la velocidad y prestancia del corcel Pedarius que la de Aethya, la yegua de Agamenón.

En los primeros tiempos, la amistad de Manuela y Rosita aparecía puramente sentimental, una especie de vehículo angélico, lo que Fourier llamaba «celadonía» o «primer orden del amor» en su utópico reino de la «Armonía», y lo que el vulgo, burla burlando, presumiéndolo ridículo, reconoce como *amor platónico*. A menudo, reuníanse a charlar y a tomar licores finos y otras golosinas. Por las tardes, juntas,

celebraban los diáfanos fulgores estivales, los follajes y las fragancias de las arboledas y los jardines, las sonatas de los surtidores. A veces, Rosita tocaba el piano para Manuela e interpretábale selectas arias de óperas italianas y francesas con su bien timbrada voz de soprano con un indudable *stile fiorito*, alguna romanza, el *Plaisir*

d'amour

de Martini, o un quejumbroso vals criollo. Por lo menos un domingo cada mes, íbanse a la villa que Manuela poseía en las proximidades de la fundación de Bella Vista, entre el puerto de El Callao y la ciudad, y tendíanse, una al lado de la otra, a disfrutar del mar cercano, un mar azul zafiro intenso que se desenrosca en lentas olas blancas, frías y pródigas en corvinas; a entibiarse la piel con los rayos de un sol grávido en fecundidades; a recoger nautilus y caramujos; a distraerse con el vuelo de las gaviotas, los flamencos rojiblancos y las otras aves marinas, o con el paso lejano de las pequeñas embarcaciones de caña, los trirremes y los botes pesqueros de muchos colorines y con sus características proas fenicias, peleando todos con las tascas o marejadas turbulentas.

Muy frecuentemente se hacían confidencias en torno a sus aventuras galantes. Rosita le contaba a Manuela sobre sus pésimas relaciones sentimentales con el marqués de Sechura, altísimo funcionario de la administración virreinal, único explotador de la jibias e inmensos catodontes que los sechuranos, de rodillas sobre sus balsas, rumiando coca en sus largas travesías, pescaban en exclusividad para él, dueño por concesión real de todos los jibiones y de toda la esperma de ballena y de todo el ámbar gris que se producía en el Virreinato, y quien con sus pesos y doblones, ¡todos los pesos y doblones del mundo, Manuela!, manteníale su costosísimo, casi impagable, género de vida; pero aburrido; aburrido, Manuela; más indiferente por todo que un ostión; grasiento e hipocondríaco; siempre sufría o creía sufrir de una enfermedad distinta. Por eso, ella, a menudo, se daba licencia para amar a cualquier capitanejo del Ejército Real, de paso por la ciudad, que gustárale suficientemente. También contábale de cómo, algunos meses atrás, había viajado a

Buenos Aires. Y de cómo conoció al general José de San Martín, ¡una maravilla de hombre, Manuela!, ¡un jefe, un auténtico jefe! Y de cómo, ambos, se enamoraron a primera vista. Y de cómo mantenían hasta la fecha una correspondencia apasionada. En su última carta le hablaba de venir, alguna vez, a independizar al Perú, sólo por rescatarla de manos de ese marqués indeseable.

—¿Te imaginas, Manuela? ¡Sólo por independizarme a mí! ¡Toda una guerra para liberar a una mujer! ¡Como si fuese yo Helena de Troya!

Manuela, por su parte, contábale de su nacimiento adulterino en el seno de una pareja rica; ricos, cada uno por su lado. Y de su vida campestre en Catahuango. Y de las fantasías eróticas que, de adolescente, tuvo con su esclava Nathán. Y de su paso por el convento de las monjas de Santa Catalina. Y de sus experiencias sáficas con la tía Librada. Y de sus confesiones y rezos con el fraile Castillejo. Y de su fuga y las aventuras que vivió con

D'Elhuyar

, en Guayaquil. Y de cómo conoció a un marino japonés que tenía una mariposa tatuada en el glande. Y de su matrimonio con Thorne, más que nada de su matrimonio con el doctor Thorne.

—Nunca sabrás, Rosita, lo que significa estar casada con un inglés. Los ingleses, el más joven y mejor dotado de ellos, son mil veces más insoportables que cualquier marqués español, por muy grasiento e hipocondríaco que éste sea.

... Y de su venida a Lima, huyendo del chismorreó de los quiteños. Y de sus relaciones con David, el paje de su marido, de ascendencia inglesa, sí, pero cruzado con ambateña, y tú has oído decir que las ambateñas son un caldero. Y de lo bien que se portaba el muchacho en la cama...

—Pero, se enamoró el pobre. ¿Qué te parece? E-na-mo-ra-do, como el Romeo de Julieta, como el Dante de Beatriz, como el Petrarca de Laura. Y además, era muy celoso. Ce-lo-sí-si-mo, peor que el Otelo.

Quizá fue por David que Manuela y Rosita no habían profundizado su entusiasmo carnal entre ellas. Por esos días

anteriores, visto quedó, toda la pasión de Manuela se dirigía hacia él. Nada que no fuera complacerlo le venía bien.

Y él, egoísta y nada liberal, veía en Rosita a una enemiga.

—Se tratan como si fueran novias —le reprochaba a Manuela, día por día.

—¡Siempre amigas! —se defendía Manuela displicente.

Esos celos desmedidos de David contra Rosita, tal vez, fueron la verdadera causa de la ruptura entre los dos.

Desaparecido David, ningún obstáculo hubo después para que las dos amigas materializaran su «celadonía», decididas, ardorosas, cabales.

La primera vez fue una de esas tardes en las que reuníanse a contemplar los fulgores estivales y a charlar y a tomar finos licores. Una y otra sabían lo que esperaban de sí: la voluptuosidad de los cuerpos igualmente bellos y resplandecientes, el extravío desenfadado de la carne, la entrega genital, el tú para mí, pura y simplemente, sin mayores preámbulos, sin conversaciones ni rodeos equívocos, sin esguinces ni subterfugios vacilantes, sin ningún desespero en la voz ni en la mirada; pues sus almas, el goce encantatorio de sus espíritus, el sentimiento puro del amor, de la amistad o como prefiramos llamarlo, un tanto *demodé*, si se quiere, habíanselos entregado, recíproca y simpáticamente, hacía mucho tiempo ya.

Una de las dos tomó la iniciativa. A buen seguro, fue Manuela. Entonces se besaron en la boca. Plenas, delirantes, primero. Con suavidad, después, en una forma de unión fructífera, la que da el perfecto amor, al decir de Corneille. Mutuamente, con toquidos leves, apenas deslizando las yemas de los dedos como si hiciéranlo sobre una superficie aterciopelada, se acariciaron las sienes, los párpados, las mejillas, los cabellos, la nuca, el lóbulo de las orejas, el cuello, los pechos, como si quisiesen cerciorarse de que en verdad existían y estaban allí, una para la otra. Por largo rato aún se quedaron abrazadas, cual si ese abrazo infantil fuese el acoplamiento total, inmóviles, hechizadas, casi estatuarías, marmóreas, como adormiladas o dormidas de un todo, pero sin dormir en verdad, puesto que seguían allí, con los ojos

abiertos, contemplándose. Esa larga contemplación pareció serenarlas.

Al fin, cuando el sol oblicuo de las seis iluminaba el salón, tomadas de la mano, por la suntuosa escalera de mármol jaspeado, subieron hasta la alcoba de Rosita.

Fue Rosita la que retiró el edredón capitoneado de la elegante cama barroca americana, tan tallada y llena de ornamentaciones que bien merecía representarse en ella «El tránsito de la Virgen», tal como hacía en iglesias, conventos y casas particulares de Quito —pensó Manuela—. De inmediato, como si interpretasen en pareja un *ballet* mimético sincronizado, «el juego del doble» o cualquier otro especular, ambas mujeres comenzaron a desvestirse: se descalzaron, levantáronse, llevaron sus manos a la espalda, desabrocháronse sus vestidos veraniegos de magníficos encajes (verde esmeralda el de Rosita, rosa escarlata el de Manuela), liberaron los brazos, arremangáronse los trajes y se los quitaron deslizándoselos por encima de la cabeza; al punto, despojáronse también de la ropa interior (blanca la de Manuela, negra la de Rosita): una braga de blonda entolada y un sostén de media copa, en cada caso aprisionante de unos senos orondos, conclusivos, estupendamente formados, y de unas medias de bien urdida trama (nacaradas las de Manuela, también negras las de Rosita).

Desnudas de un todo, erguidas, presas de un íntimo temblor, como si hubiesen sufrido un súbito ataque de anonadamiento, no se sabe si por plenitud o por desesperación; las dos mujeres optaron, no obstante, por quedarse más tiempo, pesquisando, mirando, admirando, remirando sus desnudeces, desplegando gestos modélicos, sonriendo cautivadoramente, cual si caminaran sobre una pasarela, volviendo el cuerpo de un lado a otro y tongoneándose con desparpajo, como queriendo mostrarlo todo, todo de una sola vez: las blanquísimas pieles olorosas a muy caros perfumes, sus cutis más finos que el de los nardos y las caracolas, sus senos igualmente perfectos y con pezones eréctiles, levantados ellos como botones de rosas, como pimpollos nacidos el primer día de la primavera (pardos los

de Manuela, bermellos los de Rosita), sus caderas ligeras y sus vientres rotatorios, sus muslos como dos pares de columnas de triunfo, sus nalgas (estrechas, delicadas y profundamente hendidas las de Rosita, profusas, más rotundas y con mayor tejido adiposo subcutáneo, las de Manuela) y, cual una conciencia despierta, elevados como una perpetua súplica, afrentantes como una provocación, los toisones delicados, con colores idénticos a los de los cabellos de las respectivas dueñas, cayéndoles, ellos, como cascada sobre las espaldas (negro-azabache el de Manuela, amarillo-oro el de Rosita). Diríase que se trataba de la misma diosa Venus retratada a un tiempo por dos pintores diferentes: El Tiziano o Botticelli y Giorgione o Paul Delvaux.

Justo, en los toisones estaba la verdadera diferencia. Mientras el de Manuela exhibía un clítoris del tamaño de un pene poco desarrollado, capaz de sobresalir, él, por entre los abultados pliegues de los labios mayores; el de Rosita, ¡bueno!, el de Rosita apenas tenía el tamaño de una pequeña almeja.

Rosita lo entendió y, por eso, tendióse sobre la cama y se oprimió con las dos manos los pechos, uno contra el otro, hasta juntarlos casi enteramente, pierniabierta, y en actitud pasiva.

Así quedó establecida la relación lésbica entre las dos bellas mujeres. Rosita hacía de

Ella-Ella

y Manuela de

Ella-Él

. Sólo entre ellas, y en la intimidad por supuesto. Pues establecido había quedado que las dos mujeres ciertamente eran libérrimas, hermosas, asediadas por los hombres y con permiso para estar con quien mejor quisiesen en el momento que desearan, aunque (por lo menos hasta esos días), guardadoras de las apariencias, discretas en público y respetuosas del quedarán.

Una vez a la semana veíanse privadamente, bien en la lujosísima mansión que el marqués de Sechura mantenía a Rosita muy cerca del palacio del virrey a costa de jibiones y esperma de ballena, bien en la no menos lujosa casona de Manuela o en la villa señorial que mantenía cerca de la fundación de Bella Vista. Para marcar la diferencia de papeles, como si de una representación dramática tratárase, Manuela, haciendo galas de su humor chocarrero, habíamos dicho que sabía reírse hasta de sí misma, no pocas veces presentábase a la sesión con los más estrafalarios disfraces de hombre y, hasta en la misma ocurrencia del acto sexual, cuando las dos se hallaban desnudas de un todo, conservaba, no obstante, algún distintivo: una gorra de marinero o el tapaojo de un pirata, un duro cuello de celuloide con su corbatín correctamente anudado, unas botas de capitán, un cinturón con revolverás, una peluca empolvada de antiguo funcionario de la Corte, cualquier detalle, en fin, que sirviera para marcar la pretendida condición varonil. También Rosita debía presentarse con un disfraz femenino adecuado o

cumplir alguna actividad que correspondiera o se relacionara con el atuendo que Manuela llevaba.

Desde varios días anteriores al encuentro deliberaban sobre los insólitos enmascaramientos y se las ingeniaban a más y mejor, tras arduos ejercicios imaginativos, para forjar, cada vez, nuevas y más divertidas engañifas. Manuela se disfrazaba de Pierrot. Rosita de Colombina. Manuela de Napoleón. Rosita de Josefina. Manuela de Marco Antonio. Rosita de Cleopatra, con el áspid que habría de morderla en el pecho. Manuela de Rey Salomón. Rosita de Reina de Saba. Manuela de capuchino. Rosita de carmelita descalza. Manuela de domador. Rosita de fierecilla domada. Manuela de Hamlet. Rosita de Ofelia. Manuela de Otelo. Rosita de Desdémona. Manuela de Troilo. Rosita de Crésida. Manuela de Edipo Rey. Rosita de Yocasta. Manuela de Don Quijote. Rosita de Dulcinea. ¿Y Sancho Panza? Manuela de médico, con un estetoscopio y un *speculum* vaginal traídos del consultorio de su marido, para auscultar y hacerle un minucioso examen ginecológico a Rosita. Rosita de enfermera a lo Florence Nightingale. Manuela de Dante. Rosita de Beatriz. ¿Y el maestro Virgilio? Manuela de Pancho Villa. Rosita de Adelita. Manuela de Tutankamen. Rosita de Nefertiti. Manuela de Rey Sol. Rosita de *Madame* Pompadour. Manuela de *clochard* de *Le Vieux París*. Rosita de pordiosera de la Corte de los Milagros. Manuela de Sansón. Rosita de Dalila. Manuela de *grand gourmet*, barriga llena-corazón contento. Rosita de mesonera, vestida ella con un delantal negro y cofia almidonada, medias negras de seda sujetas sobre las rodillas y desnuda bajo el delantal. Manuela de Cristo crucificado, con el torso al aire, un taparrabo cubriéndole las partes pudendas, caída la cabeza sobre el hombro, suelta la melena ensortijada, y los brazos extendidos. Rosita de Las Tres Marías: un rato como la *Mater Dolorosa*, otro como María Cleofe, y otro aun como María Magdalena, puta y santa. Manuela de Júpiter. Rosita de Metis, de Temis, de Mnemosine, de Leto, de Eurínome, de Demeter, de Dione, de Algina, de Elektra, de Europa, de lo, de Laodameia, de Leda, de Maida, de Niobe, de Pluto, de

Semele, de Taigete. Manuela de chalaco, estibador o caletero. Rosita de ramera apostada en una esquina de la calle Arequipa. Manuela de pescador. Rosita de anchoveta o de palmerita. Manuela de «runa» roído. Rosita de «cholata». Manuela de limeño «criollo». Rosita de limeña «tapada». Manuela de san Martín de Porres, con la cara pintarrajeada de negro-humo y su hábito de lego, escoba en mano y dándole de comer a sus ratoncitos. Rosita de Isabel Flores de Oliva o santa Rosa de Lima, supliciada por sus cilicios y sus antiguas metafísicas. Manuela de Brahma. Rosita de Urvashi, la ninfa ideal que por un instante turba la meditación del dios. Manuela de Don Juan. Rosita de Doña Inés. Manuela de emperador. Rosita de hetaira griega. Manuela de Apolo Musageta, padre-novio de las musas. Rosita de musa, novia-hija, como Calíope, como Polimnia, sentada en cueros frente al piano tocando y cantando para Manuela, como Terpsícore, danzarina, o cualquiera otra de ellas. Manuela de doctor Thorne. Rosita de Manuela. Manuela de marqués de Sechura, embutida en un casacón de damasco lisado, rellena de almohadones, y la cara embadurnada de manteca para mejor simular la sudoración. ¿Y Rosita? Rosita, pues, de Rosita, como decir de marquesa, radiante aquella tarde, estrenándose un traje de raso marfil, sin mangas, escote en V, ornado con canutillos y lentejuelas, que el mismo marqués había traído de regalo unos días atrás desde Madrid, enmitonada y todo, para que Manuela sintiera el engalanamiento con un traje tan exclusivo como una especial dedicatoria, un obsequio amoroso, una ofrenda poética.

Quizás venga de esas mascaradas lésbicas con Rosita Campuzano el gusto de Manuela por el travestismo. Después de Ayacucho, donde al parecer participó activamente en las filas del ejército patriota como integrante de la división que comandaba el general La Mar, obteniendo por ello el grado de «capitana» y, como trofeo personal, unos formidables mostachos postizos que logró arrebatar a un oficial realista y que guardó para sí, hasta su muerte, cuéntase que nunca más se quitó el hombruno uniforme para salir a la calle de día, montada siempre a horcajadas sobre su cabalgadura y

enmostachada ella con los bigotes de su infortunado contrincante, sorprendiendo así a los pacatos cachacos bogotanos. Desproveíase de tal uniforme y tales mostachos sólo para estar en casa, vestida entonces con batas de encajes o muy femeniles *déshabillés* de sutiles gasas, o por las noches, cuando gustábale agasajar a S. E. el Libertador, volviendo a sus galas, joyeles, afeites y potingues del antiguo esplendor limeño.

Pero, no sólo para disfrazarse y para divertirse carnavalescamente se reunían las dos amigas. Sobreentendido está que también hacían el amor carnal. Cada vez, determinadas de improviso por la previa escogencia del disfraz, ideaban maneras de amarse entre ellas. Diríase que nunca repitieron de igual modo un acto amoroso. Siempre era la fiesta lo que se esperaba. Eran días felices como los que Dios reserva a sus elegidos y en ellos la imaginación se volvía cuerpo y el cuerpo pura imaginación. Así, el día que Manuela se disfrazó de Brahma y Rosita de Urvashi, por supuesto que se amaron brahmánicamente. Se vieron, se olieron, se oyeron, se tocaron, siempre buscando la trascendencia, con un brillo corporal que de cada una de ellas brotaba más poderoso que la luz de diez millones de lunas, como purificadas entonces por el fuego celestial. Después se repantigaron sobre los múltiples mullidos cojines que Rosita se había encargado de esparcir por la alcoba saturada toda de exóticas fragancias. Recuerda Manuela que desnudas se colocaron ambas bocas arriba, una con la cabeza hacia el norte y la otra con la cabeza hacia el sur, las piernas levantadas en ángulo de manera que pudieran tocarse, como si tratáranse de figuras congruentes, las plantas de los pies, planta sobre planta, distendidos los brazos en actitud de abandono, rozándose las nalgas, sus culos expeliéndose mutuamente ventosidades tras ventosidades, sonoras algunas, sólo un silente vaho de aire tibio las más, y las vulvas, jugosas, floriabiertas, inhalantes, lo suficientemente cerca como para trasmitirse de una a la otra el calor que cada una de ellas generaba en un fluir de corriente magnética. Así quedáronse por horas en un estado de éxtasis espiritual, no sabría precisar Manuela por cuánto

tiempo. Debe haber sido infinito, conforme a la máxima del *Upanishad*: «En el infinito hay éxtasis, no hay éxtasis en lo limitado».

Por el contrario, el día que Manuela se disfrazó de Otelo y Rosita de Desdémona, todo fue de una extrema y extraña violencia. Manuela, a merced de tal o cual contingencia, no lo recuerda ahora, se sentía asaltada por el miedo. Sobre ella se cernía el peligro, una herida, un abandono, una mudanza, una angustia, un nosequé. Era como si la abordaran los celos, el temor de quedarse sola, la inquietud. Sí, sí, ahora lo precisa. Había visto a Rosita demasiado condescendiente y afectuosa con María Alcira Rivas-Agüero, esa morsa rubia mofletuda rubicunda y hablachenta, en la última fiesta de los Beltrán-Lavalle. Suponía por tanto que todo iba a desmoronársele. Mil voces diferentes parecían levantarse desde el fondo de la tierra para gritarle al unísono: «No te angusties más, ya la has perdido»... «Tu rival, la Rivas-Agüero, es la mujer más rica de todo Lima y ha logrado gratificarla mejor que tú»... ¡Imposible!, ¡mejor que yo, nadie!... Estaba iracunda. Por eso, cuando Rosita llegó a su casona de la calle de San Marcelo, no más entrando, Manuela se le abalanzó. Apenas se saludaron. De seguidas, la apostrofó. Se pelearon, se insultaron, se arañaron. «¡Me engañas! ¡Me engañas, pérfida! ¡Me engañas con esa zorra de María Alcira Rivas-Agüero! ¡Lo comprobé! ¡Lo comprobé, sí, en casa de los Beltrán-Lavalle!». Manuela apenas alcanza a hablar, ahogada por el llanto. También Rosita lloraba, pero, el llanto suyo era un llanto distinto, sin estridencias, apenas perceptible; un llanto de lágrimas corrientes sobre las mejillas; un llanto como salido de lo más profundo del ser, quieto y extendido, un llanto uterino, diríase mejor. Cortada por la emoción, Manuela alcanzó a decirle: «¡No sabes, no sabes cómo te quiero!». Rosita, quedamente, sólo pudo contestar: «¡Yo también te quiero, Manuela! ¡Te quiero! ¡Te quiero más que a mi madre! ¡Más que a mi vida te quiero!». Después de tales confesiones pasaron a la alcoba, pero la atmósfera de descomposición no cambió en mucho. Hicieron el amor, sí, pero nunca antes con tanta virulencia.

Particularmente agresiva estuvo Manuela aquella tarde. Primero, mordió a Rosita en el hombro, y Rosita, gozosa, se palpó la marca de la mordedura como cerciorándose de que ciertamente estaba allí. También le mordió los labios, casi hasta la hinchazón, los pezones, el clítoris. Una y otra vez, la golpeó. Enloquecidas estaban las dos mujeres. Se estrangularon, se apretaron, se estremecieron. Manuela clavó alfileres en las nalgas de Rosita cual si fuesen éstas el acerico de una costurera. Por causa de tantos y desmedidos excesos, Rosita se orinó. Sin temor a intoxicarse, Manuela recogió el precioso líquido en su boca. Como presa de una epilepsia inusitada, lo saboreó, hizo gárgaras con él, lo deglutió y, al final, se masturbó con sus dos manos, al tiempo que entonaba un «Hossana», tal como, de niña, el Domingo de Ramos, cantábalo en el convento de las monjas de Santa Catalina.

Mas no se piense que era práctica común de las bellas mujeres los excesos del sadomasoquismo. Y si no, veamos lo que ocurrió el día que Manuela se disfrazó de marqués de Sechura y Rosita esperábala, disfrazada de Rosita, vale decir: sin disfraz, como Rosita simplemente, y estrenándose un traje costosísimo. Al verse, se repelieron, se enervaron, se apetecieron. Rosita apenas tuvo tiempo de lucir su estreno. Casi de inmediato, sin subir a la alcoba, allí, en el propio salón de recepciones, comenzó a desvestirse. Todavía no se había sacado la voluminosa falda, la enagua acampanada, las ajustadas braguitas, cuando Manuela, sin resistirse a sí misma, viéndola desvestirse, se le acercó y dobló una rodilla cual si hiciérale un saludo galante. Al punto, colocó las manos alrededor de su falda, henchida como una flor enorme. Rosita entonces le acarició la cabeza con las suyas, como reconociendo su adoración. Manuela, al mismo tiempo, permaneció arrodillada sobre una pierna, mientras la falda, como una flor en eclosión, se abría de un todo para permitir que depositara un beso en el cáliz. Con ese único beso, las dos mujeres tuvieron, quizás, el mejor orgasmo de cuantos lograron en su relación.

Eso afirmó Manuela a su biógrafo Boussingault, mucho, muchísimo tiempo después.

Cuando Manuela y Rosita encontrábanse, no sólo hacían el amor. También conversaban sobre temas diversos, de todo cuanto hay bajo el sol: de modas y trajes, de los triunfos del general San Martín y los avances del general Bolívar, de la gordura de ese hombre y del envejecimiento prematuro de aquella mujer, del osezno que Manuel tenía amaestrado en la chacra y de un periquito carasucia al que Rosita había enseñado a hablar y a cantar algún verso de romanza, de las cerámicas mochicas que ambas habían comenzado a coleccionar y de una talla de madera antiquísima y de una pasquinada que se divulga en contra del virrey y de una orejera de madera decorada con mosaicos de nácar y piedras, hallada en Lambayeque, y de una flor y de un farol de alumbrado. Muy especialmente, hablaban de política. Las dos son mujeres con preocupaciones sociales. No hay problemas políticos en Perú, ni intentos de independencia. Con razón decíase y síguese diciendo que Perú era, es, la más española de las antiguas colonias. Sin embargo, tanto Rosita como Manuela saben lo que pasa en el resto del continente. Rosita se cartea quincenalmente con el general San Martín. Manuela recibe noticias de Quito. En sus encuentros, intercambiaban informaciones. Por mucho que las dos añoraran en sus sueños lúbricos a los garridos oficiales del Ejército español, en el fondo, eran mujeres ganadas para la causa independentista. Llegan noticias de lo sucedido en Argentina que ya ha conquistado su libertad; en Chile, que también es libre ya; en México, donde combaten por alcanzarla, y en Venezuela, donde las armas del general Bolívar se la juegan, ganando y perdiendo alternativamente, en lucha denodada contra los diez mil veteranos del general Morillo. El virrey ha enviado sus tropas a los países vecinos para afianzar la resistencia en

ellos. Perú, como habíamos dicho, estaba desgarnecido, demasiado confiado quizás.

Un día Jonatás llega del mercado, sorprendida, jadeante, con los ojos desorbitados:

—Niña Manuela, en toda la ciudad se dice que está por llegar un batallón real venido de Bogotá. El virrey ha decidido proteger al Perú. Piensa que también aquí puede darse una sublevación. Vienen por Popayán, por Quito, por Cuenca, por Piura...

Esa misma tarde, Manuela disfrazada de virrey y Rosita de virreina, una se lo cuenta a la otra.

—Jonatás me dijo esta mañana...

Pero Rosita ya lo sabe todo. Se lo ha comunicado la noche anterior el marqués de Sechura. Se trata del batallón «Numancia», compuesto en su mayor parte de oficiales españoles. ¿Te lo imaginas? Imagínatelo. Todos ellos altos, blancos, fornidos, barbirrubios. A las dos mujeres se les hacen las bocas agua.

—¡Vienen hombres, Manuela! ¡Vienen hombres! ¡En lo adelante, no podremos descansar! —exclama Rosita eufórica.

En copas de insospechable cristal praguense, las dos mujeres sirven un fino licor y brindan:

—¡Por ellos, aunque mal paguen!

Manuela se queda un rato pensativa, como ensimismada. Rosita síguele contando sobre la inminente llegada del batallón. Los pobres, han viajado más de dos mil kilómetros a pie, por pésimos caminos, a sol y a lluvia, a viento y nieve, entre lodo y polvo. ¿Cuántos y cuándo llegarán? Los pocos caballos que requisan al paso sólo sirven para los más débiles o para reemplazar a los de los oficiales. Todo eso se lo contó anoche el marqués. Anoche, cuando estuvo aquí.

—Han desaparecido 325 hombres en el camino —continúa Rosita, hablando y hablando sin tomar respiración, como quien recita un parte de guerra—. Muchos han muerto. Otros han sido heridos y abandonados. Algunos han desertado. ¿Cuántos llegarán a Lima, Manuela? ¿Cuántos llegarán?

Se trata del batallón «Numancia». Manuela sabe que en él

cumple servicio su hermano José María, José María Sáenz y Campo Larrahondo. Nunca podrá sopesar suficientemente lo que significa en su vida su hermano José María. Lo recuerda de niño, casi contemporáneo suyo, de diez u once años entonces, y con una estatura elevadísima para su edad. Era un muchacho afable, hermoso, conversador y siempre con una sonrisa a flor de labios. Su imaginación no tenía límites. Siempre contaba historias sacadas de libros viejos, como si fueran aventuras suyas. A veces era Esplandián, el hijo del Amadís de Gaula, y otras, el propio Amadís. Decía haber peleado en contra de las temibles Amazonas y habérsele ido de las manos a Erichtho, la siniestra bruja de la *Farsalia* de Lucano. Ahora debe ser un caballero de «fina estampa». ¿Vendrá?, se pregunta Manuela. En una de sus últimas cartas, su padre contábale que habíase incorporado a ese batallón con el grado de capitán. ¿Vendrá?, se vuelve a preguntar. ¿Será él uno de los muertos en el camino? ¿Uno de los heridos y abandonados? ¿Habría sido capaz de desertar?

Esa noche, de regreso a casa, Manuela no pudo conciliar el sueño. Acostada en su cama del castillo de Pavone, rodeada de almohadones y vestida con un *négligé* que transparenta sus carnes tensas, hasta el amanecer la pasó recordando su enmarañada historia familiar. Recordó a su padre don Simón Sáenz de Vergara, hijo de Juan Sáenz de Vergara y de María Cruz de Yedra, llegado a Quito a fines del siglo XVIII. A su esposa payanesa, la aristócrata Juana María Campo Larrahonda y Valencia Sáenz del Portón. A sus hermanos: Pedro, José María, Ignacio y Eulalia, la odiosa Eulalia, llena de orgullo y desdén, casada ahora con el oidor Muñoz que la dobla y algo más en años, y residente, ella, en Madrid, de donde seguramente no regresará jamás. Recuerda su nacimiento adulterino. Recuerda las pocas veces que, de niña, el padre la llevó consigo a su hogar conyugal. Recuerda los malos tratos que le aplicaban la madrastra y los hermanos que veíanla como una advenediza, bastarda e invasora. Todos, todos menos José María. Recuerda su llanto de niñita venida a menos. Sobre todo, recuerda su llanto. Mucho lloró en esas ocasiones. Y era José María, entonces, el que venía a

consolarla. Le regalaba luciérnagas que él capturaba y encerraba luego en un frasco de vidrio que, por las noches, usaba como linterna. Le regaló una caja-tarjetero de madera, labrada por él mismo. Y, en especial, le contaba historias. Historias donde siempre aparecía una princesita maltratada por su madrastra, la reina, que terminaba envenenándola; pero, la princesita, por obra del veneno, no se moría del todo, sino que, simplemente, se quedaba dormida por años hasta que un príncipe encantado venía por ella para casarse, la besaba y la despertaba de su sueño larguísimo.

—Tú eres la princesita, Manuela. Yo seré el príncipe encantado —le decía consolante—. Cuando seas grande, tú y yo nos casaremos.

Entonces, Manuela dejaba de llorar y sonreía.

Una mañana de octubre de ese año de 1819, con un sol aún mojado sobre la ciudad mal secada por las ráfagas del alba, los oficiales y soldados del batallón «Numancia», que llegaron a marcha forzada, montados algunos en las sillas blanquinegras de sus piafantes caballos, y los más a pie, sudorosos y con muestra de cansancio en los rostros, están frente a la Plaza de Armas y a la catedral; la muchedumbre ocupa el fondo de la plaza, y las ventanas de los edificios circundantes están llenas de gente. Todo es un enmosaicado abigarramiento de uniformes y cascos, gruperas de un rojo desteñido, ancas y crines, gorros, bicornios, galones y penachos, charreteras, cordones, borlas e insignias, banderolas, estandartes, hebillas, trenzas, espadas y sables, fusiles y mosquetes. Las mujeres más bellas de Lima se vistieron con sus galas mejores para recibir a los soldados. Y entre ellas, por supuesto, destacaban Rosita y Manuela. Idénticamente ataviadas, parecían dos personajes míticos. Unos trajes blancos de encajes resaltaban sus lozanías intactas y alegres. Sendos collares de perlas enriquecían sus cuellos ya, de por sí, alindados. Una magnolia y menudas florecillas de azahares festoneaban sus pelos entretejidos que daban reflejos azules grisáceos nacarados (el de Manuela), naranjas oros acastañados y cobrizos (el de Rosita) bajo la umbra de las sombrillas, también de blancos encajes.

Las dos mujeres abríanse paso entre la multitud para alcanzar a José María. Allí estaba él montado sobre su soberbio caballo gris. Desde pequeño, recuerda Manuela, había preferido ese color para sus bestias. Y era capaz de recorrer todo el Ecuador, o mejor hacérselo recorrer a don Simón, con tal de conseguir un animal que respondiera a la exigencia de ese pelaje y fuera un verdadero caballo de caballería, trotador y de aguante. Dada su altura, sobresalía como una cabeza por encima del resto de la oficialidad y del soldadaje heteróclito, muchos de ellos vestidos de paisanos. Iba magníficamente ajuareado dentro de su uniforme que, pese a los rigores de la marcha, conservaba impoluto; los pantalones le caían bien, llevaba con un garbo impresionante el casco, la capa y el sable. Pese al tiempo que tenían sin verse, «¡uff, cuánto tiempo, si aun en Quito nunca nos veíamos!», Manuela lo reconoció al instante. Una íntima embriaguez la sobrecogió cuando, de nuevo, entrevió su sonrisa a flor de labios, su tamañote de jayán espartano y esos rasgos autoritarios, aunque no exentos de jovialidad, que tanto recordábanles los de su padre don Simón.

—Es una uva de las mejores que se dan por aquí —llegó a susurrarle Rosita a Manuela en el oído, antes de que los dos se fundiesen en un estrecho, jacarandoso y palmoteante abrazo, lleno de besos y efusiones.

Después, la presentación de Rosita y los cumplidos y admiraciones de rigor.

—A sus pies, hermosa, es usted la más bella mujer que he visto en mi vida. Realmente, jamás la había visto más linda. ¿Pero, qué decir de ti, Manuela? Se ve que ese doctor Thorne que se amaridó contigo tiene unas manos de especialista y no, precisamente, como cirujano. Estás hecha toda una mujer, despampanante, chicuela. Si no fuera porque soy tu hermano —agregó levantándola por la mano y dándole media vuelta, como si bailasen en cuadrilla—, seguro que me enamoraría de ti...

Y en cuanto pasaron las saluciones, una cita para verse esa misma noche.

—Te invito a cenar en mi casa de San Marcelo. Será una

cena íntima, sólo para ti y nosotras. Ya tendrán tiempo las limeñas para festejarte y tratar de acabar con tu soltería. A propósito, ¿sigues soltero?

—Amando mujeres —se defiende José María con un guiño de ojo.

—Thorne tampoco asistirá. Ahora está en la chacra —le previno Manuela.

Una hora antes de lo previsto, estaban las dos mujeres, estelares, magníficas, ansiosas, luminiscentes, en la casa de San Marcelo, esperando al invitado. Rosita llevaba el mismo traje raso marfil, sin mangas, escote en V, ornado con lentejuelas y canutillos negros, enmitonada de un todo, con el cual habíase presentado como Rosita la tarde que Manuela se disfrazó de marqués de Sechura. Mas llevaba el pelo de tal forma recogido y ajustado con gomina sobre la frente despejada, un moño detrás a ras de nuca, y un corbatín-pajarita de terciopelo negro inmediatamente adosado sobre el cuello, que bien parecía, ella, la juvenil dama figura central de *La embajada del moro*, el famosísimo cuadro del veneciano Pedro Longhi, e hízole creer a Manuela de inicio que veíala así vestida por primera vez. Manuela, por su parte, parecía una santa sevillana de Zurbarán: santa Anastasia, santa Águeda, o santa Úrsula, más bien; tal su indumentaria de estupendos satenes y rasolisos: azul de prusia la blusa, toda cortada al sesgo y de largas mangas estrechísimamente ajustadas, escote redondo con orladura de oro, esponjada falda tierra sombra natural de muchos pliegues, sujeta ella por un dorado cinturón de pedrerías, y una farandola rojo cadmio claro, que desprendíasele desde el hombro izquierdo al cual encontrábase unida por un broche de amatista, colgante ella por la espalda hasta arrastrársele por el suelo y plena de bullones, ondas y frunces. No obstante el rebuscamiento y ampulosidad de su atavío, Manuela tenía, esa noche, una sencillez celeste, quizás determinada por el muy acertado peinado liso, abulbado sobre las orejas, y con raya en el medio, que orlábale el rostro con muy suaves sinuosidades.

Puntual estuvo José María frente al portón de la casa a la

hora convenida, mucho más viril, más apuesto, más jovial y mejor presentado que como viéranlo aún por la mañana, tal vez por el descanso de todo el día o por el uniforme de gala que portaba con encumbrada marcialidad. Cierto que Manuela vio o creyó ver en él a un hombre nuevo, una como novedad prístina, el atractivo de un ser desconocido.

Para celebrar su llegada, de inmediato, Manuela descorchó «champagne» que, después del brindis y al primer sorbo, José María calificó como «el champagne de los champagnes», tal la combinación de su frescor, delicadeza, opulencia y raza, la plétora de su *bouquet*, su vigor suavemente estimulante.

Brindis tras brindis, se fue desenvolviendo la conversación llena de añoranzas y anécdotas de la infancia, el barullo de las disputas que planteábanse entre los hermanos, cuestiones finiquitadas ya, las bravatas del padre don Simón, «¿te acuerdas la golpiza que le dio a Pedro con un bastón herrado por haberte llamado “espuria”?», ¿te acuerdas?, las adivinanzas de nombres de ciudades o flores, las charadas en verso, historias fabuladas que (ya habíamos dicho) José María leía en viejos libros y atribuíase después como propias, referencias sobre los familiares y amigos no presentes, y los oportunos y cada vez más frecuentes requiebros que los contertulios repartíanse entre sí. De igual manera, también, transcurrió la cena exquisita y frugal. En ningún momento dejaron de descorcharse botellas y nuevas botellas y marcas del preciado licor. Los mejores productos de las casas champañeras de Reims y de Espernay, *brut*, *extra-sec*., *doux semi-sec*

, la Bollinger *extras quality very dry*, una Louis Roederer fabulosa, otra; Moët Chandon *brut imperial*, otra Pommery & Grend, varias de Dry Monopole, una de Laurent Perrier, otra de Cordon Rouge, una *magnum* de Lanson, una *joroboam* de Pol Roger, una *rohoboam* de Veuve Clicquot Pousardin, una *matusalén* de Mercier. A la hora de los postres, José María comenzó a quejarse:

—Oye, hermanita, como agua has derramado el «champagne». No aguanto. Todos mis huesos están

descoyuntados.

Pese a ello, José María no ha perdido su facundia grata y la esplendidez de su contar. Ahora, habla de las penurias de su expedición militar desde Bogotá... *Has secado como un tiesto mi vigor y mi lengua se ha pegado a mi paladar*, protesta entredientes recitando el salmo; pero aún sigue hablando. Refiérese a la abundancia de esteros, de pantanos, llanuras y profundidades abisales cruzadas por centenas de ríos salidos de madre a causa de la estación lluviosa, al calor o al frío insufribles, a las nubarradas de mosquitos y sierpes venenosas, a los muertos, a los heridos, a los que desertaron en el camino, al ascenso de la cordillera, al paso por los pueblos miserables de la sierra, a la fauna, a la flora, a las costumbres. Nada se le queda por referir. Por momentos, es él el propio general Bolívar que decide poner en práctica la arriesgada teoría de que para libertar Venezuela hay que llevar la guerra al exterior y, con los ya célebres batallones «Rifles», «Barcelona», «Bravos de Páez» y los escuadrones «Húsares», «Guías» y «Llano Arriba», sale del pueblecito de Mantecal, acompañado también por los veteranos de la Legión Británica, acabados de llegar y que por sí solos forman un grupo de valía extraordinaria. Se lanza por los llanos de Apure, Arauca y Casanare. Cruza los Andes y cae sobre el grueso del enemigo. Pese a que la mitad del Ejército venezolano le ha perecido en la marcha, obliga al general Barreiro, jefe de los españoles, a librar una batalla decisiva en el puente de Boyacá, a poquísima distancia de la ciudad de Tunja. En pocas horas, desbarata al enemigo. Ahora, es el general Morillo, el Pacificador. Y para aplicar la justicia del rey manda fusilar, sin fórmula de juicio, a Camilo Torres, Antonio Villavicencio, Ignacio Vargas, José María Carbonell, Crisanto Valenzuela, Miguel de Pombo, Jorge Tadeo Lozano, Emigdio Benítez, Antonio Baraya, Custodio García Rovira, José Nicolás Rivas, Joaquín Camacho, Liborio Mejías, José María Cabal, Manuel Bernardo Álvarez, Manuel Rodríguez Torices, Pedro Felipe Valencia, Frutos Joaquín Gutiérrez, y a Francisco José de Caldas, y a José León Armero, y a Juan Nepomuceno Niño, y a Miguel Gómez Plata, y a..., y a..., y

a... De nuevo, José María recita trozos de salmos:... *Porque perros me han cercado, una turba de malhechores me han cercado... Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes... Nada hay tan terrible como el miedo, cuando uno duerme.*

Las dos mujeres permanecen deslumbradas por la gracia y el buen decir de José María, ¡qué donaire, qué música, qué virtuosismo, qué forma de narrar y describir!...

—Oiga, amigo —le dice Rosita, insinuante y un tanto achispada—, es usted un rey del hablar... Pero, no pensará recitarnos el *Psalterium* completo.

Manuela sirve y sirve más «champagne». Advierte que el servido ahora es un Piper-Heidsieck *trés sec*, sin nada de *dosage*. Las copas se desbordan. El espumoso caldo corre borboritante por la superficie del mantel de hilo suizo adamascado. José María y Rosita beben a más no poder. Rosita mira a José María con ojos de ternera amarrada, suplicando un amor que la desatare, eso vio o creyó ver José María en la mirada de la rubia opalina, ¡qué rubia, Señor mío, qué rubia!, ¡ámame o no voy a poder dormir esta noche! José María mira a Rosita con ojos de ternero moribundo, suplicando una mano piadosa que lo salvere o, por lo menos, que lo ayudare a bien morir.

Manuela se da cuenta. Desde hace un rato, ella toma con un poco más de moderación, como tratando de conservar la lucidez final. ¿Qué va a pasar, mi Dios, qué va a pasar? Decide hacerse también la achispada. ¡Que el agua corra al molino!, se dice a sí misma, tratando de darse ánimo, y opta por reconfirmar, en plan interrogante, el aserto de Rosita.

—Es rey, dijo usted, ¿no, amiga?

Y Rosita, dirigiéndose de nuevo a José María:

—Oiga, amigo. Nadie sabe jalar la lengua tan alegre y jodedoramente como usted.

—Es que yo no jalo. Yo entro —ripostó José María, pasado de tragos pero amoscado y queriendo vérsela de una vez con las dos mujeres.

—¡Eso! —asintió Rosita, borracha de un todo—. Nos hemos metido usted en nosotras y nosotras en usted. ¡Ahora

verá el buen fin de fiesta que nos daremos!

—¡Claro que nos lo daremos! ¡Yo, el rey, y ustedes, mis dos reinas! —aprobó José María dispuesto a no dar un paso atrás.

—¡Dale con el pie!, —feliz, exclamó Manuela en el mejor estilo jaranero.

—¡Voy por ella! —pronunció Rosita, hipeante y batiendo palmas.

Para conducir a José María y a Rosita, trastabillantes ambos, hasta la alcoba (José María con el uniforme descompuesto, caídos los alamares, desabrochada la guerrera, y una botella de «champagne» Perrier Jouet *reserve cuvée* a medio vaciar en la mano; Rosita desenmitonada, descalza, y levantándose la falda de raso marfil hasta más arriba de las rodillas), Manuela tuvo que recurrir a la ayuda de Jonatás y Nathán.

—Traiga más «champagne», mande a traer más «champagne» —fue lo último que las dos esclavas le oyeron decir a José María antes de que entrara a la alcoba con las dos mujeres y trancase la puerta tras de sí.

Segundos más tarde, fue Manuela quien salió de la habitación para ir hasta la despensa a procurar más «champagne». Llevó consigo, de vuelta, una *nabucodonosor* (20 botellas en una) Taittinger crémant, inmensa e inmejorable. Esta es la fiesta de la saciedad, la fiesta del colmo, pensó para sí en el camino de regreso; como decir: «todas las voluptuosidades de la tierra en una sola noche», susurró a bonico relamiéndose de gusto.

Cuando entró de nuevo a la alcoba, armada con su pantagruélico botellón, ya Rosita y José María estaban de un todo desnudos. A distancia, vio el cuerpo hercúleo de su hermano, entero, como un semental entero, proporcionado, bien dispuesto: los músculos pectorales que formaban dintel por encima del hueco torácico, libero y glabro; los brazos membrudamente formados que parecían crecerse por efecto del terso y rubio velludillo, y anclados, ellos, en la masa oval de los deltoides; su profusión musciosa; el acabamiento de su modelado; ese ansia jovial que parecía rodear —y de

hecho, rodeaba— aquella mole gigantesca; la carga energética que desprendíase de todo él: de su vientre tenso; de la sedosa fronda de su pubis; de sus muslos, firmes, rubios también, ampliamente separados; de su pene tieso, largo, grueso y duro, y de sus dos testículos henchidos, acrópolis de la virilidad, el Génesis del Antiguo Testamento desde la Creación hasta el Diluvio, Santísima Trinidad, ídolo de trompa elefantiásica en el centro exacto del cuerpo hominal, a mitad de camino entre la cabeza y los pies, y, sobre todo, de su rostro casi perfecto o perfecto del todo, no importa que ahora lo tuviese tumefacto por el exceso de borrachera, con los ojos extraviados, gormante él o a punto de gormar, vomitando todo lo comido y bebido en aquella noche de incalculables excesos. Con detenimiento, Manuela observó el rostro de su hermano. Así debió ser el de su padre don Simón, cuando su madre, María Joaquina de Aispuru Sierra y Pampléy, veintitantos años atrás, se enamoró de él, piensa no sin cierta conmoción. Piensa, igual, que el rostro es el verdadero centro del erotismo. Así lo creyeron los griegos y los hombres del Renacimiento, recuerda Manuela por un instante. Y el rostro de su hermano José María, no importa que tumefacto ahora, no importa que gormante o revirocho, también es bello como el boquirrubio de Fausto

D'Elhuyar

o el mestizo anglo-ambateño de David Bennet-Erdoiza o el angélico de Rosita Campuzano. O, ¿por qué no?, como el de su propio padre, veinte años atrás y, aun en la madurez, conservante de ciertos rasgos hermosos.

Decidida, supo Manuela que lo que iba a acometer aquella noche sí era incesto de verdad, y no los tímidos escarceos monjiles que alguna vez tuvo con la tía Librada, y por los cuales se había culpado tan furiosamente.

Obsceno, de pie, José María seguía tomando «champagne» a pico de botella. Rosita, entretanto, estaba sentada al borde de la cama, doblada en dos, histeroide, con una risa tarantulada, hasta tocarse casi las rodillas con la punta de la nariz, luminoso el cabello de oro en la semipenumbra, brotadas las vértebras nudosas. Al fin se enderezó dándose

palmas en la frente, pero sin dejar de reírse.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Manuela.

Rosita movió la lengua pastosa y seca, retraída lejos de los labios y las mandíbulas carcajeantes.

—Ah... ah... naaada... quiero, sólo... estar contigo... contigo-y-con-tu-her-ma-no... contigo y con tu hermano al mismo tiempo...

Manuela se deshizo, entonces, de la *nabucodonosor* y trató de acercársele para tranquilizarla. Pero José María, apenas sosteniéndose en pie, con enojo la sujetó por el brazo. Cortante, le dijo en un tono como de familiaridad violenta:

—¡Quieta, quieta, hermanita! ¡Tortas, conmigo, no! ¡No quiero torteras! ¡Las quiero más, solamente más! ¡Échense las dos en la cama y yo me encargaré de ustedes!

Para el momento, parecía haber recuperado de un todo la conciencia.

Rosita sonrió echando la cabeza hacia atrás y, al parecer, comenzó a sentirse mejor. Ya con la voz más clara, díjole a Manuela:

—Olvidémonos de nosotras. Anda, desvístete. Tratemos de complacerlo de una buena vez.

También Manuela se desvistió. Tirado sobre la alfombra quedó su multicolor traje de satines y rasoliso, su farandola rojo cadmio, su cinturón de pedrerías, su broche de amatista, más acá o más allá del traje de raso marfil y los mitones alforzados de Rosita, y del uniforme de gala y el arma de reglamento de José María.

Impávida, Manuela se quedó desnuda cierto tiempo, sin saber qué hacer. Al frente estaba su hermano repitiendo qué bonita, qué bonita eres, mujer, y Manuela pudo observar, a la tenue luz de la vela un tanto despabilada del candelabro de cristal, que, sin manos ni nada, sin tocar, sin tocarse, nomás mirando, mirándola a ella en toda su esplendidez, allí, a su frente, él se había vaciado de un todo, con carretadas de esperma; una esperma espesa y ambarina, como yogurt, como leche cuajada de primerísima calidad, con su olor característico, y solidificándose rápidamente sobre la vellotada alfombra. Espermatofagia por momentos, Manuela

quiso comérsela, lamerla con su lengua contribulada, avariciosa, insaciable, anhelante, pero se contuvo por temor a aparecer demasiado depravada ante los ojos del hermano.

Éste era, en efecto, su gran miedo. Por eso, prefirió, cumpliendo sus órdenes, ir a acostarse al lado de Rosita. Que él tomase la iniciativa. Que él dispusiese. Cuidadosas, ambas mujeres procuraron no rozarse tan siquiera para evitar la posible e indeterminada reacción del hombrazo. Bien claro había dicho que no quería «tortas» en su presencia.

Al cabo, él también avanzó hasta la cama. Hizo que las dos mujeres levantasen sus piernas muy altas y abiertas, apoyadas en la cabecera de composición piemontesa puro siglo XVI y, cuidadosamente, les rellenó la vagina con el «champagne» Taittinger crémant que por chorros brotaba, espumante, de la *nabucodonosor*. Todo, todo el caldo efervescente lo fue tomando, cual un héroe pornográfico milagrosamente dispensado de tener que conquistar, exento de cualquier preludio amoroso, goloso, grotesco, con absorciones, degluciones, lengüeteos iracundos, espasmódicos, intermitentes, estruendosos, cual si fuesen ellos los eructos de un vientre metálico, pasando de una vulva a la otra, como quien toma de varias copas al mismo tiempo en el libamen supremo de un múltiple sacrificio. Sólo después que hubo agotado todo el «champagne» del botellón (¡veinte botellas, Señor, veinte botellas!), poseyó a una y a otra, con su verga gigantona, inconmensurable, más grande aún que la del padre Castillejo (pensaba Manuela para sus adentros), eyaculando viripotente en cada uno de los cálices: una dos tres cuatro cinco veces con descargas tan abundosas como la que ofreció a la inicial desnudez de Manuela, hasta cuando, turgente aún, desmedido, incontenible, como un sátiro feral, ya no alcanzaba a emitir sino tenues expulsiones semiseminales, un líquido blancuzco, baboso y aguachento, confundible con los flujos achampañados que de ambas vulvas se desprendían. Al final, trató de sodomizarlas, obligándolas a ponerse de espaldas en la misma posición alzada y piernabierta del principio. No saben si logró su cometido. Por lo menos, Manuela no lo recuerda con

precisión. Inmediatamente después, exhaustas, las dos se quedaron profundamente dormidas.

Poco antes del alba, pastosa la boca, reseca la garganta, una leve punzada en los riñones y la sensación de llevar sobre los párpados todo el peso de la noche, medio borracho todavía, José María se marchó a cumplir sus deberes de cuartel. Manuela se despertó para despedirlo. Lloroso se echó en sus brazos, acarició su pelo, sus mejillas, su nuca y, entre sollozos, díjole que se sentía mal.

—La cabeza se me parte, hermanita. Creo que voy a morir o que estoy muerto de un todo. No me puedo perdonar lo que hemos hecho. El exceso de «champagne». El crimen del incesto. La violación del interdicto. Como si hubiésemos matado a Dios o a nuestro propio padre. Te quiero. Te quiero mucho. Pero nunca más te desearé sexualmente. No me lo puedo permitir. También habré de respetar a tu amiga. Perdóname, Manuela, perdóname por favor...

Con un mohín de madre comprensiva, Manuela quiso decirle que no se preocupara.

Él, entonces, la besó en la frente.

—A modo de consuelo, pienso que fue éste de ahora el casamiento que tanto te ofrecí de niña.

Con un dejo de sonrisa, Manuela asintió.

Rosita, entretanto, continuaba dormida.

Lo sucedido con su hermano José María sume a Manuela en una temporal crisis de ascesis. Se siente culpable y decide autocastigarse. Y ningún castigo mejor que el frenamiento o la absoluta represión de su libido.

Los primeros días fueron terribles. Una vivencia depresiva indefinida parecía haberse apoderado de todo su ser. Como si sola y desvalida caminase, sin rumbo, por un basural largo extensísimo interminable, entre rumas de desperdicios, carroñas y centenarias osaturas despercudidas por los efectos del sol y del agua, palomas fúnebres y excrecencias apiladas. Acaso fuera ése el puesto que por siempre debería ocupar en el mundo. Era allí, seguramente, donde habrían de sepultar sus huesos. En cualquiera hendidura de semejante vertedero, a perfección, cabría su cuerpo hasta confundirse con el fiemo y la mugre. Allí, debajo de la tierra, vuelta fiemo y mugre ella misma, y donde sobrevendríasle un sueño infinito capaz de volatilizarla o sublimarla de manera tal que terminara convirtiéndose en nube vaporosa, en aire, en espíritu puro enteramente transmigrante, confundida de un todo con sus imágenes.

No quería saber de nada ni de nadie. Encerrada en su alcoba permaneció no sabe cuánto tiempo. No permitía que ninguna persona entrase a verla. Ni siquiera Thorne para que la examinase clínicamente. Éste, regresado con urgencia de la chacra, sólo podía limitarse, por tanto, a permanecer de guardia sentado a la puerta de la habitación, o dando zancadas de un lado a otro, rostrotorcido, acongojado, presa de la tribulación. Tampoco acepta ver a Rosita Campuzano, ¡la inefable Rosita!, y opta por retirarse de ella en el futuro, bien que de manera apacible, sin escenas ni rompimientos drásticos, como si nada hubiese ocurrido entre ellas o como si

nunca hubiesen intimado, más bien. Sólo Jonatás y Nathán tienen acceso a la alcoba, pero por nada les acepta una pizca de bocado. «Un sorbito de yerbaluisa, un solo sorbito, niña Manuela, ¡por favor!», «tómese, mi amor, este caldito, mire que tiene cilantro», «anítese, mujer, levante ese ánimo», «tiene que poner de su parte», «tómese una cucharadita de sopa», «una cucharadita por sus dos esclavas que tanto la quieren», «una cucharadita por su mamacita que está en Quito, pensando en usted», «una cucharadita por amor de Dios», decíanle ambas mujeres, día por día, machaconamente, con insistencia consoladora... Ningún resultado obtenían con tales argumentos e impotentes optaban por conformarse, entonces, con cuidar a la orilla del lecho su entresueño o su duermevela; «como si sólo le quedase un hilo de aliento», «como si recogiese lentamente los pedazos que quedan de su vida», «como si se fuera a morir de verdad», comentaban sorprendidas. Sufrientes, con cristiana resignación, lloraban y rezaban por ella.

—No sufran por mí, tontuelas. ¡Déjenme morir tranquila!
—les reprochaba Manuela, displicente, las pocas veces que entreabría los ojos.

Tampoco aceptaba que la cambiasen de ropa. Históricamente, quería remarcar el duelo, descuidando al máximo su vestimenta. Desde el primer día de la crisis, y ya llevaba tres semanas en ese estado calamitoso, permanecía apenas cubierta por una bata de dormir deslucida, sudada y cochambrosa. ¿Quién lo hubiera creído de ella? Una mujer tan dada a los fastos y a los lujos, a las cremas y a los perfumes, a la ropa interior delicada y a los ligeros rosas, a la limpieza pulquérrima, a la ostentación cortesana, a las sedas y al buen vestir.

—Diríase que la niña se está suicidando —advierte Jonatás, quejumbrosa, una tarde.

—De verdad, como que quisiera morirse —confirmó Nathán llorando a moco tendido.

Al parecer no fue ésa la única vez que Manuela trató de suicidarse en su vida. Cuenta su biógrafo Boussingault, quien (todo lo hace suponer) también se las traía con ella, que

estando en Bogotá, ya amante de Bolívar, iban un día de excursión al Salto de Tequendama. La marcha les había abierto el apetito. Comieron y bebieron más de la cuenta. La Presidenta y Coronela (vale decir, Manuelita, ¿por qué no le daban de una buena vez el trato de «general»?) tenía «una loca y comunicativa alegría». Danzaba por los prados cual una ninfa jovencísima: Peliada o Citerónida, Náyade u Oréada, Meliade o Amadríada. Recogía flores del camino y hacía guirnaldas para ornar a los varones acompañantes. Cantaba. Saltaba. Se detenía en las fuentes y los manantiales, y «con el culito en alto» bebía como una ternera. Se levantaba la falda, se desnudaba los pechos y, por un instante, se quedó totalmente desnuda. Boussingault pensaba para sí, evitando en la medida de lo posible ensombrece la reunión: «somos ocho, y es de temerse que entre nosotros haya uno por lo menos que se precipite en el abismo». Llegados al Salto, un misionero inglés se puso a improvisar versos insensatos sobre el infierno, el purgatorio, el paraíso y el inminente fin del mundo. Dos irlandeses, repletos, se durmieron y echaron a roncar, como «para insultar la hermosura de la naturaleza» (comentaba Boussingault). «Por un rato me quedé observándolos. Conocida es la fobia de Manuelita por los ingleses e irlandeses. Su marido, el doctor James Thorne, es inglés. El misionero seguía improvisando sus imprecaciones en verso. Los irlandeses seguían durmiendo cuan largos eran. Y, de pronto, vi a la hermosa mujer, de pie, a orillas del precipicio, con intención de lanzarse al abismo por lo más seguro. Hacía increíbles ademanes y lanzaba anatemas e improperios dirigidos hacia el misionero y los irlandeses. Con el ruido del Tequendama, era imposible oír con certeza lo que decía. Enseguida me lancé por ella y la así por la esclavina, y la sostuve fuertemente por uno de los muslos, mientras el doctor Cheyne, su médico de casa, comprendiendo el peligro en el cual aquella mujer loca y no muy sobria, embeodada hasta los sesos valdría mejor decir, agarrándose a uno de los árboles, se enrolló en el brazo izquierdo las largas y magníficas trenzas de la imprudente que parecía dispuesta a saltar al precipicio. Cheyne y yo

pasamos un cuarto de hora terrible; al fin intervinieron los amigos, la golpeamos, la cacheteamos, le dimos tirones de pelo, la hicimos calmar un tanto, y la pusimos en lugar seguro. Por la noche de ese mismo día, los excursionistas del Tequendama, menos el misionero y los irlandeses, por supuesto, nos encontrábamos reunidos en el salón de Manuelita y ella estaba fresca, rozagante, bellísima, vestida con un ampuloso traje de tafetán *moaré* y con flores naturales en el cabello, encantadora, casi etérea, amable con todos, y hablando del Salto. “Habremos de volver”, decía entusiastamente, “y será pronto”; “muy pronto”, “pero, eso sí, sin misionero inglés y sin dormilones irlandeses”. La fiesta se prolongó hasta la madrugada». Y, no sin cierta malicia, Boussingault agrega: «Y conste que era Manuela la única dama presente».

Otra vez (lo cuenta el mismo Boussingault), también en Bogotá, Manuelita caminaba hacia el palacio de San Carlos donde el Libertador la esperaba impaciente. Se le ocurrió pasar por el cuerpo de guardia, donde se hallaba de facción un piquete mandado por un teniente joven y de muy buen parecer. La loca comenzó a divertirse y a acaramelarse con todos los soldados. Encerrada en una garita, falda levantada, pantaletas a ras de tobillo y con la crica esplendorosa como una luna llena, al primero que atrajo, como es de suponer, fue al teniente. Después, usando para limpiarse el pañuelo que cada uno de los nuevos usuarios iba ofreciéndole, llamaba al que le seguía. «¡Cayó otro, pase el próximo!» era su grito de guerra, un grito estruendoso lanzado entre grandes risotadas. Cuando le tocó el turno al corneta, el teniente ya no aguantaba los celos. Pundonoroso, tocó la puerta de la garita y, posición en firme: actitud rígida, silenciosa y gallarda, cual si fuese a coordinar un movimiento de orden cerrado, para presentaciones y saludos, en honores y revistas, sea con armas o sin ellas, a la voz de «¡fírrrrr!», simplemente díjole:

—Señora, beso sus manos, pero de continuar usted con esta barahúnda, veréme precisado a dar parte de todo lo ocurrido a S. E. el Libertador-Presidente.

Manuela reaccionó como una cuaima, como una tigre en celos. Rápida, presurosa, en un decir-jesús, se quitó al corneta de encima. Y como arte de birlibirloque, belígera, desarmó al teniente. Poniéndole la pistola en el pecho, juró sacrosantamente, con el mismo desparpajo de una bailaora flamenca:

—Juro por esta crucecita, juro por la *mare mía*, que si usted hace eso, lo mato a usted, y enseguida, enseguida, me mato yo...

Diez soldados de la guardia tuvieron que intervenir, forcejeantes, para desarmar a la mujer. Un rato después, recién bañada y bien compuesta, Manuela se gozaba al Libertador, y el Libertador era el hombre más feliz de la tierra.

Pero aún hubo una tercera vez (Boussingault nunca supo del intento de suicidio en Lima que, si no, hubiese hablado de la cuarta), hubo una cuarta vez, decíamos, en la cual Manuela, muerto ya Bolívar, desesperada por la impotencia y el despecho, intentó suicidarse de nuevo. Así lo cuenta Boussingault: «... Yendo de Bogotá al valle del Magdalena, llegué de noche a Guaduas. El coronel Acosta, en cuya casa me apeé, me recibió llorando diciéndome que Manuelita se moría por haberse dejado morder de una serpiente venenosísima. ¿Se trataba de un suicidio? ¿Quería morir como Cleopatra? Fui a verla y la encontré acostada en el sofá, el brazo derecho caído e inflamado hasta el hombro. Estaba bella. Boquiabierta. Con los ojos extraviados y el pecho desnudo a medias. Rodeada de sedas y satines. Me explicó que había querido comprobar si era tan poderoso, como se decía, el veneno de cierta serpiente (la *Bothrops bilineatus*), la víbora más venenosa de cuantas existen en el territorio de Colombia, según las apariencias: una mapanare rayada, ciertamente mortífera; pero, al parecer, simplemente hinchadora de brazo para la Manuela... Me enseñó el animal y, en verdad, era de un tamaño descomunal. Además, me dijo que estaba muy triste por la muerte del general Bolívar. Lloró un rato, se retorció, clamó. Por ratos, creía que de verdad se iba a morir. A punto estuvo de vomitar todo el veneno que

pudo haberle inyectado el mortífero animalejo... Pero nada más vano. Al rato, dijo que quería hacer el amor conmigo, conmigo y con el coronel Acosta, con los dos de una sola vez, pero, pese a lo ganoso que los dos estábamos por la belleza, valentía y saber ser, el *savoir vivre* que llamamos los franceses, de la singular mujer, ninguno de los dos, ni Acosta ni yo, nos atrevimos, por temor a que nos traspasase su veneno, el veneno de la mapanare rayada...».

Ahora, aquella tarde de un día cualquiera del año de 1819, la mujer parecía morir de nuevo, víctima de la tristeza, la angustia, el remordimiento y un terrible sentimiento de culpa, una culpa de máxima intensidad.

Rosita, mientras tanto, había extremado su libertinaje. Escandalosamente se había peleado con el marqués de Sechura, que quemó todos los vestidos y demás galas de la bella mujer en una pira excrementicia al efecto encendida por él en mitad de la calle. Por esos días de la enfermedad de Manuela, comenzó a entenderse simultáneamente con María Alcira Rivas-Agüero, con el general Domingo Tristán y con el también general La Mar, del cual último se contaba por toda Lima que, como hacía Justiniano a su esposa Teodosia, recogía las ventosidades que Rosita expelía en pomos de crisolita para masturbarse posteriormente con el miasmático encanto de los efluvios y, no conforme con ello, dárselos a oler, además, a sus amigos.

Muy lentamente fue restableciéndose Manuela de su crisis depresiva. Sólo a comienzos del año siguiente empezó a salir de nuevo. Se vuelve más paciente con el doctor Thorne. Con mayor asiduidad lo acompaña a la chacra. Se abstiene de concurrir a fiestas y agasajos a menos que no fuese en su compañía. Y, definitivamente, se retiró de Rosita Campuzano, a quien apenas le dirige el saludo.

Entretanto, los sucesos políticos se desarrollan compulsivamente. El general José de San Martín, libertador de la Argentina y de Chile, ha salido de Valparaíso el día 20 de agosto de 1820 con cuatro mil hombres repartidos en una flota comandada por Lord Cochrane. Se dirige a libertar a Perú. Al parecer, va a cumplirle su promesa a Rosita Campuzano. Desde el puerto peruano de Pisco envía al general Arenales a crear la insurrección en la sierra. Él sigue hasta Ancón y Huaura, para cortar las comunicaciones del Ejército español con el norte. El puerto ecuatoriano de Guayaquil, por su parte, se ha proclamado independiente de la dominación realista. Al poco se subleva la ciudad peruana de Trujillo; también Huaylas, Cerro de Pasco, Nazca, lugares todos donde Arenales ha desplegado intensa actividad. Lima se convulsiona. Y tales sucesos conmueven lo suficiente a Manuela para salir de su ascesis. El fervor político la anima. Revive los recuerdos del Quito revolucionario de su niñez. Se incorpora al grupo de mujeres organizadas para favorecer la conspiración. Siente que ha habido un desplazamiento en el objetivo de su erotismo. Ya no le llama tanto la atención la hermosura de un cuerpo, la buena o mejor dotación de este o aquel mozo, la belleza de un rostro angélico. Le interesa, sí, el éxito, la gloria, el reconocimiento social. Descubre una continuidad entre el eros y la política, la sexualidad y el

poder. En sus fantasías eróticas de ahora son los rostros de los jefes patriotas del momento los que se le aparecen. Sueña y se masturba pensando en el general Bolívar que, por esos días, ha hecho huir de América al feroz Morillo, en Arenales, en el propio San Martín, a pesar de su reconocido romance con su dulce enemiga, la Campuzano. Las pocas veces que todavía hace su amor simplista con el tonto de Thorne, lo sustituye mentalmente por otro inglés, el admirable Lord Cochrane, y siente y cree sentir que la relación se le vuelve más ardorosa.

Una fase de intensa euforia patológica, a modo de manía o trastorno bipolar que opónese al ascetismo y la depresión de antes, se le encausa por la vía de la política. Va y viene. Sirve de mensajera secreta. Trama pormenores con habilidad. En su casa de San Marcelo hace fiestas y pequeñas reuniones íntimas para inflamar la lumbre de la rebelión.

Finalmente, el inepto virrey Pezuela es sustituido por otro, el teniente-general don José de La Serna, político habilidoso y buen estratega militar. Ante la inminente llegada de San Martín con sus tropas opta por abandonar Lima y toma el camino de la sierra, en plan de general en campaña, con la intención de cargarle al enemigo el cuidado de la plaza mientras él procura adueñarse de los recursos del país.

Casi inmediatamente después llega San Martín con sus tropas y se hace dueño de la abandonada ciudad. El día 28 de julio de ese año de 1821 se fija la ocasión del desfile solemne y la proclamación de la independencia del Perú. Nunca olvidará Manuela el espectáculo de la Plaza Mayor, a la luz de las antorchas libertadoras, llena de banderas y de cañones, todo el espacio invadido por las tropas triunfantes de San Martín. Ella, pavoneándose con un riquísimo vestido de seda azul, entre las damas principales. Son escenas de semejante grandiosidad las que hacen que su espíritu se sienta del todo satisfecho. Entre los oficiales acompañantes del general, está su hermano José María, que con la totalidad del batallón «Numancia», desde meses atrás, se había pasado con hombres, armas y bagajes al bando patriota. En su pecho porta, orgulloso, la medalla de «Fiel a la Patria». El encuentro de los dos hermanos es de una ternura y alegría

desbordantes. Ninguna sombra del pasado entenebrece la confraternidad del momento. Carne y sangre sólo parecen aunarse en el amor por la libertad. La emoción llega al clímax cuando San Martín en breve arenga declara solemnemente formalizada la independencia y despliega la bandera blanquirroja que servirá de emblema a la nueva República. Una salva de artillería signa el importante acto. Los presentes se deshacen en aplausos y vítores. Cohetes y cohetones son quemados por doquier. Ese día de felicidad compartida, Manuela se dio permiso para saludar afablemente a Rosita Campuzano:

—Te felicito, amiga. Mucho me contento al ver que el hombre te cumplió la promesa.

Un beso hermanal que ambas se dieron en la mejilla suspendió la tirantez entre las dos mujeres, aunque la amistad no volviese a tener el mismo grado de intimidad. Y mejor que así ocurriera, pensó Manuela, para sí, en plan calculador. Rosita será en adelante «la Protectora» y un factor inequívoco de poder.

La celebración de la efeméride se prolongó por días y semanas. Lima recobró, por ende, la alegría y la molicie de los días virreinales. Diríase que toda la ciudad era una gran sala de fiesta. Todas las casas principales se abrieron en homenaje a los vencedores. Y de nuevo las dos mujeres, Manuela y Rosita, Rosita y Manuela, fueron esplendentes centros de la vanidad, la seducción y la lisonja. A principios del año 22 fueron condecoradas por San Martín, entre otras notables (las condesas de San Isidro y de La Vega y las marquesas de Torre Tagle, Casa Boza, Castellón y Casa Muñoz, algunas de las más destacadas) como «Caballeresas de la Orden del Sol» por sus «notables servicios a la causa independentista». «Al patriotismo de las sensibles» decía el rótulo inscrito en el reverso de la medalla de oro y brillantes que conformaba el galardón.

Patriotas y sensibles eran todas las condecoradas y, muy principalmente, Manuela Sáenz y Rosita Campuzano, de cuyos favores (de cada una por separado) gozó el Protector.

Si bien las relaciones de éste con Rosita fueron estables y

prolongadas, aunque «al tapadillo»; al decir de don Ricardo Palma: San Martín no era hombre al que gustase exhibir públicamente sus aventuras femeninas, las que mantuvo con Manuela fueron breves y por demás esporádicas.

«Demasiado breves», confesaría más tarde Manuela a Boussingault. «El pobre, además de su frialdad exterior, su hermetismo y falta de fuego, tenía eyaculación precoz, más precoz que la de Thorne, y eso es bastante decir...».

No marcharon bien los asuntos de San Martín en el Perú. Aposentado en Lima nunca tuvo dominio sobre el resto del país. El virrey La Serna permanecía instalado con lo mejor de sus tropas en El Cuzco. Canterac ocupaba Jauja con el grueso del ejército. El exceso de festejos, bailes y pachamanca; las fútiles aventuras galantes; las decisiones inadecuadas, por insuficientes o desmedidas; la imposibilidad material de conquistar la sierra y el litoral sur; la mala administración y el empobrecimiento del erario público: para congraciarse con sus oficiales habíales repartido a saco roto medio millón de pesos, a razón de 25 000 para cada uno; las intrigas de los jefecillos subalternos; el rompimiento airado con su ayudante Lord Cochrane; las desertiones cada vez más frecuentes, y la indisposición de los integrantes de la logia «Lautaro», defensores del republicanismo frente a sus no disimuladas intenciones monárquicas (despectivamente le llamaban «Rey Gallo» o «El Rey del Gallinero»), hacen que pierda popularidad y aceptación.

Por esos días llega don Simón Sáenz a Lima, en viaje de negocios. Manuela aprovecha la circunstancia para regresar a Quito, con la excusa de visitar a su madre. Es ése el viaje que la pone en el camino de Bolívar. Bolívar también se dirige a Quito donde habría de encontrarse con Sucre, ya triunfador en Pichincha. Desde uno de los derredores de la Plaza Mayor observa Manuela, desbordada de emoción, la triunfal entrada del héroe. Su intuición femenina le dice que, ¡por fin!, ha encontrado el único verdadero amor de su vida. No se ocupa de detallarlo en lo físico como detalló, años atrás, al fraile Castillejo o a Fauto

D'Elhuyar

o a David Bennet-Erdoiza o a su propio hermano José María.

La deslumbra la gloria del hombre, esa aureola de magnificencia que lo envuelve enteramente, la fama de sus ejecutorias, su gloria de militar con fortuna. Al paso le lanza flores y serpentinas. Con una sonrisa cortés el Libertador agradece el gesto. Ciertamente queda impresionado por la hermosura de la oferente. Manuela urde su plan. Lo abordará esa misma noche en el baile de gala que le ofrecerán las autoridades municipales. Hasta el dosel situado al fondo del salón donde el agasajado recibe los saludos se hace conducir por don Juan Larrea. Como mujer bien experimentada, Manuela sabe que tratándose como se trata del más grande hombre de América es a ella a quien corresponde, si quiere conseguirlo, mostrarse interesante, suscitar su deseo, convertirse a sus ojos en una persona diferente de las demás. No duda lograrlo. Sabe por referencias que el héroe tiene un cierto espíritu donjuanesco. A su mente viene el recuerdo de las muchas mujeres que se le atribuyen a lo largo de su gloriosa carrera y después de su frustrado matrimonio con la madrileña María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza: la francesa Fanny du Villars, la caraqueña Josefita Machado (la «Viva la Pepa» de los soldados venezolanos), la ocañense Bernardina Ibáñez. Después de la presentación protocolaria vino la danza, los valeses, los minués, las contradanzas. Excelentes bailarines, los dos, no desaprovechaban una sola pieza. En el intermedio fue servido un ambigú y lo compartieron en un mismo plato, dándose bocadillos uno al otro con el zureo de dos tórtolos. La confianza e identificación amorosa de ambos quedó así establecida esa misma noche.

No hubo, por tanto, necesidad de mayores preámbulos. Los dos amantes se compaginaron a perfección, ajustados a la entera desnudez de sus cuerpos y en el aire y la luz de sus espíritus. Una como incorruptible dicha los invade. Cada quien tenía con suficiencia lo que de él deseaba el otro. Él, el libertador de un mundo con el seguro esplendor de un astro que anda librando batallas grandiosas para liberar pueblos y crear naciones nuevas, cuando bien podría «marchar por esos cielos», repartiendo su luz, simplemente alumbrando, lejano e

inaprensible, como para ser visto a la distancia, sólo a la distancia, tomando uno, no obstante, el riesgo de enceguecerse; demasiado brioso, bizarro, alegre, agradable; demasiado colosal, enorme, ciclópeo, pese a lo enjuto de su cuerpo, a su menos que mediana estatura y a sus no pocas aunque irrelevantes imperfecciones físicas; demasiado conocido; demasiado rodeado y admirado por las otras mujeres que encuentra a su paso. Ella, una mujer desprejuiciada, de costumbres livianas, salvaje, infiel, indomable, señalada por muchos como más cercana a la abyección que a la pasión amorosa; «puta, nací puta, soy una puta», dirá ella de sí misma; «mi adorable loca», la llamará Bolívar en lo adelante; pero resuelta, noble, magnánima, valerosa como quien más, ardiente y bellísima, de espíritu superior y dispuesta a concederlo todo porque le parece que todo lo ha recibido. No por casualidad, Emil Luwig, de los mejores biógrafos de Bolívar, la describe: «... demasiado fuerte y orgullosa. Se hallaba además, absolutamente desprendida de cuanto significaba matrimonio, marido, seguridad; temperamento de Amazona en el cual se aúnan el abandono femenino y el orgullo viril, el ingenio y la ironía con la perdurabilidad de los sentimientos».

Veinte días, poco más o menos, duran las relaciones clandestinas entre los dos amantes, mientras las tropas permanecen de descanso en Quito. Jonatás y Nathán favorecen los encuentros en casas amigas que, ganosos, prestan los más encumbrados representantes de la ciudad, y en haciendas vecinas; Catahuango, la de la madre de Manuelita, una de ellas. El goce corporal parecía no agotarse. Por primera vez Manuela ciertamente se sentía poseída por un hombre, halagada, satisfecha en su condición de mujer. Y es que Bolívar, como buen romántico, romántico en los sentimientos y en la mentalidad y en los hechos, sabía cómo conquistar de verdad, imperecederamente, a una mujer. Sabía prometer con los ojos mientras la boca aguardaba. Sabía sonreír. Sabía callar íntimamente. Sabía columbrar con atención, esa carne ávida que no obstante prefiere detenerse un poco más en el juego de la simulación y la espera, la

atmósfera del momento preciso, el paisaje circundante, el ritmo interior de cada uno y los términos o modalidades del encuentro. Y sabía tocar, sobre todo, recuerda Manuela, sabía tocar. Tocaba con exactitud, regalándose en cada toquido, explayando el fervor que le invadía y que lograba transmitir hasta el colmo del apogeo, revelándose y creando, creando y revelándose al mismo tiempo, esa piel pregonante tendida al embeleso, ese ardor (igual, simultáneo, compartido), esos apremios que conducen y empujan por los círculos del raptó; dando y recibiendo más ternura, toda la ternura que cabe en el instante de una vida, demorándose, volviendo sobre lo andado, avanzando, retrocediendo de nuevo, como si contemplasen las manos con ojos por ellas tenidos en las yemas de los dedos; participando del orden, transgrediéndolo; participando de la gracia, de la gloria, del contraste, del infierno; haciendo valer; repartándose; centrándose; desperdigándose; combándose, recogándose... «*Afán, afán afán / a favor de dulzura, / dulzura que delira / con delirio hacia furia, / furia aún no, más afán, / afán extraordinario, / ¿Lo infinito? No. Cesa / la angustia insostenible. / Perfecto es el amor: / se extasía en sus límites*».

Pero, también sabía Bolívar complacer la parte masculina de Manuela, bien desarrollada como quedó visto; la parte pornográfica y varonil de su mentalidad amorosa; esa satisfacción alucinante de deseos, necesidades, aspiraciones, recónditas permisiones y tabúes milenarios, miedos ancestrales y exigencias perentorias. Podía exhibírsele desnudo, como desnudo solía andar por su casa o mecerse acostumbradamente en su hamaca, eréctil, con su bien formado miembro un tanto desmedido para su conformación corpórea y por el cual sus allegados y amigos más cercanos llamábanlo «Trípode», para que Manuela, a distancia y por el puro incentivo visual, se masturbara como cualquier muchacho adolescente ante el retrato o la visión de una mujer en cueros: la Marilyn del almanaque o Brigitte Bardot en *Dios creó la mujer*. Podía tomarla por el culo. Podía mamarle la crica o dejarse lamer él hasta los pliegues más profundos de su intimidad, sin ningún atisbo de machismo o

debilidad ganimédica, consciente de que todo, absolutamente todo, puede pasar entre un hombre y una mujer cuando los dos encuéntranse solos en una alcoba, en una playa desierta o en la soledumbre de un campo al descubierto.

Esos primeros veinte días le fueron suficientes a Manuela para advertir, en la entibiada oquedad de todo su ser, en su pecho y en su raíz multiplicada, en el convulso adormecimiento de cada duermevela, que aquel amor, el amor de ella por Bolívar, el amor de Bolívar por ella, era, sería hasta la muerte. Por él dejaría a Thorne, su estabilidad, su casa de San Marcelo, la villa, la chacra, sus riquezas. Por él llegaría hasta el fin del mundo. Y lo seguiría a donde quiera que fuese. Seguro que lo seguiría...

Un asunto grave tenía preocupado al Libertador: la situación de Guayaquil independiente que aún no se había decidido ni por Colombia, ni por el Perú. Había guayaquileños ilustres partidarios de una y otra posibilidad, e incluso, un tercer grupo pretendía que la provincia, junto con los territorios del Manabí, permaneciese independiente. Sólo espera, por tanto, a proclamar en Quito la constitución de Colombia, para partir en volandillas hasta el importante puerto del Pacífico, en donde aguardábale Sucre que, por su parte, ya había adelantado ciertas gestiones. Allí también fue recibido triunfalmente. Manuela le sigue y acuerda con él esperarlo en la hacienda «El Garzal», muy cerca de Babahoyo, punto al cual se llega navegando por el Guayas.

En Guayaquil se tiene por inminente la llegada de San Martín desde el Perú, también interesado en la anexión de ese territorio. Al efecto, el argentino había ordenado que las fuerzas auxiliares del Perú que combatieron a las órdenes de Sucre en Pichincha retornasen al puerto, al mismo tiempo que entraba en él la escuadra peruana al mando del almirante Blanco Encalada. Dice Rumazo González que «con lo uno y lo otro habrá lo suficiente —pensaba el argentino— para intimidar la región y para expresarle a Bolívar claramente la determinación peruana».

Manuela no pensaba igual y así se lo previno a Bolívar. Conocía bien a San Martín. Era su «Caballeresa de la Orden del Sol». Vivía, él, en concubinato con quien había sido su mejor amiga en Lima. Un hombre ciertamente ambicioso, si hasta había pretendido coronarse rey. Rey del Perú y de Argentina y de Chile. Alto, musculoso, impresionante; pero, sin ese fuego interior que le sobraba a Bolívar, sin su empuje y sin su aguante; «ten por cierto que lo conozco bien», díjole

una y otra vez, poco antes de la despedida.

Diez días después de su llegada, el Libertador «acoge bajo la protección de la República de Colombia al pueblo de Guayaquil, encargándose S. E. del mando político y militar de esta ciudad y de su provincia».

La visita de San Martín ocurre el 26 de ese mismo mes. Los dos hombres se encierran a negociar secretamente y ocurre la tan comentada, traída y llevada por la historia «Entrevista de Guayaquil». Hasta Jorge Luis Borges escribió alguna vez una ficción imaginando lo que pudo haber ocurrido en ese encuentro. Nadie lo sabe en efecto, sólo se conocen sus resultados. Manuela sí cree saberlo. Metafóricamente dice que se trataba de un coito. Sí, un coito entre los dos grandes hombres. Hubo como un enfrentamiento de fuerzas, una prueba de resistencia. San Martín no tenía continuidad ni contigüidad. En cambio, Bolívar, ¡cómo se abrazaba a lo que quería!

Bolívar quedábase, por ende, con Guayaquil y su provincia para Colombia y encargárase de librar la batalla final por la independencia del Perú. Nada reclama San Martín para sí. Comprometíase a dejar el Perú. Y, a medianoche, dícese que se marchó por una puerta excusada, apenas ayudado por un sirviente, y con la promesa voluntaria de autoexiliarse en Europa.

Después de tan feliz triunfo diplomático, rotundo y definitivo, Bolívar vuelve al encanto de los brazos de Manuelita. En «El Garzal» hacen el amor *virgilianamente*, diríase que con el espectro del grande Publio Virgilio Marón protegiéndoles, entre familiares ríos y sagradas fuentes, gozando el fresco de los bosques umbrosos, espantando a manotazo limpio las abejas hibleas que libaban el florido sauce, invitados a la siesta por su blando zumbido, u oyendo al podador, al pie de la alta peña, dando su canto al viento, o el ronco zureo de las queridas torcaces, o las quejas de la tórtola en la copa del olmo; descansando en lecho de hojas verdes; tomando sezonadas frutas, blandas castañas y abundante queso; divisando a lo lejos el humo del techo de las granjas, hasta que de los montes mayores comenzaban a

bajar las sombras. *Bucólicamente*, al modo horaciano, veían cómo volvíase gozoso de bellotas el cerdo, y cómo daba madroños el bosque, y cómo de variados frutos Otoño cubría el suelo, y la dulce vendimia en las laderas soleadas, y las vacas rindiendo sus henchidas ubres y en el césped risueño, trababan lozanos chivos, topándose, sus cuernos. Con los lugareños conmemoraban las fiestas, y en derredor del fuego, libaban en honor de Baco la jarra orlada de flores. También, a menudo, participaban en los certámenes que proponían los pastores.

Pero, he aquí que de nuevo resonaba el clarín y, sobre el duro yunque, crepitan las espadas. Entonces, el Libertador cogía rumbo. Y Manuela, detrás, seguía. En cualquier alto del camino, o en medio del fulgor del combate, en el sitio o la batalla, hacían el amor de nuevo. Entonces, lo hacían *homéricamente*, ciegos y errantes, auspiciando la intervención de los dioses en la guerra, huyendo a veces, arrastrando los cadáveres amigos como si fuesen ellos personajes de un viejo poema recitado por rapsodas; arquetípicos, como corresponde a la visión idealizada de una época lejana; tendidos allí, en un canto de la vía, a pleno sol o a la luz de la luna, siempre a punto de partir, siempre esperando el desenlace; viendo las estrellas refulgentes en torno a un astro tan nítido, descubriendo las atalayas todas, las picudas crestas serranas y los valles, roto el éter inmenso, descubierta la noche o la fragancia del amanecer. Así, síguelo por Cuenca, por Loja, por Guayaquil de nuevo. En un cierto tiempo Manuela regresa a Quito. Tiene que rejuvenecer su piel, modelar su figura, suavizarla con cremas y potingues. A Bolívar, mientras tanto, le toca seguir peleando. En Quito, Manuela encuentra una carta recriminatoria al par que amorosa del doctor Thorne. Le reprocha sus amores con el general Bolívar, los cuales (sobra decirlo) ya han llegado a sus oídos, le pide que vuelva, le ofrece el perdón, un nuevo perdón, todos los perdones. «El amor le acomoda sin entusiasmo», pero sigue queriendo empecinadamente a su esposa, por encima de todos sus excesos y liviandades, a pesar de las desviaciones de su apasionadísimo temperamento. Manuela, simplemente,

le contesta, dejándolo de una vez por siempre. Trátase de la misma carta que, hasta el infinito, han reproducido las revistas femeninas, de variedades, y otras parecidas; como muestra basta este párrafo:

«Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos o más honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente».

Manuela, a los veinticinco años, se siente en la plenitud de su vida. Y juega, por un rato, al erótico encanto de «las cartas de amor».

«Bien caro me ha costado el triunfo de Yaquencuer. Ahora me dirá usted que no soy patriota por lo que voy a decir. Mejor hubiera querido triunfar yo y que no se hubiesen producido diez triunfos en Pasto... Demasiado considero a usted lo aburrido que debe estar en ese pueblo, pero, por desesperado que usted se halle, no ha de estar como lo está la mejor de sus amigas, que es

Manuela».

Con una carta como ésa, cierto es que quienquiera deja lo que está haciendo y vuela, alígero, a los pies de la remitente. Bolívar dejó Pasto y voló a los pies de Manuelita. Ocho días se queda, de nuevo, con la amada en la ciudad. Por principio de cuenta, ya no se encuentran clandestinamente. De una buena vez, el Libertador se aloja en la casa de doña Joaquina y duerme con Manuela en la alcoba principal. Embelesada, Manuela ve trabajar a su marido. Incansable, dicta a sus secretarios y amanuenses cartas y más cartas: a Bogotá, a Caracas, a Lima, a Buenos Aires, a Guayaquil, a Panamá, a Cali, a todas partes, «porque todo este mundo, casi tan grande como la tierra de Europa, se mueve en su cerebro, descansa en sus manos y está íntegramente sometido a su palabra» (piensa Manuela). Los quiteños ya no murmuran. Orgullosos se sienten, más bien, de que hubiese sido precisamente «una quiteña», «la más bella quiteña de todos los tiempos», quien hubiese logrado prender el corazón del grande hombre. Algunos, y entre ellos Sucre, comienzan a

tratarla y a referirse a ella como «la esposa del Libertador».

Compelido por las obligaciones de Estado, Bolívar vuelve a Guayaquil, donde inicia los preparativos de la campaña del Perú. Manuela se queda en Quito. Ardorosas son las cartas que, día por día, intercambian los amantes:

«A nadie amo, a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa: de ti, Manuela

Bolívar».

Después fue el viaje de Bolívar a Lima para hacer la guerra final en el Perú. Cinco semanas después le sigue Manuelita acompañada de Jonatás y Nathán, sus dos negras inseparables. Siente que, por derecho propio, a ella le corresponde estar en primera línea dentro de las tropas libertadoras. A su pesar, tócale instalarse en la casona de San Marcelo, al lado de Thorne, sí, pero por nada le permite que le ponga un dedo encima, ni que se acueste con ella en la cama del castillo de Pavone. «Sabe que soy y seré por siempre la mujer del general Bolívar, y si acepto vivir con usted, bajo un mismo techo, es sólo obligada por las circunstancias actuales. Además, quiero que sepa de una vez por todas que no le quiero ni le he querido nunca. Como hombre es usted pesado, la vida monótona está reservada a los de su nación. El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminado, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risa. Yo me río de mí misma, doctor Thorne, de usted y de estas seriedades inglesas. En consecuencia, no me moleste más, por favor». Thorne acepta la andanada de agravios sin inmutarse. Piensa que son ataques de rabia pasajeros en su mujer. Se contenta con tenerla de nuevo en la casa, en la ciudad, con respirar (aunque fuese de lejos) el mismo aire que ella respira.

Las primeras semanas de estada en Lima fueron para Bolívar de intensa actividad. No era fácil la situación para los colombianos. Odios, reservas, ataques, conspiraciones. No obstante, con tesón inefable, crea parques, organiza

maestranzas, forma ambulancias, instruye al ejército, organiza las tropas del Perú, y algo que parecía increíble: logra agrupar los restos de los ejércitos de Argentina y Chile bajo las banderas colombianas, levantando constantemente la moral de estas tropas. Renunció al sueldo de 50 000 pesos que le asignó el Congreso, y dióse, en cambio, a la ingente tarea de reducir a Rivas Agüero, encerrado en su rebelión antipatriótica y en su entrega al enemigo desde la ciudad de Trujillo, y a la no menos ingente de derrotar, con sólo 5000 soldados colombianos y otros 4000 entre argentinos y chilenos, al ejército español inmensamente superior: Canterac, al finalizar ese año de 1823, dominaba desde Guancayo 600 leguas del norte y al sur, desde Chíncha y Tarma hasta Tupiza y Tarija, con 8000 veteranos, él solo. El virrey La Serna, por su parte, tenía 1000 hombres en El Cuzco. El general Valdés, en Arequipa, 3000. El general Olañeta, en el sur y en el Alto Perú, 4000. A todo lo cual había que añadir 2000 hombres en columnas móviles que se situaban libremente donde les placía.

Sin embargo, el fuego del hombre no mermaba. «Confío —decía— en que el genio de la América y el de mi destino se han metido en mi cabeza, y así la victoria será de mis tropas sin remedio y sin dilación alguna». En medio de tales y tantas tribulaciones, también tenía tiempo el héroe para seguirse viendo amatoriamente con Manuela y, burlaburlando, con no pocas de las más bellas y empingorotadas limeñas. Era Bolívar hombre de gran fortaleza para las lides amorosas. No olvidemos que era tuberculoso, al parecer de nacimiento, y médicamente está comprobado que los tuberculosos tienen una gran capacidad para la erogenia, que ella es una de las consecuencias primeras de ese cuadro patológico.

Manuela, por su parte, colabora con él. Indagaba aquí. Intrigaba más allá. Se mezclaba en las fiestas de los grandes salones para averiguar más y mejor, con la ayuda de Rosita Campuzano, ahora un tanto venida a menos, sin mayores glorias ni riquezas, por el retiro definitivo de San Martín y su viaje a Europa. También se interna Manuela, acompañada de cerca por Jonatás y Nathán, en la barahúnda de los

cuchicheos de la calle y los grupos populares. Todo se lo contaba minuciosamente a Bolívar, al tiempo que se amaban con la pasión de siempre en la casona de San Marcelo, cada noche, cuando Thorne estaba en la chacra que era la mayor de las veces, o cuando Manuela iba, para ese fin, al antiguo Palacio de los Virreyes.

De uno de esos encuentros amorosos en Palacio, viene la anécdota contada por Boussingault, según la cual una noche que Manuelita visitaba al general, llegó sin ser esperada y «hete aquí que encontró en el lecho de Bolívar un magnífico arete de diamantes. Hubo entonces una escena indescriptible: Manuelita, furiosa, quería arrancarle los ojos con sus uñas al Libertador. Era entonces una vigorosa mujer, apresaba tan bien a su infiel amante, que el pobre gran hombre se vio obligado a pedir socorro. Dos edecanes lograron con mucho trabajo librarlo de la tigresa, mientras Bolívar no cesaba de decirle: “Manuela, tú te pierdes”, “nunca más regreses por aquí”. Fueron tales los arañazos recibidos en la cara por el infortunado, que durante varios días no pudo salir del cuarto alegando un resfriado súbito, como se decía en el Estado Mayor»... «Aunque fuera por esos días —agrega el propio Boussingault— cuando recibiera los cuidados más espléndidos, más solícitos, más tiernos, de su querida gata».

Múltiples fueron las dificultades que tuvo por vencer Bolívar en el Perú antes de alcanzar el triunfo definitivo de Ayacucho: la conspiración y traición de Rivas-Agüero; la no menos infamante traición de Torre-Tagle, el presidente que sustituyera a aquél, y de su tristemente célebre ministro de la Guerra, Juan Berindoaga; la tardanza en recibir los auxilios que habían sido solicitados a Colombia; la anarquía de las tropas argentinas y chilenas; el conato de guerra civil; la sublevación de El Callao, y, por si fuese poco, una gravísima enfermedad de tabardillo que sufrió en Pativilca.

Cuando Manuela se entera de la enfermedad de su amante y ante la inminente caída de Lima en manos de las tropas españolas, no vacila en irse hacia ese lugar, en compañía de las fuerzas de evacuación de la ciudad comandadas por el general Necochea. De nada valen, en contra, los ruegos, lamentaciones y amenazas del doctor Thorne. Detrás deja, ahora sí, por siempre: su casa de San Marcelo, su platería, sus cuadros y tallas coloniales, sus lámparas de Venecia, sus sedas, sus tules y sus vestidos zurbaranescos. Enérgica y esforzada, se incorpora al ejército de la patria. En Pativilca, encuentra a Bolívar, ya un tanto restablecido de la feroz enfermedad, pero reducido a una triste situación. No corría para el momento peligro de muerte. Mas, era tal su aspecto, tan flaco y extenuado, sentado en una destartada silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y vestido con unos pantalones de jin que dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, casi caquéticas, y su textura en general cadavérica; que a la sorprendida mujer no quedóle más que abrazarlo y echarse a llorar en su pecho. Pasada la primera impresión, le preguntó no obstante:

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

Y el hombre, avivando la voz hueca y tosigosa y los ojos hendidos, contestó:

—¡Triunfar!

Y, ciertamente, hacia la búsqueda del triunfo salió. Concentra las tropas y adelanta los preparativos militares en la ciudad de Trujillo. Marcha hacia Huamachuco. Trasmonta la cordillera y entra a Huaylas. Manuela no le acompaña en la correría. Evitando el paso de la gélida sierra, se queda en Huamachuco. Y Bolívar juégale otra de sus infidelidades. Consíguese una bella mujer, tan bella como Manuela y mucho más joven: Manolita Madroño. Así cuenta don Ricardo Palma la peripecia: «Era una chica de dieciocho años, de lo más guapo que Dios creara en el género femenino del Departamento de Ancash. Un fresquísimo y lindo pimpollo, muy codiciado. Una mañana del mes de mayo de aquel año hizo Bolívar su entrada oficial en Huaylas. El cabildo, que pródigo estuvo en fiestas y agasajos, decidió ofrecer al Libertador una corona de flores, la cual sería presentada por la muchacha más bella y distinguida del pueblo: Manolita. No pasaron cuarenta y ocho horas sin que los enamorados —ella y el general— ofrendasen a la diosa Venus».

Manuela, al poco, se entera. En un principio creyó que podía tratarse de un romance pasajero, uno de esos romances de arraigo exclusivamente voluptuoso. Pero, poco a poco, los celos comienzan a devorarla. Se inquieta. Le escribe a sus amigos más cercanos que marchan en el Ejército. Tantea. Pesquisa. Confirma. Y cae en el arrebataimiento. Por instantes, concibe la funesta idea de matar al traidor. En matarlo, sí. «Mío o de nadie», se repite con frenético impulso. Piensa darle alcance y batirlo de un pistoletazo. O, quizás mejor, apuñalarlo. Es el puñal un arma mucho más alevosa y apropiada, por ende, para cobrar una afrenta. Sí, eso haría. Iría hasta Huaylas. Lo atraería hasta el lecho y, en pleno acto amoroso, le daría muerte. Le cortaría los testículos, la verga enhiesta, el sexo todo. Desbarataría el tercer pie del «trípode». Loca de amor, veíase convertida en una *amanticida*,

la más grande *amanticida* de la historia. A su amigo, el capitán Santana, le escribe manifestándole su desazón y confiándole veladamente: «Estoy dispuesta a cometer un absurdo, después le diré cual». Aunque la independencia del Perú se trunque, piensa que cualquier disparate sería válido con tal de evitar que Bolívar quedara en brazos de otra mujer...

Al final, recobra la sensatez. Decide continuar tras el Libertador. Pero no para darle muerte tan atroz, sino para acompañarlo, seguir queriéndolo, adelantar con él la lucha y alcanzar el triunfo final. Con seguridad, la tímida y jovencísima Manolita Madroño no podría tomar resolución semejante.

Viene Junín. Viene Ayacucho. La independencia de América se consolida. Viene la fundación de Bolivia, al decir del caraqueño: su obra más querida. Y, efectivamente, Manuela habiendo luchado como quien más, pistola en mano o lanza en ristre, siempre al lado de su hombre, cosecha los frutos de la victoria: en Lima, instalada como «reina y señora» de los salones de «La Magdalena», la quinta que Bolívar dispuso para ella a orillas del Rimac; en Potosí, en Chuquisaca, en Quito, en Popayán, en Neiva y, finalmente, en Bogotá, donde habita la «Quinta de Bolívar» que los bogotanos regaláranle al héroe a raíz del triunfo de Boyacá...

Allí lo esperaba impaciente cada noche. Al final de sus jornadas, El Libertador-Presidente regresaba hasta ella. Siempre traía un ramo de claveles rojos, o de crisantemos amarillos, o de rosas blancas, o de multicolores florecillas campestres. Entregábaselo y, arrodillado, con la cabeza apoyada en los muslos de ella, acostada en la cama, bocarriba, con los ojos abiertos, quedábanse así horas, antes de hacer el amor. Era su mejor manera de descansar.

Allí, mata la murria aquella noche del 30 de octubre de 1828, frente a Jonatás y Nathán, leyendo el tarot a la luz de un quinqué. El Libertador no vendrá, dijo a sus esclavas y confidentes. Tocábale instalar el Consejo de Estado.

Preocupada estaba Manuela por la suerte de su amante. No soplaban buenos vientos para él. Después de la

Convención de Ocaña, una vastísima conspiración se había desatado en su contra. La prensa clandestina y los estudiantes del Colegio de San Bartolomé, amén de unos cuantos pendolarios, gacetilleros y militares de medio pelo lo atacaban con furor. Si de ella también decían horrores. Tratábanla de puta. Atribuíanle toda clase de abyecciones. No era descartable un atentado personal. Sí, también, era posible un atentado en contra de Bolívar. Nada bueno, le decía el tarot aquella noche. Desplegadas sobre la mesa estaban las cartas del Diablo, el Ahorcado y la Muerte...

En todo ello pensaba Manuela, cuando S. E. hizo entrada a la casa, empapado hasta los huesos, vestido de civil y enrollando su paraguas inglés.

Manuela protestó.

—¿Cómo te has atrevido a venir? ¿Con esta lluvia y solo? ¿No piensas en tu salud? ¿No piensas en los conspiradores?

A secas, el Libertador contestó:

—Estoy muy abatido. No puedo, no podía pasar la noche sin ti.

—Te prohíbo que vuelvas a hacerlo —le dijo Manuela, terminante.

—Tendrías que mudarte entonces al Palacio —afirmó S. E.

—¿A Palacio? ¿Estás loco? Se incendiaría Bogotá. Los santanderistas tendrían su excusa a pedir de boca para justificar el golpe de mano que tienen planeado. ¿Una puta en Palacio? ¿Cómo se te ocurre? —alegó Manuela no sin cierta sorna.

—¡Una puta en Palacio! —ratificó el hombre con voz decidida—. Al amanecer, te mudarás de un todo.

Trató de besarla, y Manuela se le deshizo:

—No querido, nada de amoríos ahora. Si la mudanza es al amanecer, voy a recoger mis bártulos.

Caracas, febrero, 1987